

Juntó á sus acerbos dolores una tristeza que le devoraba, nacida de no haberle salido las cosas como él imaginaba. Repasaba la afrenta con que habia tenido que huir de Elymáida y las derrotas y vergonzosas huidas de sus Generales en la Judea, y cada uno de estos pensamientos despedazaba su corazón. Sus dolores se aumentaban por momentos y su melancolía era estremada. Derribado de la altura de su soberbia al estado mas penoso y miserable, no podia tolerarse á sí mismo, y en su terrible situacion, se le habría visto quitarse la vida si su postracion se lo hubiera permitido. Crecia la llaga interior con que el Señor comenzó á herirle, y con ella los dolores mas terribles; y ya no pudo dudar que iba á morir.

Llama á sus amigos y les comunica sus acerbos penas. Entonces llamó á todos sus amigos y con voz lánguida y lastimera les dijo: Se ha retirado el sueño de mis ojos: mi corazón se halla sumergido en una tristeza mortal y me siento desfallecer. Amigos míos: ¿en qué olas de amargura me veo hoy sumergido, y en qué borrascas de tristeza me hallo envuelto! Ahora me acuerdo de los males que hice en Jerusalem, de donde robé todos los vasos y piezas de oro y plata y todo el dinero que habia en ella, y de que envié mis Generales á exterminar sin causa todos los habitantes que habia en la Judea. Conozco que por eso han venido sobre mí todos estos males; y ved aquí, mis amigos, que perezco consumido de tristeza en tierra agena. Me dejé llevar de mi soberbia, y ahora conozco que es de toda justicia que el hombre se sujete á Dios,

y que es un atrevimiento sin igual que un mortal quiera igualarse al Eterno, saliéndose de su obediencia. Estas fueron las últimas palabras, que este Rey impío dirigió á sus cortesanos, y que debieran estar grabadas en pedernal, no solo sobre las entradas de los palacios, sino tambien sobre las de todas las casas soberbias, y hasta de las mas humildes. Aquí vemos tambien á Antíoco cumpliendo la profecía del último de aquellos siete hermanos macabeos, sobre los cuales ejecutó tantas crueldades, cuando, dirigiendo este mártir niño su oracion al Señor, le suplicaba: que á fuerza de tormentos precisára á su tirano á confesar que su Magestad era su Dueño.

Llama á Dios y no le oye por sus malas disposiciones. Antíoco, á pesar de la desesperada situacion á que se veía reducido, aun no desesperaba del todo. El amor á la vida y el ánsia que tenia de borrar su ignominia, y reparar en algun modo su gloria antes de su muerte, le determinaron, por mas impío que fuese, á encaminarse al Señor y dirigirle sus ruegos; pero el Señor veía que estas súplicas y arrepentimiento no nacian de los males que habia hecho, sino de los males que sufría; y estas disposiciones no eran á propósito para ganar al Señor, por mas inclinado que sea á usar de misericordia con los penitentes. Antíoco no la pedia con sinceridad y verdad, y no era digno de conseguirla. Quien le oyera y diera crédito á sus palabras, juzgaria que era un hombre humillado en la presencia del Señor, y verdaderamente contrito; pero nada habia de eso. ¡Tan parecidas

suelen ser las apariencias á la verdad! Ya no era Antíoco, si se le queria creer, aquel furioso que corria á rienda suelta á Jerusalem para destruirla hasta los cimientos, y hacer de ella, segun su expresion feroz, un monte de cadáveres acinados unos sobre otros. Ya parecía que solo deseaba llegar á ella para darla entera libertad; para concederla: que se gobernase por sus leyes: que eligiese sus magistrados: que profesase su religion: que siguiese sus costumbres; y que viviese enteramente independiente de los usos de los Sirios.

Sus falsas y ridiculas promesas. Algunos dias, y acaso horas antes, habia protestado que exterminaria todos los Judíos, hasta los mas tiernos niños: que no les concedería sepultura; y que entregaría sus cadáveres á las aves del Cielo y á las bestias de la tierra. Ahora promete: que les hará iguales á los ciudadanos de Atenas, que eran los mas distinguidos de la Grecia: que adornará con preciosísimos dones el templo santo, que antes habia despojado: que multiplicará sus vasos sagrados; y que suministrará de sus rentas para los gastos de los sacrificios. Sobre todo esto, promete hacerse Judío, recorrer todo el mundo y predicar por todas partes el poder de Dios. Mucho prometía Antiocho en esto. Prometía imposibles; sin embargo, acaso imaginaba cumplir algo; pero Dios, que veía su corazon, no descubría en él sino sus intereses particulares; por tanto estas promesas hipócritas no le consiguieron la vida, que era el único motivo porque las hacía. La sentencia del Cielo estaba ya pronunciada sobre este famoso delincuente y ya se

iba á ejecutar en la tierra. Sus dolores no cesaban y todos sus males crecian en tanto grado que no dejaban la menor esperanza de vida.

Declara heredero del reino á su hijo Antíoco, menor de edad, y Regente á Filipo. En tal estado hizo llamar á Filipo, su hermano de leche, y el mas íntimo de sus amigos, y le nombró Regente del reino. Puso en sus manos su corona, su manto real y su anillo. Le encargó la crianza de su hijo Antíoco, Príncipe de nueve años, y le exigió juramento que le colocaría sobre el trono luego que llegase á la mayor edad, y que le mantendría en él contra todos los pretendientes que intentasen derribarle. El moribundo Monarca no podia dejar de recelarse de Demetrio, hijo de su hermano Seleuco, que tenia derechos bastante fundados sobre el reino y se hallaba en edad de hacerlos valer. Juzgaba, y con razon, que los Judíos, escarmentados de su gobierno cruel, temerian hallar en su hijo otro tirano semejante á su padre, y que si Demetrio alcanzase la libertad de salir de Roma, como él mismo lo habia conseguido, le ayudarian á subir sobre el trono con perjuicio de su hijo.

Su carta á los Judios. Con este temor se determinó á escribirles en forma de súplica una carta, en la que no puede dejar de percibirse el genio doble y la mala fé de este Príncipe, que sabiendo los malos tratamientos que habia usado con la nacion judía, la habla de sus beneficios; y estando cierto de su próxima muerte, finge tener mucha esperanza de restablecerse. Se manifiesta aun en

estado de hacerse temer, y en vez de las persecuciones con que habia atormentado á los Judíos, supone sin vergüenza favores que jamás les habia hecho. Los términos en que fue escrita esta carta son los siguientes: „El Rey y Príncipe Antíoco á los Judíos, buenos ciudadanos, mucha salud, bienestar y toda prosperidad. Si tenéis salud vosotros y vuestros hijos, y todas vuestras cosas suceden segun las deseáis, nos congratulamos. Yo, pues, aunque me hallo enfermo, acordándome benignamente de vosotros en esta grave enfermedad que me ha sorprendido, cuando volvía de Pérsia, he creído necesario cuidar de la utilidad comun, no porque desespere de mi salud, antes confio mucho que saldré de esta enfermedad, sino atendiendo á que mi padre, cuando andaba con su ejército por las provincias altas, declaró, quien habia de tener el principado despues de él, para que, si acaeciese alguna desgracia ó viniese alguna mala nueva, no se turbasen los que estaban en las provincias, no sabiendo á quien se habia dejado el mando. Considerando ademas, que, cada uno de los confinantes y vecinos poderosos estan á espera de ocasiones y aguardando coyunturas, he declarado por Rey á Antíoco, mi hijo, al que yo, al pasar á los lugares altos de mis reinos, recomendé muchas veces á muchos de vosotros, y le he escrito lo que sigue (esta carta se ha perdido). Por tanto os ruego y pido, que acordándoos de los beneficios que habeis recibido de mi, en comun y en particular, cada uno guarde el vasallage debido á mí y á mi hijo; porque espero que él se portará con

moderacion y humanidad, y que, siguiendo mis intenciones, os dará muestras de su afabilidad."

Su muerte. Esta carta artificiosa y llena de mentiras fue lo último de la vida de Antíoco. Murió inmediatamente de haberla firmado en un país extraño y en la soledad de los montes el año de ciento cuarenta y nueve del imperio de los Griegos en Asia, y el doce de su reinado. Impío y blasfemo para con Dios, falso y traidor para con sus mas fieles servidores, cruel señor, horrible tirano... tuvo un fin digno de su persona, muriendo podrido en los desiertos, sirviendo de pasto á los gusanos, arrojando un hedor intolerable á todos los que le rodeaban, causando horror á sus mismos amigos, siendo execrado de todo su ejército, aborrecido de todos los buenos, detestado hasta de los malos, y dejando á todo el mundo en su muerte trágica un ejemplo del término fatal en que, por lo comun, vienen á parar la impiedad, la irreligion y la tiranía.

Lisias proclama Rey á Antiocho, hijo de Antiocho con el nombre de Eupator, y se declara á sí mismo Regente. El impío de quien acabamos de hablar, no merecia ser Rey, y no es de admirar que no fuese sentida su muerte, ni se interesase el reino en el cumplimiento de su última voluntad. Filippo, á quien pertenecia la regencia, segun las últimas disposiciones de Antiocho, juzgó que debia conducir á Antioquia su cadáver y tomar al mismo tiempo la tutela del Rey jóven y el gobierno del reino; pero Lisias que habia quedado Regente del Reino en Antioquia cuando Antiocho salió para la

Pérsia, y que habia criado al nuevo Rey desde su infancia y le tenia consigo, supo la muerte de Antíoco y sus últimas disposiciones antes que llegase Filipo con su cadáver, y sin detenerse por ellas, proclamó Rey á Antíoco su hijo, dándole por una mentirosa adulacion el nombre de *Eupator*, que quiere decir *nacido de buen padre*, y conservándose la regencia del reino, que le confirmó su pupilo. Nada mas funesto para los Judíos que semejante Regente, porque Lisias los aborrecía, principalmente desde que fue batido por ellos en Judea.

Gorjias se arma contra los Judíos. El primero que trató de hacer la corte al Regente á costa de los Judíos fue Gorjias, tan famoso por su habilidad en la guerra, y tan conocido en la Judea por las grandes batallas que habia perdido, peleando con Judas. Mandaba Gorjias en aquella parte de la Idumea que dice al poniente de la Judea, y en las plazas de Palestina que estan sobre la costa del Mediterráneo. Quiso probar fortuna con un héroe, que juzgaba digno de ser su ribal, y para hacerlo con superioridad contrajo alianza con los extranjeros. Las pocas ventajas que Gorjias habia conseguido sobre José y Azarías, cuando estos salieron á pelear contra las órdenes de Judas, le habian envanecido tanto, que se imaginaba invencible. Socorrido de los Filisteos, principió por incomodar á los Judíos convecinos. Le ayudaban en esto los apóstatas, á los cuales los enemigos del pueblo de Dios acogian en su pais con mucho gusto, y les confiaban muy buenas plazas en las que recibian á todos los otros apóstatas que

huian de Jerusalem obligados de la presencia de Judas, y desde las cuales salian á perseguir á sus hermanos los Judíos fieles.

Judas sale con sus tropas á campaña, toma muchas plazas y mata no menos que veinte mil enemigos. Entonces Judas y sus valientes resolvieron salir á campaña y hacer ver á sus vecinos, que el poder de Lisias en el reinado de Eupator no les intimidaba mas que en el de su padre Antioco, ni les detenia, cuando se trataba de defender su religion y su pátria. La ruidosa venganza que Dios acababa de tomar de su tirano, era para ellos una nueva prueba de su divina proteccion. Asi que el General y su tropa no se preparaban para las expediciones, sino con las mas fervorosas oraciones. Salieron, pues, de Jerusalem, donde habian descansado despues de la toma de Azoto; y Judas, dividiendo su ejército en diferentes cuerpos para caer principalmente sobre las plazas donde estaban los Judíos apóstatas, se hizo dueño de cuantas atacó, á pesar de estos renegados que, como no esperaban cuartel, se defendian á la desesperada. Judas estaba resuelto á no perdonarles, persuadido de que, habiendo sido infieles á su religion, jamás serian fieles á su pátria, y murieron en estas expediciones no menos que veinte mil.

Se defienden dos torres, y Judas deja tropas que las tomen para acudir á otro punto amenazado. Estos primeros golpes hicieron temblar á cuantos enemigos quedaban en la Idumea. En ninguna parte se juzgaban seguros y tomaron el partido de encerrarse en dos torres fuertes. En

ellas se atrincheraron, trayendo para su defensa todo género de máquinas. Judas que fue avisado de estas prevenciones, y que conocía la fortaleza de estas dos plazas, no juzgó que debía ocuparse por sí mismo en un sitio, que regularmente sería largo, teniendo cerca de sí otras defensas que hacer mas urgentes. Dejó para tomar las dos plazas á los oficiales Simon, José y Zaqueo con un buen número de tropas, acostumbradas á pelear y vencer bajo de sus órdenes; y él con sus valientes partió á otras peleas que urgían mucho mas que la toma de estas dos plazas. No nos dice el sagrado texto que peleas eran estas que amenazaban; pero es regular que fuesen algunos movimientos de Gorjias, á quien veremos mas adelante presentarse en batalla.

Defecion de un cuerpo de las tropas que batian las torres, y su castigo. Entre tanto que Judas iba al encuentro de enemigos poderosos, los oficiales que habia dejado para tomar las dos torres, adelantaban los trabajos con energía, pero vino á entorpecerlos una traicion. La gente que comandaba Simon se dejó deslumbrar por el oro, que los principales apóstatas encerrados en gran número en las torres hicieron brillar á sus ojos. Les ofrecieron y entregaron setenta mil didracmas (cuatro millones y novecientos mil reales), y estos soldados infieles les dejaron salir, manejándose con tanto silencio, que nada supo su comandante hasta despues que habian huido. Dieron inmediatamente aviso á Judas, que aun iba marchando, y juzgó de tanta monta esta prevari-

eacion de sus tropas, que luego contramarchó y volvió con celeridad al campo de los sitiadores. Convocó á los Gefes y Príncipes del pueblo y les hizo presente la gravedad del delito que acababan de cometer las gentes de Simon. Les representó que su delito era de un ejemplo sumamente pernicioso para todos los soldados: que destruía la disciplina militar: que dando salida á sus enemigos, se podia decir, que habian vendido á precio de dinero la vida de sus hermanos y despreciado las leyes de Dios y las órdenes de su General: que por él no tenia interes alguno particular: que les perdonaría desde luego su desobediencia, sino hubieran atropellado mas que sus derechos; pero que el bien de la pátria y la gloria y derechos de Dios, que acaso castigaría en todos ellos el delito de unos cuantos, si ellos le dejasen sin castigo, pedian que se hiciese justicia en los delincuentes. La junta de los Gefes y Príncipes del pueblo los juzgó reos de muerte, y luego fueron pasados por las armas.

Toma Judas las dos torres y se vuelve á Jerusalem. El General tomó por su cuenta el ataque de las dos plazas, y entonces se vió lo que puede un solo hombre entregado á la proteccion del Señor, temido de sus enemigos y amado de sus tropas. Acometió á las ciudades y al primer ímpetu las asaltó y se apoderó de ellas, matando en el choque mas de veinte mil hombres. Con este golpe terrible quedaron muy debilitados particularmente los Judíos apóstatas, que eran los que daban siempre mas que hacer al Macabeo y á los que

temia mas por el escándalo que daban á su pueblo. Entre tanto el General Gorjias no se presentaba en campaña y se mantenía encerrado con sus gentes en las mejores plazas de los Filisteos y puertos del Mediterráneo, contentándose con motivar con sus salidas algunas alarmas, cual debió ser la que llamó la atención de Judas, cuando se separó del ataque de las torres. Lo que no tiene duda es, que Gorjias temia á su contrario y no se hallaba con ánimo bastante para entrar en una batalla. Esperaba que Judas sufriese algun reves en los sitios que emprendia y batallas que daba, pero todo fue en vano. Judas triunfó siempre, y despues de haber castigado á los enemigos que tenia en la Idumea del poniente se volvió á Jerusalem lleno de gloria.

Guerra con Timoteo. Cinco Angeles pelean por el pueblo de Dios. Apenas habia llegado á la ciudad y principiado á dar algun descanso á sus tropas, cuando le avisaron que Timoteo venia con un grande ejército que habia levantado de tropas extrangeras y una numerosa caballería que habia juntado en el Asia; y que avanzaba hácia la Judea en ademan de subyugarla. Era este Timoteo el General á quien Judas habia ya antes batido, y Judas cada dia se acostumbraba mas á no asustarse de semejantes nubarrones, porque siempre contaba con la proteccion soberana. Luego reunió sus tropas y en vez de encaminarse al encuentro de Timoteo, que se acercaba, se dirigieron al templo, y echando tierra sobre sus cabezas oraban al Señor, postrados en la grada del altar, para que les

fuese favorable y se mostrase enemigo de sus enemigos, y adversario de sus adversarios, como decía la Ley. Asi preparados salieron del templo y marcharon al encuentro de sus enemigos, y al anochecer se avistaron ya los dos campos. Pasaron la noche al frente uno de otro y al salir el sol principió la batalla, teniendo los unos al Señor por fiador de la victoria, á mas de su valor; y los otros el ánimo de su General y su multitud; pero cuando era mas fuerte la pelea aparecieron del Cielo á los adversarios cinco hombres (cinco Angeles en forma de hombres) sobre caballos adornados de oro, guiando á los Judíos. Dos de ellos teniendo en medio al Macabeo, y cubriéndole con sus armas, le conservaban sin lesion, arrojando al mismo tiempo todos cinco contra los enemigos dardos encendidos y rayos que traspasaban á unos, quemaban á otros y ponian á todos en confusion y desorden.

Derrota de Timoteo y sitio de Gazara. Ya se deja conocer cual sería la derrota de este ejército de infieles, atacados á un tiempo por los Angeles del Cielo y los hombres mas valientes de la tierra. Veinte mil y quinientos soldados de á pie quedaron tendidos en el campo de batalla y seiscientos de á caballo. Atónito Timoteo, huyó despavorido á Gazara plaza cercana y fuerte en la que mandaba su hermano Chereas. Allí se encerró con las reliquias de su ejército destrozado, y se hizo fuerte con la guarnicion de su hermano. Los Angeles desaparecieron concluida la batalla, y Judas y sus tropas siguieron á Timoteo y las suyas, cercaron á Gazara,

donde se habian encerrado, y ya iban cuatro dias que la batian con la alegría que les causaba su victoria, cuando los sitiados, confiados en la fortaleza de la plaza, al ver que no la asaltaban, principiaron á insultarlos sin medida, y á proferir palabras abominables y horrendas blasfemias.

Rasgo de valor de veinte jóvenes, y destruccion de Gazara. Al oirlas veinte jóvenes del ejército de Judas, llenos de indignacion contra los blasfemos, y de zelo por la honra de Dios, se acercaron con denuedo al pie del muro, y al resplandecer el dia quinto del sitio, emprendieron escalarle. Subian, dice el sagrado texto, con un ánimo feroz; es decir, como si fueran tigres ó leones. Derribaban con terribles estocadas cuanto se les oponía, y luego se les vió triunfantes sobre el muro. Sus compañeros corren á secundar su valor. Unos siguen en pos de los primeros, otros encienden las puertas, otros derriban las torres, y todos se esfuerzan por quemar vivos á los blasfemos. Judas abandonó esta abominable ciudad á un saqueo que duró dos dias enteros, y la redujo á ruinas.

Muerte de Timoteo. Cuando la derribaban y destruían, encontraron á Timoteo que se escondia en un lugar (cueva dicen unos y otros pozo ó cisterna) y allí mismo le mataron. Tambien mataron á Chereas, su hermano, y á Apolofanes, oficial de mucha cuenta. Tan felices y tan milagrosos sucesos pedian de parte de Judas y sus tropas un reconocimiento inexplicable. Victoriosos y enriquecidos con el botin, volvieron á Jerusalem, bendiciendo al Señor que habia hecho cosas tan gran-

des en favor de Israel. Se dirigieron al templo, y en el mismo lugar donde antes habian gemido, cubiertas sus cabezas de polvo, cantaban himnos y salmos al Señor que habia enviado hasta cinco Angeles en su defensa y para su triunfo.

Lisias va contra la Judea con un formidable ejército. No tardó Lisias, Regente del reino, en saber con gran sentimiento esta ruidosa desgracia, que tanto perjudicaba á los intereses del Rey su pupilo, y luego juntó en los contornos de Antioquia un ejército de ochenta mil infantes y toda la caballería que se componía de millares, y se dirigió contra los Judíos. Lisias creyó que esta vez no podrían resistirle y se lisongeaba de que tomaría á Jerusalem: que echaría de ella á todos sus habitantes, y llevaría en su lugar colonias extranjeras: que pondría el templo á ganancia y sacaría grandes sumas de dinero como de los otros templos de los gentiles; y que vendería todos los años el sumo Sacerdocio. Todo esto pensaba Lisias sin acordarse del poder del Omnipotente. Al contrario en el desenfreno de su entendimiento solo contaba con la multitud de su infantería, los millares de su caballería y con ochenta elefantes. Con este ejército entró en la Judea; principió á combatir sus fortalezas, y acercándose á la ciudad de Betsura, que, como ya hemos visto, era una plaza fuerte situada en un paso muy estrecho á cinco estádios de Jerusalem, combatía aquella plaza. Mas cuando Judás y los que estaban con él conocieron que eran combatidas las fortalezas, rogaban al Señor con gemidos y lágrimas y juntamente

todo el pueblo, que enviase un buen Angel para la salud de Israel.

Un Angel anima á los Judios y destruyen á Lisias. Judas tomando el primero las armas, exhortó á los demas á exponerse como él al peligro, y á dar auxilio á sus hermanos; y saliendo de Jerusalem con ánimo resuelto se les apareció uno de á caballo (un Angel) que les precedia, vestido de blanco con armas de oro, y vibrando su lanza. Entonces, todos á una, bendijeron al Señor misericordioso, cobraron grande ánimo, y se sintieron prontos para combatir, no solo con los hombres, sino tambien con las bestias mas feroces, y para atravesar los muros de hierro. Iban, pues, denodados, teniendo del Cielo al Señor por ayuda, y por señal de su misericordia sobre ellos; y arrojándose como leones sobre los enemigos mataron once mil de á pie y mil y seiscientos de á caballo, poniendo á todos los demas en huida, y la mayor parte de los que se salvaron no fue sino heridos y desnudos (desarmados); y hasta el mismo Lisias no se libró, sino huyendo vergonzosamente (arrojando las armas). No dice el texto sagrado que este Angel entrase en batalla, como los cinco que batieron á Timoteo, y parece que su aparicion solo fue para animarlos y desaparecer luego.

Lisias derrotado propone un convenio á los Judios y le aceptan. Era preciso que Lisias hubiera perdido el sentido para no conocer que habia alguna cosa singular en tan grandes é inesperados sucesos. Era ya esta la segunda vez á lo menos que se miraba derrotado por un puñado de

gente, á cuya presencia habian desaparecido en los años anteriores los mejores ejércitos del reino. Lisias no era un insensato. Hizo serias reflexiones sobre sus derrotas; conoció que los Hebreos eran invencibles, cuando, fieles á su religion, ponian su confianza en su Dios, y por esta vez trató de avenirse con ellos. Desde el punto, donde pudo reunir una parte de sus tropas dispersas, les envió embajadores para una composicion, prometiendo: que consentiría en cuantas condiciones razonables tuviesen por bien proponerle, y haría que el Rey fuese en adelante su amigo. Convino el Macabeo en la negociacion que proponía Lisias, mirando en todas las cosas por el bien de la nacion. Estendió las condiciones del tratado, siendo la primera el restablecimiento de la antigua libertad de los hijos de Israel; sobre todo, en lo que miraba al culto del Señor, y á la observancia de sus leyes y costumbres; sometiéndose ellos al mismo tiempo á los tratados hechos entre los Reyes de Siria y el pueblo de Dios. Estas condiciones reconocidas y firmadas por los ancianos del pueblo fueron llevadas á Lisias por los Judíos Juan y Abesalon, diputados para este objeto, los que partieron al cuartel general, acompañados de los diputados de Lisias. Este remitió luego al Rey, que estaba en su córte de Antioquía, las condiciones del tratado con los Judíos, quedando cerca de su persona los diputados, á los que trató con mucha distincion. No tardó Lisias en recibir la contestacion del Rey en dos cartas dirigidas, una á él mismo y otra al Senado de los Judíos. Entregó esta á los embaja-

dores Judíos acompañada con otra escrita de su parte, y concebida en estos términos.

Carta de Lisias al Senado de los Judíos. „Lisias al pueblo de los Judíos, salud. Juan y Abesalon que fueron enviados por vosotros, entregándome vuestros escritos, pidieron que yo cumpliese lo que ellos me habian venido á significar. Yo hice presente al Rey cuanto se le podia representar, y el Rey otorgó cuanto le permitia el estado de sus negocios; por lo que, si fuéreis leales al Rey, yo tambien os procuraré de aqui adelante todo el bien que dependiere de mí. En lo demas que pudiera escribiros, he encargado á vuestros embajadores y á los míos, que todo lo confieran con vosotros. Tened salud. El año ciento cuarenta y ocho á los veinticuatro dias del mes Dioscoro.”

Carta del Rey Antíoco á Lisias. La carta que el Rey envió á Lisias con la que dirigió á los Judíos era la siguiente. „El Rey Antíoco á Lisias, su hermano, salud. Despues que el Rey, nuestro padre, fue trasladado entre los dioses, Nos, deseando que los que están en nuestro reino vivan en sosiego, y se apliquen á sus cosas, hemos oido, que los Judíos no condescendieron con mi padre, en ser trasladados al rito de los Griegos, sino que (quisieron) y quieren retener sus costumbres, y por esto nos piden que les concedamos sus leyes. Deseando, pues, Nos, que esta nacion esté tambien en sosiego, hemos ordenado y decretado que les sea restituído el templo para que vivan segun las costumbres de sus mayores. Harás, pues, bien si enviáres á ellos, y les diéres la diestra (ajustá-

res la paz), para que, sabiendo nuestra voluntad, tengan buen ánimo y atiendan á sus propios intereses."

Otra del mismo al Senado de los Judíos. La que envió á los Judíos era esta. „El Rey Antíoco al Senado y á los demas Judíos, salud. Si estais buenos, estais como deseamos. Nos tambien gozamos salud. Menelao há venido á nosotros, exponiendo: que deseais tratar con los vuestros que estan con nosotros; y condescendiendo con vuestros deseos, damos la diestra de seguridad (pasaporte ó salvo conducto) á todos los que viniesen hasta el dia treinta del mes Xantico. Concedemos ademas á todos los Judíos, que usen de aquellas viandas que les estan concedidas por la ley (y no se les obligue á tomar otras), y que se gobiernen por sus antiguas costumbres. Finalmente, queremos, que á ninguno de ellos se cause molestia sobre lo que por ignorancia ha pasado, y enviamos tambien á Menelao para que trate con vosotros. Tened salud. El año ciento cuarenta y ocho, á los quince dias del mes Xantico."

Este Menelao de quien habla la carta del Rey, no es el furioso y falso Pontífice, á quien vimos cometer tantas atrocidades contra el verdadero y santo Pontífice Onías y contra toda la nacion. El resto de la vida de este intruso y su funesta muerte nos darán bien presto á conocer, que, aun cuando vivia en este tiempo, estaba muy lejos su corazon de ser á propósito para tratar de la paz y prosperidad de su pátria.

Los negocios de los Judíos se hallaban en un

estado muy ventajoso. Lisias los temía, y el jóven Antíoco consentía en la pacífica posesion del templo y la libertad de seguir su religion; pero lo hecho hasta ahora sobre el tratado de paz no era sino preliminares, y este importante negocio debia concluirse en Antioquía, á donde habian de ir los diputados Judíos para convenir en los artículos propuestos y firmarlos por ambas partes; mas como los Judíos conocian por demasiadas experiencias el genio de la córte de Siria, quisieron tener quien les apoyase para concluir felizmente el tratado.

Poder de los Romanos y recurso de los Judíos á él. Estaba ya entonces Roma en disposicion de poner respeto á los mas poderosos Monarcas del oriente, y sus insinuaciones eran leyes de las que no se podia huir sin peligro. Tenian sus legados en la córte de Antíoco y al presente en el campo de Lisias, y los Judíos acudieron á ellos, pidiendo su proteccion para la buena conclusion de este asunto. Los Romanos se aprovechaban de todo para engrandecerse, y con el bello pretesto de sostener á los débiles, enflaquecian á los fuertes. Sobre este plan de su política no dejaron pasar tan buena ocasion de mantener en el seno de la Siria una nacion belicosa y capaz de resistir á todas sus fuerzas, como era la Judía, á fin de tener á la Siria ocupada y enflaquecida. Recibieron, pues, los legados Romanos con mucha atencion y cortesia la demanda de los Judíos, y les escribieron una carta llena de benevolencia, que es la siguiente.

Carta de los Romanos al pueblo de los Judíos.
„Quinto Memmio y Tito Manilio, legados de los

Romanos al pueblo de los Judíos, salud. Las cosas que Lisias, pariente del Rey, os otorgó, tambien nosotros os las otorgamos: mas por lo que juzgó comunicar al Rey, despues de haberlo deliberado atentamente entre vosotros, enviadnos cuanto antes alguno para que determinemos, segun os convenga, porque nosotros vamos á salir para Antioquía, y por esto os dareis prisa á responder á fin de que sepamos lo que quereis. Tened salud. En el año ciento cuarenta y ocho á los quince dias del mes Xantico.”

Debilidad del convenio entre Lisias y el pueblo Judío. Mucha razon habia para esperar que una tregua pedida por el General y Regente Lisias, en vista de tantos sucesos infelices como habian experimentado sus tropas, parase en una paz duradera, la que, al parecer, se deseaba por ambas partes, y en la cual los Romanos, tan respetados ya y tan temidos, se ofrecian á ser mediadores; sin embargo, los Judíos no sacaron del convenio todas las ventajas que esperaban, y que les eran debidas.

Lisias se volvió á Antioquía al lado del Rey, y los Judíos, creyendo que tendrían paz y gozarían de sosiego en virtud del convenio, se entregaron á cultivar sus tierras, que habian estado en gran parte abandonadas con motivo de tantas guerras. Mas fuese que Lisias hubiese dado sus órdenes secretas á los Gobernadores que rodeaban la Judea; ó que no pudiese impedir por su poca autoridad, como sucede en las minorias de los Reyes, que los Gobernadores obrasen arbitrariamente y con

demasiada independencia de la córté; lo cierto es, que estos Gobernadores pasaron por sobre el convenio y continuaron haciendo la guerra á los Judíos. Los que mas se distinguieron en este atropellamiento fueron Timoteo, Apolonio, Gerónimo, Demofon y Nicanor; y sobre todos, los habitantes de Jope, puerto del mar Mediterráneo, que cometieron con los Judíos la mas negra perfidia.

Crueldad que los habitantes de Jope cometieron con los Judíos. Convidaron á los que vivian entre ellos á que entrasen con sus mugeres é hijos en unos barcos que tenian prevenidos, y que les acompañasen á una diversion en el mar, y ellos condescendieron sin el menor recelo, porque estaban bajo la proteccion de la ciudad y de la paz hecha en la Siria; mas cuando ya se hallaron en alta mar, sumergieron en ella á todos los Judíos, hombres, mugeres y niños en número de doscientos.

Los castiga Judas ejemplarmente y castiga tambien á Jamnia. Judas se hallaba en Jerusalem cuando supo esta crueldad, y no podia comprender, porqué tantos ejemplos de severidad como habia usado en semejantes ocasiones, no contenian en su deber á estos bárbaros, pero ahora mas que nunca conoció, quan irreconciliable era con el pueblo de Dios el aborrecimiento de los gentiles, y que no habia que esperar reposo con ellos, sino exterminándolos. Al momento ordenó á sus soldados que tomasen las armas, é invocando el nombre de Dios, justo Juez, marchó contra los asesinos de sus hermanos. Llegó á Jope de noche,

pegó fuego al puerto, quemó cuántos barcos se hallaban en él con todos los que los ocupaban, é hizo pasar á cuchillo á los que perdonaban las llamas. Era su designio tomar la ciudad y exterminar todos los Jopitas; pero habiendo sabido que los de Jamnia querian cometer igual atentado con los Judíos que moraban entre ellos, corrieron á su socorro, los sorprendió tambien de noche, quemó su puerto, y todas sus naves, y fue tal el incendio que se veían las llamas desde Jerusalem, distante diez leguas. Hechos estos dos escarmientos no pudo Judas detenerse por entonces á tomar á Jamnia y á Jope para hacer otros en ellas, porque Timoteo, distinto del General de este nombre que fue muerto en Gazara, habia vuelto á encender la guerra al otro lado del Jordan, y era preciso volver á pasar el rio para detener sus progresos.

Se encuentra Judas con una tropa de Arabes, y son derrotadas. Judas tomó el camino del Jordan con sus tropas; mas apenas habian andado nueve estadios, marchando contra Timoteo, quando se hallaron acometidos por una tropa de Arabes en número de cinco mil hombres de á pie y quinientos de á caballo. Luego se trabó una fuerte refriega, que con la proteccion del Señor dió á Judas una nueva victoria. Despues de haberlos derrotado, le pedian los que habian quedado con vida que les diese la paz, prometiendo ellos, que darían alimentos á las tropas, y las asistirían con todo lo necesario en cualquier tiempo. Judas creyendo que en muchas ocasiones le podrían ser útiles, les concedió la paz, y dadas las manos de-

rechas, los Arabes se retiraron á sus tiendas y Judas siguió su camino.

Toma de la ciudad de Casfin al otro lado del Jordan. Pasó el Jordan y fue á poner sitio á la ciudad de Casfin habitada por una mezcla de diferentes naciones. Era una plaza fuerte rodeada de altos muros, y de puentes atrincherados. Los que la ocupaban, fiando en la firmeza de estas defensas y en la abundancia de sus provisiones, no se defendian con vigor, y se contentaban con insultar á Judas con maldiciones y con blasfemias, diciendo lo que no puede hablarse. Mas el Macabeo, habiendo invocado al gran Rey del mundo, que en tiempo de Josué sin arietes ni máquinas derribó á Jericó, acometió con furor, rompió sus puentes y sus muros, y habiendo tomado la ciudad por voluntad del Señor, dice el texto sagrado, hizo en ella tan gran mortandad, que un estanque vecino de dos estadios de anchura, aparecia teñido de la sangre de los blasfemos.

Guerra con el General Timoteo en el pais de Galaad y su derrota. Era Timoteo á quien buscaba Judas, persuadido de que derrotar su grande ejército sería dar fin á la guerra en aquel pais de un solo golpe; y esto procuraba. Supo en Casfin que se habia dejado ver al norte de la tierra de Galaad; casi treinta leguas de distancia. Empezó luego la marcha, las anduvo en poco tiempo con su ejército, y llegó á los contornos de Characa, terreno habitado por los Judíos que llamaban Tubianeos. Timoteo en efecto habia estado allí; pero, como los Judíos se habian encerrado en

sus fortalezas, y por otra parte supo que Judas venia con su ejército, se retiró contentándose con dejar en la plaza mas fuerte del pais una guarnicion de diez mil hombres. Dositeo y Sosipatro, oficiales principales del ejército de Judas la acometieron con sus tropas, la asaltaron, la tomaron y mataron los diez mil hombres que Timoteo habia dejado para defenderla.

Las tropas de Judas se componian de seis mil hombres. Formó de ellas doce batallones, cada uno de quinientos soldados. Puso al frente de cada batallon uno de sus mas valientes oficiales, y colocándose á la cabeza de su pequeño ejército, se dirigió contra Timoteo, que tenía ciento y veinte mil hombres de infantería y dos mil y quinientos de caballería. Cuando Timoteo supo la marcha de Judas y que venia á atacarle, envió las mugeres, los hijos y el resto del bagage á un castillo llamado Carnion, que era de los inexpugnables y ni aun se podia acercar ejército á su entrada por la estrechura de los desfiladeros que le rodeaban. Entre tanto Judas llegaba, y apenas se dejó ver el primer batallon, un pavor repentino, causado por una particular presencia de Dios, se apoderó de los enemigos, y tomaron la huida unos sobre otros, atropellándose, derribándose y muriendo una gran parte oprimida, hollada y sofocada por la otra. Al mismo tiempo Judas les cargaba de recio con todo su ejército y dejó tendidos por los campos hasta treinta mil de estos profanos. El mismo Timoteo no pudo librarse de la confusion y el atropellamiento, y cayó en manos de la tropa que mandaba Dositeo.

y Sosipatro. Conducido á la presencia de estos dos comandantes les rogó con grandes instancias, que le concediesen la vida, porque tenia en su poder muchos padres y hermanos Judíos, los cuales, muerto él, quedarían sin esperauza de vida, ó al menos de libertad; y dándoles Timoteo palabra de que se los restituiría, le dejaron ir salvo para salvar á sus hermanos; porque el castigo del enemigo, por mas justo que fuese, se les hizo imposible, luego que vieron que era preciso ejecutarlo á costa de la sangre preciosa de sus hermanos. Entre tanto, Judas seguía á los enemigos con la espada sobre ellos y entró con ellos en el fuerte de Carnion, matando aun otros veinticinco mil, y quedando á su discrecion las familias y bagages que habia retirado Timoteo á aquella fortaleza. Una derrota tan completa quitó por mucho tiempo á los paganos de Galaad la gana de volver á declararse contra los Judíos.

Desecho el numeroso ejército de Timoteo y castigados tan ejemplarmente los enemigos del país de Galaad, aceleró Judas su vuelta á Jerusalem con su victorioso ejército, para ofrecer al Señor en su templo sacrificios de acciones de gracias por los grandes y continuos triunfos que les habia dispensado, y para celebrar la fiesta de Pentecostés que se acercaba. Parece increíble la prontitud con que Judas dió fin á tan gloriosas empresas. En menos de dos meses habia castigado á los habitantes de Jope y de Jamnia, batido á los Arabes, pasado el Jordan, tomado la fortaleza de Casfin y otras, derrotado á Timoteo, desecho y casi exterminado

su ejército, y se hallaba de vuelta en Jerusalem. Pero ¡qué no pueden los ejércitos que se ponen bajo la protección del Señor! Sus victorias no les cuestan, sino tantos actos de confianza en su Magestad, cuantas son las plazas que tienen que rendir, y las batallas que tienen que dar.

Otra guerra con el General Gorjias y otra victoria de Judas. No tomó Judas mas descanso en Jerusalem que el necesario para ofrecer sus víctimas y celebrar la solemnidad de la fiesta. No tenia en olvido los insultos de Jope y Jamnia, ni la liga que contra su nacion habia formado toda la costa marítima con los Idumeos. Gorjias estaba á la cabeza de ella, como Timoteo habia estado á la de Galaad, y aunque no fuese tan numeroso su ejército, él era por su destreza enemigo mas temible. Judas determinó domarle tan bien de una vez, que escarmentase para siempre. Escogió solamente tres mil de sus valientes de infantería, y cuatrocientos de caballería, porque el teatro de la guerra era llano; y con ellos fue á presentar la batalla. El combate fue obstinado y la victoria estuvo dudosa por algun tiempo. En esta ocasion vió Judas con suma inquietud lo que nunca habia experimentado desde que mandaba las tropas del pueblo de Dios. Siempre habia vencido sin pérdida, y ahora veía en el campo un número, aunque pequeño, de sus soldados muertos. Esta pérdida afligió estremadamente al General, pero no le turbó; antes saltó poco para que Gorjias perdiese con este motivo la libertad ó la vida. Orgulloso este General pagano al ver muertos algunos soldados de Judas,

avanzó demasiadamente entre los combatientes, y un soldado Judío de á caballo, llamado Dositeo, hombre de mucho valor, conoció á Gorjias, rompió por entre los enemigos, le asió; pero en vez de matarle, como pudiera, se esforzaba por hacerle prisionero. Entonces otro soldado de á caballo, de Tracia, viendo el peligro de su General, corrió á Dositeo y le derribó un hombro de un golpe de sable, desprendiendo así de sus manos á Gorjias, quien asustado huyó á todo correr á la considerable ciudad de Maresa. No llevó la huida de Gorjias tras de sí la del ejército, como sucede comunmente en semejantes lances; aun se defendió éste largo tiempo, y llegó á rechazar el ala derecha de los Israelitas, y á ponerla en tanto peligro, que tuvo Judas que acudir á su socorro. Ocupó el frente del cuerpo de ejército que balanceaba; pidió al Señor que fuese su ayuda y su guía, y levantando su voz (en lengua patria que no entendían los gentiles), cantaba con sus soldados himnos y salmos á grandes gritos. Su ademan imponente, su voz tronante, sus clamores al Cielo, y sobre todo el terror del Señor, asustaron á los enemigos de tal modo, que no pudieron sufrir su vista y huyeron cada uno por donde pudo.

Se descubre al enterrar los cadáveres de los soldados de Judas, muertos en esta guerra, un hurto idolátrico. Conseguida en fin por Judas la victoria, que con tanto empeño se le habia disputado, reunió sus gentes, que no estaban menos admiradas que su General de tanta resistencia, y las condujo á la ciudad de Odolan, no lejos de Mare-

sa, donde Gorjias se habia refugiado; y sobreviniendo el dia séptimo, purificados segun costumbre, celebraron allí el sábado. El dia siguiente vinieron al campo de batalla para llevar los cuerpos de los que habian muerto en el combate, y enterrarlos en los sepulcros de sus padres; y hallaron ¡qué sorpresa tan sensible! hallaron bajo de las túnicas de los muertos idolatrías, esto es, alhajas ofrecidas á los ídolos que habia en Jamnia. Esto les afligió en gran manera; pero hizo que no les sorprendiese ya su muerte. Prohibia la Ley expresamente que se tomase cosa alguna dedicada á los ídolos, ó que hubiese servido para su culto. Cuanto se hallase de estas cosas debia quemarse, y cualquiera que contravenia á esta Ley era reo de muerte. Dios se habia hecho aqui justicia, y conociendo todos que estos infelices habian recibido de mano de los enemigos el castigo de su codicia, bendijeron al Señor por sus justos juicios, le rindieron humildes gracias por haber hecho pública, para instruccion de los demas, la prevaricacion que los culpables habian procurado ocultar, y puestos en oracion rogaban al Señor que fuese entregado á un eterno olvido el pecado que habian cometido.

Piedad de Judas y su ejército para con los muertos. Con este motivo el valerosísimo Judas exhortaba á todos á que se conservasen sin culpa, viendo lo que habia sucedido por sus pecados á los que habian sido muertos; y á que tuviesen compasion de sus difuntos hermanos, que habiendo muerto peleando y combatiendo como buenos Israelitas en defensa de la religion y del templo, era

de esperar que el Señor les habría concedido, sino á todos, á muchos ó á lo menos á algunos, la gracia de que reconociesen y detestasen de corazón su delito antes de morir y muriesen en su divina amistad, aunque sin haber satisfecho enteramente las penas temporales debidas á sus culpas; y para aliviar ó pagar por ellos estas penas temporales, les exhortaba á que cada uno concudiese con lo que le inspirase su piedad para ofrecer en el templo al Señor sacrificio de expiación por sus almas.

Su esperanza de la resurreccion. El Señor bendijo la exhortacion del General, y se colectaron ó reunieron hasta doce mil dracmas de plata (veinticuatro mil y seiscientos reales) que envió Judas á Jerusalem para que se ofreciese sacrificio por los pecados de los que habian muerto, pensando, dice el texto, bien y religiosamente de la resurreccion (pues sino esperára que habian de resucitar aquellos que habian muerto, supérfluo parecería y vano orar por los muertos); y porque consideraba que los que habian muerto en la piedad, tenian reservada una preciosísima gracia.

Es santo y saludable rogar por los muertos. Santa es, pues, concluye el historiador sagrado, y saludable la obra de rogar por los muertos, para que sean libres de sus pecados. Tal es acerca del Purgatorio y de la oracion por los muertos el artículo de fé, profesado por el pueblo de Dios desde el principio del mundo, y por el pueblo cristiano desde el nacimiento del cristianismo.

Judas se determina á emprender la conquista del alcázar de Sion. Despues de haber cumplido

Judas y su valiente y religiosa tropa con este acto de piedad para con sus hermanos difuntos, es de creer que este valiente General, estando casi á las puertas de Maresa, pensase en ir á sitiarse en ella á Gorjias para acabar de una vez con un enemigo tan porfiado y peligroso; pero las noticias que recibió de Jerusalem, estando aún en Odolán, le pusieron en el caso de acudir á la capital con preferencia á todo. Se le dió aviso por los principales de Jerusalem: que los que estaban en el alcázar del monte Sion, aprovechándose de su ausencia, tenían cercado á Israel, y tomadas todas las entradas y salidas del Santuario: que no podían ir á él sin ser insultados por éstos gentiles y mucho mas por los Judíos apóstatas, que siempre buscaban el mal de sus hermanos: que la guarnición que habia dejado en el recinto del lugar santo, no era suficiente para defenderlos; y en una palabra: que siempre dominarían los gentiles y apóstatas, mientras que tuviesen en Jerusalem una plaza de armas que dominase el templo, é hiciese una esclava de la ciudad santa. Judas recibió con gran sentimiento estas tristes noticias; y la propuesta que le hacían de conquistar el alcázar, le dió mucho que pensar y que discurrir. Juzgaba, como ellos, que era preciso poner fin á este escándalo, que sufrían la ciudad santa y el templo, y no veía empresa mas importante y gloriosa á la nación que la conquista de esta plaza; pero como era tan prudente para tomar sus resoluciones, como intrépido para ejecutarlas, preveía mejor que otro alguno, las graves consecuencias de este negocio. Era preciso romper desde luego con

el nuevo Rey de Siria y su Regente Lisias, y renunciar á todas las esperanzas de paz con que la nacion se lisonjeaba. Por otra parte, la plaza era fuerte en extremo; estaba abastecida de cuanto necesitaba, y la defendian, no solo la guarnicion pagana, sino los Judíos apóstatas refugiados en ella, de los que se debia esperar una resistencia desesperada. Ya él mismo habia manifestado el deseo de esta conquista, y no determinándose á emprenderla, se habia contentado con cercar de muros y torres el monte de Sion, en cuya cumbre estaba situada. Sin embargo, la santidad del templo y de la ciudad, y las persecuciones é insultos que sufrían sus hermanos en Jerusalem, prevalecieron en el ánimo valiente y piadoso de Judas, y se resolvió la conquista. Tomada esta determinacion, levantó su campo de Odolán y se dirigió á Jerusalem, donde le recibieron como á su gran libertador. Puso su conquista bajo la proteccion del Señor, y todos la encomendaron, acaso con más fervor que nunca, á su Magestad.

Se dá principio al sitio. Luego principió el sitio de esta famosa y fatal plaza, segun todas las reglas que el arte de la guerra enseñaba en aquellos remotos tiempos. Era esto el año ciento y cincuenta del reinado de los Griegos en Asia, y el primero del Rey Eupator en la Siria. Hizo Judas fabricar todo género de instrumentos y máquinas para ofender á los que ocupaban la plaza y defenderse de sus tiros. Con estas prevenciones fue embestida la ciudadela; pero no caminaba la conquista con aquella rapidez que habia sido siempre

el distintivo de las empresas de Judas. Se le disputaba el terreno por pies, y no se adelantaba la obra, sino con fatigas extraordinarias. Sin embargo, Judas no se desalentaba, sus tropas á su ejemplo estaban determinadas á llevar la conquista á su fin, y ésta caminaba, aunque lentamente. Comprendieron los sitiados al ver este empeño, que á pesar de toda su resistencia, tarde ó temprano serian obligados á rendirse á estos valientes, á quienes ni cansaban los trabajos, ni asustaban los peligros.

Acuden los sitiados al Rey para que los socorra. En este apuro logró salir de la plaza en la obscuridad de la noche un número de paganos, á los que se juntaron algunos apóstatas, y todos corrieron á presentarse á Antíoco, para que les enviase un pronto y poderoso socorro. Puestos en presencia del Rey, tomaron la palabra los apóstatas, y con un tono lastimoso dijeron: ¿hasta cuando, Señor, no haceis justicia y vengais á nuestros hermanos? Nosotros nos resolvimos á servir á vuestro padre, andar en sus mandamientos y obedecer sus edictos, y por esto los hijos de nuestro pueblo se enagénaban de nosotros, mataban de los nuestros cuantos encontraban y talaban nuestras heredades; y he aqui, que ahora han puesto sitio al alcázar de Jerusalem para ocuparle; han fortificado á Betsura, y sino les tomais luego la delantera, ellos harán otras cosas mayores y ya no podreis sujetarlos.

Va el Rey á socorrer la plaza con un grande ejército. Cuando el Rey oyó todo esto, se irritó

mucho, y luego llamó á todos sus amigos, á los Príncipes de su ejército de infantería y á los comandantes de la caballería, y asimismo tomó tropas á sueldo de las plazas marítimas y de los otros reinos comarcanos y reunió un ejército de cien mil hombres de á pie, veinte mil de á caballo, treinta y dos elefantes adiestrados para la guerra, y trescientos carros armados de hierro. Este grande ejército fue recontado en las cercanías de la córte, y el Rey acompañado del Regente, se puso á su frente, y salió para la Judea.

Intentos del falso Pontífice Menelao. Mandó el Rey que le siguiesen los apóstatas, entre los que se hallaba uno que podía llamarse su gefe. Este era Menelao, aquel falso Pontífice, que, como ya hemos visto, fue el autor principal de la desolacion de su patria, y que vivia tan aborrecido de todos los verdaderos siervos del Señor. No dudó este impío que ahora quedaría Judas derrotado, Jerusalem cautiva, y el templo en poder de los idólatras; y que conseguiría del Rey ser re- puesto en el ministerio de gran Sacerdote, del que era absolutamente incapaz hasta por su nacimiento; pues no solo no era Sacerdote, pero, ni siquiera Levita. A pesar de todo esto, él creyó que, así como con sus falacias habia conseguido el Sumo Sacerdocio, así con las mismas conseguiría ser re- puesto, como ya antes lo habia logrado. A este fin procuraba una ocasion favorable para adular al Rey sobre los intereses de su reino, é irritarle contra la Judea su patria, en la que no debia haber nacido, y para conseguir el Pontificado que

era todo su objeto; pero el Rey de los Reyes, dice el texto sagrado, despertó los sentimientos de Antíoco contra este famoso criminal, y representándole Lisias, su tutor, que Menelao era la causa de todos los males, mandó que le prendiesen y le hiciesen morir en aquel mismo lugar en que se hallaba el ejército.

Su muerte extraordinaria. Había allí una torre de cincuenta codos de altura (veinticinco varas), rodeada por todas partes de un muro ó sierra de ceniza, y desde ella arrojaron al sacrilego, que murió sumergido y ahogado en un monte de ceniza. ¡Muerte digna de un transgresor de todas las leyes divinas y humanas! No hubo tierra para dar sepultura al homicida que la había negado á tantos hombres de bien, muertos por su orden, y dejados en los campos para pasto de las aves y las fieras: solo hubo y muy justamente cenizas para este criminal, que tantos delitos había cometido delante del altar de Dios, cuyo fuego y cenizas había profanado tan sacrílegamente.

Sabida la marcha del Rey, Israel pide su protección al Señor. Hecha esta justicia en Menelao, de la que Dios fue el autor y Antíoco el instrumento, marchaba este como un furioso, dispuesto á portarse con los Judíos de un modo aun mas cruel que su padre. Cuando Judas lo supo, mandó al pueblo que invocasen al Señor dia y noche, para que, como siempre, así ahora tambien les ayudase, pues era de temer que se viesen privados de su ley, su patria y su santo templo; para que no permitiese que su pueblo, que apenas ha-

bia principiado á respirar, fuese sometido de nuevo á naciones blasfemas. Habiendo pedido todos unidos y postrados en tierra por tres dias continuos misericordia al Señor con gemidos y ayunos, Judas les exhortó á que viviesen prevenidos, y acordó con los ancianos salir contra el Rey antes que entrase con su ejército en la Judea y se apoderase de Jerusalem, y tambien acordó encomendar al juicio del Señor el buen éxito de esta empresa. Despues de estas piadosas prevenciones ordenó su ejército cerca de la célebre ciudad de Modin, donde su padre Matatías principió la defensa del pueblo de Israel, y habiéndolo puesto todo bajo del poder de Dios, Criador del Cielo y de la tierra, exhortaba á sus soldados á que peleasen con valor hasta la muerte en defensa de las leyes, del templo, de la ciudad, de la patria y de los ciudadanos.

El Rey abre la campaña por el sitio de Betsura y Judas le mata cuatro mil hombres. El ejército del Rey habia tomado la vuelta por la Idumea para caer sobre el fuerte de Betsura, que era la plaza, á cuyas puertas habia sido derrotado últimamente el ejército de Lisias, y estado á punto de perecer este General y Regente del Reino. El Rey parece que queria anudar su campaña con la del Regente y borrar con el triunfo, que tenia por cierto, la ignominia que en aquel sitio habian sufrido su General y su ejército. Abrió, pues, la campaña por el sitio de Betsura. La batió por muchos dias; pero la guarnicion se defendia con mucho valor. Trajeron máquinas y las adelantaron

hasta tocar en los muros, mas los valientes que los defendian hicieron una salida y las destruyeron. Venian nuevas máquinas al sitio y nuevas salidas de la guarnicion las destruían, haciendo huir de sus muros á los enemigos; pero estos se multiplicaban y á pesar del valor con que la guarnicion defendia la plaza, era preciso que al fin un puñado de soldados, que la defendian, cayese bajo el peso de la multitud. Entonces Judas, que habia reunido su ejército en las cercanias de Modin para observar desde allí los movimientos del enemigo, trató de socórer á Betsura, ó al menos de hacer una llamada al ejército enemigo. A este fin adelantó el suyo hasta Betzacarán, al frente y no distante del campamento del Rey. Tomó lo mas valiente de la juventud que llevaba. Les dió por señal *la victoria de Dios* y partiendo muy secretamente entre las tinieblas de la noche, cayó sobre el cuartel real, donde no se esperaba un ataque, y mató cuatro mil hombres, y el mayor elefante del ejército con todos los que venian sobre él. Esto sucedió al amanecer, con la ayuda del Señor, y Judas se retiró con sus valientes, despues de una accion tan atrevida y gloriosa, dejando lleno de turbacion y de susto el campamento del Rey.

Manda el Rey que marche inmediatamente todo el ejército contra Judas á vengar el insulto hecho al cuartel real. Antíoco que no conocia á los Judíos, sino por el desprecio que hacía de ellos, y que era naturalmente soberbio, se puso furioso al ver la afrenta que acababa de recibir su real

pabellon, y mandó que se marchase inmediatamente á vengarla. Lisias, que habia aprehendido en mas de una leccion la superioridad del General de los Judíos, acaso habria tomado una determinacion contraria; pero Antíoco era jóven, era arrebatado, era violento, y sobre todo habia principiado á conocer que era Rey. Se juzgó insultado, quiso entrar en batalla, y fue preciso obedecerle y seguirle. Todo se dispuso lo mas pronto posible para el combate. El Rey se habia levantado antes de amanecer con motivo de la atrevida y repentina carga de Judas, y se halló en disposicion de ordenar por sí mismo los movimientos.

Preparacion y repartimiento de los elefantes y carga que soportan. Hizo marchar su ejército por el camino de la plaza de Betzacarán, donde estaba acampado el de Judas, y luego que le alcanzó á ver mandó formar en batalla, y como el inexperto Monarca contaba con atropellar desde luego el reducido ejército de los Judíos y hacerle pedazos bajo los pies de los elefantes, trató lo primero de enfurecer estos animales, presentando á su vista zumo de uvas y de moras mezclado, de modo que apareciese ser sangre, porque ésta los irritaba en gran manera. Luego mandó repartirlos por las legiones, rodeando á cada elefante de mil hombres, vestidos de cota de malla y cubiertos con capacetes de metal, y de quinientos caballos escogidos. Donde quiera que estaba el elefante, allí estaban éstos, y donde quiera que iba, allá iban delante y no se apartaban de él para allanar cualquiera tropiezo ó encuentro que se presentase. So-

bre cada elefante habia castillos de madera cubiertos por grandes máquinas colocadas sobre ellos. En cada una de estas máquinas se encerraban treinta y dos hombres de valor, que arrojaban desde aquellas alturas una nube de dardos y saetas. Un indio, montado en el cuello del elefante, le guiaba y gobernaba. Parecerá increíble que un solo elefante pudiera llevar tanto peso; pero es necesario saber que los elefantes de la India, de donde los traían los Reyes de Siria, eran sin comparación mayores que los de Africa y llevaban sobre sí hasta seis mil libras de peso, ó doscientas y cuarenta arrobas. El resto de la caballería se colocó en dos trozos al uno y otro lado del ejército, para cubrir sus alas, animarle con el sonido continuo de las trompetas é impedir que se desordenasen los batallones.

Repartimiento del ejército, resplandor de sus escudos y estruendo de sus armas. Todo el ejército se dividió en dos partes. La una caminaba por los montes, y la otra por los valles, y ambas con gran precaucion. Cuando subió el sol, é hirieron sus rayos los escudos de oro y de bronce reverberaron y resplandecieron los montes, como si ardieran. Todos los habitantes de los contornos estaban, no solo asombrados al ver aquel resplandor, sino espantados al oír las voces de aquella multitud, el ruido de sus movimientos, y el estruendo de sus armas, porque era, dice el sagrado texto, un ejército en gran manera fuerte. Esperaba Judas tranquilo á este ejército formidable, y lleno de confianza en Dios, no le temia. Dejó que se ade-

lantase bien dentro de los desfiladeros que conducian á Betzacarán, y cuando le vió en estado de no poder volver atras, le salió al encuentro, y tuvo el valor de ser el primero en la carga. Los soldados del Rey la sostuvieron mal y murieron seiscientos hechos pedazos. Sin embargo, las tropas del Rey continuaban peleando con el empeño de abrirse paso á los campos de Betzacarán para poner en accion todo el ejército. En tal estado uno de los valientes de Judas suspendió por algun tiempo la atencion de los dos ejércitos con un arrojó que llenó á todos de asombro.

Arrojó asombroso de Eléazar. Este valeroso se llamaba Eléazar, y la opinion mas comun es que era el hijo cuarto de Matatías. En el calor del combate alcanzó á ver un elefante del ejército del Rey, mas alto que todos los otros y cubierto con armas reales. Le pareció que el Rey iria sobre él y se ofreció á sí mismo á la muerte por librar á su pueblo y merecer un nombre eterno. Corrió á él con espada en mano por medio de la legion, haciendo caer acá y allá, y matando á derecha é izquierda á cuantos se le oponian, hasta que llegó á ponerse bajo de la bestia y entonces la abrió el vientre á estocadas y la mató. El monstruo, con los castillos, máquinas y hombres que llevaba, cayó sobre el valiente Eléazar, que murió como otro Sanson, matando á sus enemigos. Eléazar por desgracia se engañó, porque no iba el Rey en aquella enorme bestia, mas su arrojo, su accion, su zelo por su religion y su patria, no fue por eso menos admirable. Tambien trajo la ventaja de infundir

en el enemigo un espanto general, de que se aprovechó Judas, como gran capitán, para hacer la mas honrosa retirada.

Retirada de Judas á su campamento de Betzacarán y vuelta del Rey al sitio de Betsura. Juzgó el prudente Macabeo que si se empeñaba en contener por mas tiempo los esfuerzos del enemigo en el puesto avanzado que ocupaba, seria oprimido por la multitud que bajaba de las montañas á derecha é izquierda y avanzaba á cortarle. Judas se retiró á tiempo y entró sosegadamente en su campo de Betzacarán; y despues de haber dado pesadas lecciones á Antioco, y distraido el ejército del sitio de Betsura, se volvió á Jerusalem para defenderse en ella hasta el último extremo y no dejar el recinto del templo sino con la vida. El Rey vió con gusto la retirada de Judas, á quien temia ya mucho, y se volvió á continuar el sitio de Betsura. Se formó éste de nuevo, se estrechó con mucho rigor; pero la guarnicion se defendia con valentia. Empleaba tambien el Rey los ardides; pero nada conseguia. Daba asaltos, pero siempre con mucha pérdida y sin ganar terreno. Con esto el ejército del Rey se enflaquecia considerablemente. Ya se principiaba á sentir el hambre en Betsura, porque este año era de los sabáticos, ó de descanso de la tierra, y no se sembraba; y Betsura se hubiera visto precisada á rendirse, á no enviarla Judas desde Jerusalem algunas provisiones por un camino desconocido; pero como nunca faltan traidores, aun en las naciones mas amantes de su patria, un Judío, llamado Rodoco, descubrió

á los enemigos este camino y desde entonces la guarnicion quedó sin socorros. Judas vió con gran sentimiento descubierto su secreto, y luego averiguó quien habia sido el traidor. Le hizo prender y mandó aprisionarle para hacer en él una justicia ejemplar á su tiempo.

El hambre hace la capitulacion de Betsura.
Desde que Betsura no recibia ya víveres, el hambre se aumentaba extraordinariamente, pero no crecía menos en el ejército enemigo; por manera que el hambre obligó al ejército del Rey á hacer á la guarnicion proposiciones de paz, y á la guarnicion á recibirlas. Las condiciones fueron cuales podian desearse en el caso. Se dejó salir á la guarnicion con todos sus equipages, y reunirse con su General en Jerusalem sin que nadie la molestase.

Pone el Rey sitio al templo. El Rey por esta capitulacion entró en Betsura y dejando en ella la guarnicion suficiente, se encaminó con todo su ejército á Jerusalem que era el objeto de toda la guerra, y luego principió á batir el muro y los recintos del templo donde Judas, resuelto á defenderle hasta el último aliento, se habia hecho fuerte con los suyos. El hambre habia alcanzado tambien al ejército de Judas, y con la entrada del Rey en Jerusalem, se hizo extremada, porque era ya imposible la introduccion de alimentos. No sucedia lo mismo al ejército enemigo. Aun halló víveres en la ciudad, y mas en la ciudadela, y cuando le faltaban, se derramaba por todos los pueblos y traía lo necesario.

Defensa y esperanza de Judas. En esta situacion era preciso un milagro para salir Judas del peligro; pero porque era necesario un milagro, le esperó lleno de confianza. Poco habría sido para este grande hombre contar con milagros en sus prosperidades. Una confianza sin pruebas merece pocos elogios. Su gran mérito estaba en contar con socorro contra toda esperanza: El se veía en vísperas de perder en pocos dias los trabajos de muchos años; de ver destruida de un golpe la obra de la ciudad y el templo, emprendida por la gloria de Dios, sostenida con su proteccion y conducida á su fin á costa de una multitud de prodigios. Sin embargo, tranquilo y activo al mismo tiempo, ni omitía diligencia, ni se astustaba de cosa alguna: Contento con cuanto pluguiese al Señor ordenar en tan gran peligro, obraba como si estuviera seguro de un feliz suceso, y esperaba con paciencia los instantes que tuviese el Señor señalados para sacar á su pueblo de una situacion tan penosa. El Rey por su parte procuraba vencer imposibles para asaltar los muros del templo. Dispuso contra ellos todo género de máquinas, ya para arrojar piedras gruesas, y ya para tirar saetas y dardos y globos de fuego. También los sitiados hicieron máquinas contra las máquinas de sus enemigos y se defendian con un valor que asombraba al Rey y á su ejército; pero los alimentos faltaban á las tropas de Judas casi enteramente, y cada dia era necesario acortar las raciones. Apretado el soldado cada vez más por el hambre, principiaba á desertar y por consiguiente á disminuir-

se los defensores del santuario; mas Judas estaba resuelto á defender las trincheras hasta quedar solo, y á no permitir que el templo de Dios volviese á caer en poder de los profanos, mientras le quedase un instante de vida. El hambre se hacía horrorosa, pero no habia que hablar de capitulacion, y cuando le decian: que ya no venian á socorrerles Angeles del Cielo, como lo habian hecho en ocasiones menos apuradas, él contestaba con su confianza en la proteccion del Señor. Una fé tan viva y tan firme y una confianza tan constante y tan generosa no podia dejar de ser favorecida y premiada; y lo fue en efecto por uno de aquellos sucesos, que sin tener en la apariencia cosa alguna de milagrosos, tienen en realidad todos los efectos del milagro.

Venida de Filipo Regente del Reino á la corte de Antioquia. Ya hemos dicho que Filipo habia sido nombrado por Antíoco, al tiempo de morir, tutor de su hijo y Regente del reino, y no sabemos porque se detuvo cerca de un año en la Pérsia, la Media, la Babilonia y demas provincias superiores del imperio, sin venir con el ejército que Antíoco le habia dejado en su muerte, á tomar posesion de la capital y hacerse cargo de su pupilo el hijo de Antíoco, de cuyo trono quedaba encargado, para hacerle reinar sobre él á su tiempo. Lo que hemos visto es, que Lisias se aprovechó de la ausencia de Filipo para declararse tutor del jóven Antíoco, que habia criado y tenia á su lado, y para mantenerse en la posesion de la Regencia, que le encargó Antíoco al salir para Pérsia.

Pues este Filipo tan olvidado, llegó á Antioquía con su ejército, cuando menos lo pensaban Lisias y Antíoco. Tomó posesion de la capital del reino y principió á gobernarle. Vinieron estas noticias á Jerusalem, cuando el Rey se hallaba ya á punto de asaltar el muro y entrar en el templo, y esta venida de Filipo, que era tan natural, fue el prodigio que obró Dios para sacar del peligro á Judas y su ejército, y librar del enemigo á Jerusalem y su templo.

El Rey hace paces con Judas y levanta el sitio del templo. Lisias quedó consternado con este contratiempo, que le podría despojar de la tutoría, de la Regencia y acaso de la vida; y solo pensó en trasladar la guerra de la Judea á la Siria para resistir y destruir á Filipo. Como político inteligente y sagaz, formó desde luego su plan y se apresuró á presentarle al Rey y Generales del ejército, antes que otro mas sagaz que él se le trastornase. Cada dia nos consumimos, dijo al Rey y á los Generales. Tenemos pocos víveres y la plaza que sitiamos es fuerte, y lo que urge sobre todo es acudir á los negocios del reino. Hizo presente en seguida: que habiendo entrado Filipo en la capital con su ejército como Regente, seria difícil arrojarle de ella, si se le daba tiempo para aumentar sus fuerzas; y que acaso tendría miras mas altas que la Regencia, y trataria de hacerse dueño del cetro: que, en cuanto á los Judíos, no se sujetaria su inquietud aun despues de haber ejecutado contra ellos cuanto se meditaba: que, mientras quedase un Israelita, no habria paz sino se le de-

jaba en posesion de su religion, su ley y sus ceremonias: que estos hombres á quienes se quería destruir, nada eran menos, que lo que de ellos se pensaba: que teniendo á cubierto los intereses de su religion, aceptarían cualesquiera condiciones razonables que se les quisiesen poner; y que un convenio con ellos se haría en el momento que el Rey les concediese continuar viviendo en su religion y guardando sus costumbres: que por esto se habian armado contra Antíoco su padre, y estaban armados contra su hijo; y que esto era lo que siempre les ponía las armas en la mano. El Rey y sus Generales aprobaron el discurso de Lisias, y el Rey convino en todo y envió inmediatamente comisionados á Judas para tratar de hacer paces. Judas estaba ya informado de la entrada de Filipo en Antioquía y de la consternacion del Rey, del Regente y de todo el ejército, y respondió al Rey con tanta firmeza, que convirtió en suplicante al que hasta allí se habia portado con tanta soberbia. Teniendo (el Rey) aviso, dice el texto sagrado, de que Filipo se habia rebelado en Antioquía, consternado y lleno de espanto, suplicando á los Judíos y sometiéndose á ellos, juró que les concedería cuanto pareciese justo. Judas deseaba verdaderamente la paz y se convino luego en las condiciones, siendo la primera, la esencial y casi la única el libre ejercicio de su religion. El Rey y los Príncipes juraron el cumplimiento de estas condiciones, y Judas y sus tropas saliendo del templo y recinto en que se defendían, cumplieron al Rey y le hicieron los honores debidos.

El Rey quebrantó el pacto y las quejas de los Judios le obligan á observarle. Entró el Rey en el monte de Sion y vió las fortificaciones que le rodeaban, y rompiendo el juramentó que acababa de hacer, mandó á sus soldados que las derribasen. Los Judios comenzaron á quejarse agriamente de este atropellamiento, y á decir en tono bien alto; que ya se veía lo que se podía esperar de los juramentos del Rey y los Príncipes, y de la fé de sus tratados. Conocieron el Rey y el Regente el enojo de los Judios, y como tenían tanto interés en que esta nacion irritada no se pasase á entender con Filipo, trataron de sosegarla con mil demostraciones de benevolencia. Visitó el Rey el templo. Entró en él con un profundo respeto. Presentó víctimas para un sacrificio, que se ofreció al verdadero Dios, y honró el santuario, ofreciendo ricos dones en señal de su reconciliacion. Abrazó al Macabeo, y le hizo Príncipe y Gobernador desde Tolemaida hasta la tierra de los Gerrenos ó Gerasenos. Judas no contaba mucho con estas demostraciones de una amistad, que tenia bastantes razones para no juzgar sincera; sin embargo, procuró aprovecharse de ella. Por lo que tocaba al Rey quedó muy contento con esta alianza que le sacaba del cuidado de que los Judios la hiciesen con Filipo.

Sale con su ejército de la Judea acompañado de Lisias y arroja á Filipo de Antioquia. Compuestas así las cosas en la Judea, salió de Jerusalem para Antioquia rodeado de su ejército y acompañado de su tutor Lisias. Pasó por Tolemaida ó

hizo saber á los Tolemenses el tratado de paz que habia concluido con los Judíos y el nombramiento de Gobernador de su ciudad, que acababa de hacer en Judas Macabeo; pero estos ciudadanos llevaron muy á mal la amistad concertada, temiendo que se rompiese y fuesen envueltos en una guerra. Entonces Lisias, para aquietarlos, subió al tribunal público; expuso las razones que habia tenido el Rey para firmar la alianza de que se quejaban, y consiguió con su discurso apaciguar al pueblo. El Rey, el ejército y Lisias partieron inmediatamente para Antioquía, que era á donde les llamaban todos los intereses. Filippo se habia hecho dueño de ella desde que volvió de la Pérsia, y trataba los negocios del reino como Regente y tutor del Rey joven, segun la última disposicion de su padre Antíoco; pero no se halló bastante poderoso para resistir á Lisias y á Antíoco. Avanzaron estos con su ejército hasta las cercanías de Antioquía. Filippo les salió al encuentro con el suyo, se dió la batalla, y quedó vencido Filippo y precisado á refugiarse á Tolemeo Filometor, Rey de Egipto, temeroso de que el Rey Antíoco le quitase la vida. Todo el ejército de Filippo se pasó al de Antíoco, si se exceptúa la guardia que acompañó á Filippo en su huida. El joven Rey entró triunfante en la córte, acompañado de su Regente y tutor Lisias, donde fue recibido como soberano legítimo, y Lisias como Regente del Reino. Todo parecia quedar en paz en el imperio de los Griegos con esta destruccion de Filippo; pero una revolucion vino luego á turbarla.

Demetrio Soter destrona á Antiocho, quien pierde la vida juntamente con Lisias. El año de ciento y cincuenta fue vencido Filipo y huyó del reino de Siria al de Egipto; y el de ciento cincuenta y uno, Demetrio, llamado Soter, hijo de Seleuco, y primo hermano del Antiocho que reinaba al presente, salió de Roma donde habia estado en rehenes mas de trece años, y subió con pocos hombres á una ciudad (Tripoli) sobre la costa del mar y reinó allí. Su intento, al parecer, era sondear los ánimos, para derribar del trono á su primo Antiocho. Luego descubrió el descontento de los Griegos con su primo, ó mas bien con el Regente Lisias, que lo mandaba todo. Estos antiguos súbditos de Seleuco su padre le reconocieron por Rey, y le ayudaron á conquistar los estados que su padre habia poseido. Juntó en Tripoli un buen ejército y construyó bajeles con los que se apoderó de muchas plazas importantes. No tardó en ser general la revolución en favor de Demetrio. Seguido este Príncipe de su ejército y de la multitud que se le reunía en los pueblos del paso, llegó á la vista de Antioquía, y el ejército de Antiocho en vez de salir á defender á su Rey, se apoderó de él y de Lisias para ponerles en manos de Demetrio; mas luego que dieron á éste aviso de ello; no querais, dijo, que les vea yo la cara, y les mató el ejército. Demetrio entró aclamado en Antioquía y se sentó sobre el trono que habia ocupado su padre.

Alcimo solicita del Rey Demetrio la posesion del Pontificado. La paz, que principiaban á disfrutar los Judíos, acaso habría sido durable, sino

hubieran tenido mayores enemigos que los paganos; pero los apóstatas, los impíos y los judíos corrompidos eran enemigos mucho más terribles que los mismos paganos. Desde la muerte del santo Pontífice y mártir Onías, los verdaderos Israelitas no habían tratado de elegir un sumo Sacerdote que le sucediese en esta suprema dignidad, temiendo que en las turbulencias que agitaban la patria, recayese en algún malvado. Los apóstatas tuvieron á Jason, indigno de ser hermano de Onías, á quien usurpó el Sacerdocio, comprándole á la raíz pecadora, Antíoco el ilustre. Menelao, que ni aun era Levita, compró al mismo Antíoco el Pontificado que poseía Jason, aumentando la suma; y este fue el segundo Pontífice que tuvieron los apóstatas hasta que murió, como acabamos de ver, ahogado en ceniza. A vuelta de un año eligieron un tercero, llamado Alcimo, tan malvado como Menelao. Es verdad que Alcimo era Sacerdote, descendiente de la familia de Aaron y por esto menos incapaz del sumo Sacerdocio que Menelao, que era un seglar Benjamita; pero sobre su perversidad, llevaba estampado en su frente el negro borron de la apostasía. Considerando Alcimo que de ningún modo podría acercarse al altar, ni aun librar la vida, si volvía á Jerusalem, se dirigió á Antioquía al nuevo Rey Demetrio, solicitando su proteccion y auxilio para entrar en posesion del Pontificado. Le ofreció en su primera audiencia una corona, una palma y unos ramilletes, todo de oro y trabajado con gran perfeccion y nada más hizo en este dia, pero habiendo tenido una

buena ocasion, su perversidad se aprovechó de ella, aun mas allá de lo que habia imaginado su abundante malicia.

Es llamado á un consejo del Rey y acusa á Judas y á los fieles Israelitas. Fue llamado á un consejo del Rey en que se debian tratar los negocios de la Judea. Sin duda la corona, la palma y los ramos de oro habian dejado impreso en la memoria del Rey el nombre de Alcimo. Fue preguntado este apóstata sobre el estado de la Judea y su forma de gobierno, y ciertamente que no podia ofrecérsele un campo mas propio para sus malvados intentos, y así ya no tanto trató de implorar la protección del Rey, como de perder á Judas y á todos los buenos Israelitas. Gran Príncipe, respondió Alcimo, los que entre los Judíos son llamados Asideos (asistentes al culto divino), de los cuales es Judas Macabeo el caudillo, fomentan las guerras, mueven las sediciones y no dejan estar en quietud el reino; porque aun yo, despojado de la gloria de mis padres (digo, del sumo Sacerdocio), he tenido que venirme acá; lo primero, por conservar fidelidad á los intereses del Rey, y lo segundo, por mirar tambien por los intereses de los ciudadanos; pues por la malicia de aquellos hombres, toda nuestra nacion sufre no pocas vejaciones. Por tanto os ruego, jó Rey! que informándoos por menor de todas estas cosas, mireis por nuestra tierra y nacion, segun la humanidad que todos publican de vos; pues mientras viva Judas, no puede haber paz en las cosas. Cuando acabó de hablar Alcimo, sus amigos, que eran los hombres mas perversos é

impíos de Israel, y que le habian venido acompañando como á su capitan y cabeza, confirmaron cuanto habia dicho y añadieron otras acusaciones contra los valientes de Israel delante del Rey, diciendo: Judas y sus hermanos han perdido á todos vuestros amigos, y á nosotros nos han echado de nuestra tierra. Enviad, pues, un hombre de vuestra confianza que vaya y vea los extragos que han hecho en nosotros y en las tierras del Rey, y que los castigue con todos sus amigos y favorecedores. Y con esto acabaron de hablar los malvados y de inflamar el corazon de Demetrio.

Envia el Rey á su General Baquides y á Alcimo á la Judea con un fuerte ejército. Entonces el Rey eligió, de entre sus amigos, un Grande del reino, llamado Baquides, que tenia el gobierno de la otra parte del rio (Eufrates) y era fiel al Rey, y le despachó á la Judea para que viese el extrago que habia hecho Judas; y ademas concedió al impío Alcimo el Pontificado y le mandó que castigase á los hijos de Israel. Baquides y Alcimo se pusieron luego en movimiento y vinieron con un grande ejército á la tierra de Judá. Facil habia sido á Alcimo engañar al Rey ausente de la Judea, pero no sucedió asi con Baquides presente en ella. Vió que el grueso de la nacion estaba con Judas y sus hermanos, y que solo un corto número de apóstatas componía el partido de Alcimo; y aunque á la vez sonase mas éste, era porque los malos hablan siempre mas alto y causan las bullas y alborotos, de los que huyen los buenos. En Judea sucedia ahora lo que en todos los pueblos en que

hay divisiones con motivo de religion. Casi siempre el partido de las gentes de bien es el que aparece menor, porque no rompe sino con dificultad. Esto sucedió en la Judea; mas no por eso era menos cierto que el partido religioso era el mas fuerte por su número, por su calidad, por su virtud y por su mérito. Esto lo advirtió muy luego Baquides, y aunque llevaba un buen ejército, quiso tentar el camino de la seducción antes de apelar á las armas.

Baquides y Alcimo proponen paz á Judas y sus hermanos, y éstos no les escuchan. De acuerdo Baquides y Alcimo enviaron mensageros que hablasen á Judas y á sus hermanos palabras de paz con engaño; pero Judas y sus hermanos habian aprendido con mas de una esperiencia lo poco que podian fiar en las palabras de los Griegos y menos en las de los apóstatas; y no dieron oido á sus palabras, tanto menos, cuanto los veían venir con un grande ejército. No se aprobó esta conducta de los Macabeos por todos los Judíos; pero no tardaron mucho en arrepentirse los que la desaprobaron. Unos hombres fieles á su religion y amigos de la paz, suponen facilmente á sus enemigos en tan buenas disposiciones como ellos, y con tan buena intencion como la suya. No queriendo engañar creen que no serán engañados, y sufren terribles desengaños.

Pasa una gran comision de Judíos á tratar de ella con Baquides y Alcimo. Esto sucedió ahora á un número de Escribas, Doctores y valientes Asideos. Supieron la negativa de los Maca-

beos, y la miraron como nacida de una excesiva desconfianza. Un hombre, dijeron, Sacerdote y descendiente de Aaron es quien nos convida con la paz; no es posible que quiera engañarnos; y con esta confianza fueron, no á tratar, como ellos pensaban de la paz, sino á entregarse en manos de sus enemigos, á quienes hicieron las mas justas proposiciones pidiendo la paz, pero no la querian Alcimo y Baquides. Sin embargo, les hablaron palabras pacíficas, y juraron que no les harian mal, ni á ellos ni á sus amigos.

Con la mas cruel perfidia hace matar Baquides á sesenta de la comision. Los buenos Israelitas los creyeron, y cuando estaban mas confiados sobre sus palabras y juramentos, el pérfido Baquides mandó prender á sesenta de ellos y los hizo matar en un mismo dia; cumpliéndose ahora por segunda vez aquellas palabras del real Profeta: las carnes de tus santos y su sangre derramaron las naciones en rededor de Jerusalem y no habia quien sepultase. Asi se verificó la prudente máxima de que, con los enemigos de Dios no se puede tener paz, sino con buena guerra, y que no se les quita la gana de hacer mal, mientras no se les quita el poder. La nacion judía se halló convencida de esto con una funesta prueba que la llenó de terror. No hay que contar, dijeron los desgraciados Israelitas que pudieron huir, no hay que contar ni con verdad, ni con equidad en estas gentes. Ellos han quebrantado las palabras que dieron, y el juramento que hicieron. Baquides no habia quedado satisfecho de sangre. Envió tropas por todas

partes y prendieron muchos de los que habian huido, y otros que encontraron del pueblo, y este cruel General los hizo degollar y echar en un hondo pozo, complaciendo con esto á su amigo Alcimo.

Baquides se vuelve á Antioquia con el medio ejército y deja á Alcimo en Judea, haciendo extragos con el otro medio. Baquides creyó haber ya hecho bastante para establecer á Alcimo en Judea y para cumplir con el encargo que el Rey le habia dado, y á la verdad que habia hecho mas que debia. Dividió, pues, su ejército. Una parte llevó consigo de escolta á Antioquia, y otra dejó á Alcimo para que se apoderase del Pontificado y sujetase ó mas bien destruyese á sus enemigos. Quedó Alcimo al frente de su ejército de extranjeros, y luego se le unieron todos los perversos que habia en Judea y sus contornos. Acostumbrados estos hombres á promover el desorden en el seno de la patria, cuando se les daba tiempo; unidos á los apóstatas, aun mas perversos que ellos, y apoyados por las tropas paganas, se apoderaron en poco tiempo y sin resistencia de una buena parte de la Judea donde hicieron impunemente grandes extragos. Alcimo que no contaba sino con estas gentes para establecerse en el Pontificado, todo lo aprobaba con tal que le colocasen en él. Judas y sus hermanos se habian visto precisados á ocultarse desde que se negaron á comparecer delante de Baquides y Alcimo; ya porque era esta la familia que, entre todas las de Israel, buscaban estos perseguidores, ya porque debian temer mucho sus maquinaciones ocultas, y ya sobre todo

porque su negativa á presentarse no habia sido aprobada por los principales de la nacion, con quienes, despues de Dios, contaban siempre los Macabeos en sus peleas y empresas. Supo Judas en su retiro la impía conducta de Alcimo, las crueldades que ejecutaba en los siervos de Dios, sus tentativas para apoderarse del templo; hacerse reconocer por sumo Sacerdote y ejercer en él, con escándalo de todo Israel, este soberano ministerio. Supo su liga con todos los apóstatas, los impíos y los hombres perdidos de la nacion; y supo en fin con el mas amargo dolor, que estos indignos Israelitas causaban mas daños en la nacion que los mismos idólatras, y ya no pudo ser indiferente á este exceso de males cuyo remedio le pedia la nacion.

Se presenta Judas con sus hermanos y valientes y dispersa las tropas de Alcimo. Salió de su retiro con sus hermanos y luego se reunieron aquellos hombres valerosos que tantos tiempos habian peleado á su lado. Recorrió todos los términos de la Judea en contorno; persiguió principalmente á los desertores de su religion, é hizo morir tan buen número, que de allí adelante no volvieron á hacer correrías y extragos en la Judea. Cuando vió Alcimo que Judas y los suyos eran mas fuertes que su ejército de paganos y apóstatas, y conoció que no podia resistirlos, se volvió para el Rey á Antioquía y les acusó nuevamente de muchos delitos. Sus acusaciones exasperaron tanto al Rey, que determinó enviar mas tropas á la Judea para destruirla, tomar vivo á Judas y poner á Alcimo por sumo Sacerdote del gran templo.

Envia el Rey al General Nicanor y a Alcimo con mas tropas. Eligió para esto á Nicanor, comandante de los elefantes y uno de los principales señores del reino. Sin duda no habia quedado satisfecho de las operaciones de Baquides y creyó que Nicanor evacuaría mejor esta seria comision por juzgarlo enemigo de la nacion judía en cuyo pais habia recibido grandes afrentas en las batallas con Judas y de las que procuraría resarcirse con tan buena ocasion. Partió Nicanor para la Judea, acompañado de Alcimo y rodeado de un ejército mas grande que el que habia llevado Baquides. Apenas entró en ella cuando los gentiles, que en dispersion habian huido de Judas, vinieron en tropas á unirse con él, y aumentaron considerablemente su grande ejército. Luego que los Judíos supieron la venida de Nicanor, y que se le habian unido los gentiles dispersos, rogaban, cubiertos de polvo, á aquel que habia fundado su pueblo, que le conservase siempre y le protegiese con sus acostumbrados prodigios. Sin duda no se halló Judas en Jerusalem en esta ocasion, porque la primera defensa se hizo por su hermano Simon. Juntó éste de pronto las tropas que pudo y fue á situarse junto al castillo de Desau. Nicanor se acercó á él con parte de su ejército, dando orden de que le siguiese todo el resto. Hubo un choque con esta vanguardia en el que los Judíos hicieron, como siempre, prodigios de valor; pero viendo Simon que llegaba todo el ejército de Nicanor consultó con su gran prudencia, y se retiró.

Trata Nicanor de paces con Judas. Bien co-

noció Nicanor en esta primera prueba que los Judíos eran siempre los mismos, y añadiendo este nuevo suceso á los que habia experimentado del valor de Judas, de sus hermanos y sus tropas cuando peleaban por su religion y su patria, no se atrevió á entrar en batalla, por lo que envió á Judas tres de sus oficiales, Posidonio, Teodocio y Matías para ofrecer y aceptar proposiciones de paz; y habiéndolo tenido Judas un gran consejo de Ancianos y Gefes del ejército sobre esto y convenido en la paz, hizo la propuesta á la multitud y todos unánimemente fueron de sentir que se aceptase la paz. Se determinó el dia y el sitio en que se juntarian los dos Generales Judas y Nicanor para tratar entre sí un negocio tan grave, y con esto despidieron á los enviados de Nicanor. Llegado el dia señalado, ambos Generales se hallaron en el lugar convenido, y puestos asientos, tuvieron una conferencia secreta. Judas escarmentado particularmente por la traicion que Baquides acababa de cometer con los Escribas, Doctores y Asideos, habia tomado las precauciones convenientes á evitar toda sorpresa. Habia puesto en los contornos del lugar de la conferencia y puestos mas ventajosos parte de sus mejores soldados, prontos á acudir á la menor señal y á echarse sobre los enemigos, si advertian cualquier movimiento que indicase peligro. Estas precauciones eran muy prudentes, pero no fueron necesarias, porque Nicanor obraba de buena fé.

Se hacen las paces. La conferencia se tuvo con orden y con buen efecto. Se arreglaron todas

las condiciones, y se concluyó el convenio. Desde este momento fue entera la buena inteligencia entre los dos Generales. Nicanor vino á Jerusalem y Judas le recibió con todo género de obsequios. Entonces despidió Nicanor las turbas de soldados que se le habian juntado, temiendo que no sería facil evitar sus excesos. Amaba Nicanor á Judas con ánimo sincero y le tenia una inclinacion singular, y esta inclinacion pasó tan adelante, que Nicanor llegó á interesarse en sus negocios domésticos. Viendo que Judas aun no estaba casado, le instó á que tomase estado para que pudiese dejar á su muerte herederos de su valor y virtud en bien de su pueblo. Judas siguió su consejo y se casó en este tiempo.

Vuelve Alcimo á Antioquia, acusa á Nicanor, y manda el Rey á Nicanor que le envíe encadenado á Judas. Miraba el traidor Alcimo con desesperacion una concordia y amistad que trastornaba todos sus planes. Se entregó á cuanto inspira de furioso una pasion violenta, y se resolvió á perder á Nicanor, á Judas y á su nacion. Corrió á Antioquia, se presentó á Demetrio, y revistiéndose de un zelador de los intereses del Rey, el que solo lo era de los suyos propios, le dijo: que Nicanor favorecia los intereses agenos, y que tenia destinado á Judas, por mas enemigo que fuese del reino de Siria, para su sucesor en el gobierno de Judea. Irritado el Rey al oír esto de Nicanor, y exasperado por Alcimo, que sin cesar añadía nuevas y pésimas calumnias, escribió á Nicanor, diciéndole: que le tenia lleno de indignacion la

amistad que habia contraido con el Macabeo, y que luego al momento se le enviase encadenado á Antioquía. Nicanor quedó consternado cuando leyó la carta del Rey, y le era de una gran pena tener que romper la amistad que habia contraido con un varon que en nada le habia ofendido. Al principio dudó si obedecería al Rey. La amistad y el honor le eran como un muro invencible, y prevalecian á la vez en su corazon naturalmente recto; pero la órden del Rey era expresa y ni aun sufría dilaciones. Fluctuaba violentamente su corazon entre la injusticia y la virtud, pero al fin de muchos combates prevaleció aquella, y desde entonces Nicanor perdió el tino y se dejó arrastrar de una cadena de impiedades y perfidias que le llevaron al fin mas desdichado.

Nicanor trata de apoderarse por traicion de la persona de Judas, pero no lo consigue y vomita blasfemias. Resuelto ya á sacrificar á su amigo, buscaba una ocasion de apoderarse de su persona. Nada mas facil en la íntima relacion en que se hallaban; pero el Señor, que protegía al capitan de Israel, no permitió que Nicanor acertase á hacer el papel de traidor. Advirtió Judas el embarazo en que se hallaba, y conoció que meditaba algun golpe fatal. Se previno al momento y no dió tiempo á que pudiese descargarle. Llamó á algunos de los suyos y se ocultó con ellos de manera que no fue posible encontrarles. Quedó Nicanor sumamente pesaroso de haber dejado traslucir su intencion, y desesperado porque habia errado el golpe. Se veía prevenido por Judas, y se

hallaba en el caso de no poder cumplir con la orden del Rey. En lo mas fuerte de su desesperacion subió al santísimo y augustísimo templo del Dios verdadero, á tiempo que los Sacerdotes ofrecian los sacrificios acostumbrados, y les mandó que sin dilacion le entregasen á Judas; y asegurando ellos hasta con juramento, que no sabian donde estaba; estendió este impío su mano hácia el santuario y juró diciendo: sino me entregáreis á Judas encadenado, arrasaré este templo de Dios, derribaré el altar, y consagraré este sitio al padre Liberio (al dios Baco): y dicho esto, salió furioso del templo. Entonces los Sacerdotes, horrorizados de las blasfemias que habia vomitado en la casa de Dios este hombre sacrilego, levantando sus manos al Cielo, invocaban á aquel bondadoso Señor, que se habia declarado siempre protector de su amada nacion, diciendo: Vos, Señor del universo que de nadie necesitais, quisísteis que estuviese entre nosotros el templo de vuestra morada; pues ahora ¡ó Santo de los Santos, Señor de todas las cosas! conservad para siempre libre de profanacion esta casa que acaba de ser purificada.

Segunda vez intenta lo mismo y tampoco lo consigue. Nicanor tuvo noticia del lugar del retiro de Judas y los suyos; y no pudiendo, ó no atreviéndose á acometerles, envió un mensaje diciendo: no haya guerra entre mí y entre vosotros; y daba á entender que se necesitaba una entrevista para concluir el tratado de paz, aceptado ya por el Rey. Yo, decía, pasaré con poca gente para ver vuestras caras con paz. Judas sa-

bia el ánsia que reinaba en el pueblo por la paz, y aunque con mil recelos, consintió en que Nicanor pasase con poca gente á verle en el lugar que se hallaba, tomando no obstante sus medidas para no ser sorprendido. Nicanor vino á Judas, y se saludaron uno á otro como amigos; pero los enemigos estaban preparados para prenderle. Judas lo conoció, y al ver que Nicanor habia venido á él con traicion, se levantó de repente, y se retiró lleno de enojo, protestando al traidor General: que no volvería ya á verle sino con la espada en la mano y al frente de sus tropas. Despues de haber errado Nicanor este segundo golpe, ya no debia contar sino con las armas, y Judas con la tropa que le acompañaba se dirigió á Cafarsalama, donde tenia su ejército.

Se dá una batalla, pierde Nicanor casi cinco mil hombres y blasfema de nuevo. Nicanor fue á pelear contra Judas junto á aquella ciudad; y perecieron del ejército de Nicanor casi cinco mil hombres, huyendo los demas á Jerusalem, al alcázar de David, en cuya plaza les recibieron la guarnicion y los apóstatas. Nicanor mas enfurecido con esta pérdida, volvió á subir al templo, y volvieron á salir los Sacerdotes á recibirle en paz, y manifestarle ademas los holocaustos que se ofrecian por el Rey; pero se mofó de los Sacerdotes, los despreció, los vilipendió, los habló soberbiamente, y volvió á jurar con ira, diciéndoles segunda vez: si Judas y su ejército no fueren entregados en mis manos, cuando vuelva victorioso, pondré fuego á esta casa; y se volvió muy furioso.

Los Sacerdotes vinieron al templo, se presentaron delante del altar, y llorando, dijeron: vos, Señor, elegísteis esta casa para que se invocase en ella vuestro nombre, y para que fuese casa de oracion, y de súplica para vuestro pueblo; haced, Señor, un escarmiento en este hombre y en su ejército, y que caigan á filo de espada; acordáos de sus blasfemias y no permitais que subsistan. Fueron oidas del Señor estas súplicas, como veremos despues; pero no impidieron que Nicanor diese motivo á uno de los espectáculos mas trágicos que jamás dió al mundo un hombre de bien.

Arrojo asombroso del anciano Razias. Habia en Jerusalem un virtuoso anciano, llamado Razias, muy zeloso del honor y pureza de la ciudad santa, con reputacion de mucha piedad, y llamado comunmente padre del pueblo, por el grande amor que este le tenia y la correspondencia con que le honraba. Desde su juventud hasta la edad avanzada en que se hallaba, habia sido el modelo de un verdadero Israelita, y estaba pronto á entregar su cuerpo á los tormentos, y su vida á los verdugos antes que abandonar la religion de sus padres. Queriendo Nicanor manifestar el ódio que tenia á los Judíos, envió quinientos soldados para que le prendiesen, porque creía que si lograba seducirle, causaria la mayor afrenta y el dolor mas amargo al pueblo de Israel. Repentinamente se halló sitiada por los quinientos soldados la casa de Razias, y cuando forzada la puerta é incendiada, estaba ya Razias á punto de ser aprehendido, se hirió con su espada, eligiendo ó

por un error escusable, ó por un impulso del Espíritu Santo, morir antes que ser esclavo de los idólatras, y que sufrir ultrages indignos de su nacimiento; mas como por la aceleracion no fuese mortal el golpe, y viese ya á los soldados entrar por las puertas, corrió al muro (estaría la casa pegada á la muralla como la de Raab) y se arrojó animoso sobre las tropas que cercaban su casa. Retiráronse éstas al verle caer y Razias dió con los hombros y la cabeza en el suelo. Aun conservaba mucho espíritu, y cobrando nuevo aliento se puso en pie. Salía á borbollones la sangre, y estaba herido gravísimamente; sin embargo, corrió por medio de la gente y subiendo sobre una peña escarpada, ya casi desangrado, sacó y tomó con ambas manos sus entrañas y las arrojó sobre las tropas, invocando al Señor del cuerpo y del alma para que se las volviese otra vez; y de esta manera concluyó su vida éste grande hombre, dejando á su nacion una gloria inmortal por su religion, intrepidez y valor, y una prueba asombrosa de su zelo por la honra y gloria de Dios.

Nicanor trata de dar una batalla decisiva en Sábado. Confundido Nicanor á vista de la afrenta que le acababa de causar un solo hombre, ya no trató de hacer mas pruebas de esta clase. Marchó á buscar á Judas, resuelto á dar una batalla decisiva, que se le pudiese en las manos; Judas se hallaba en la Samaria, donde tenia un número considerable de buenas plazas, ocupadas por Israelitas fieles. Salió Nicanor de Jerusalem y acampó cerca de Betoron, donde vinieron á in-

corporársele nuevas tropas de Siria. Cuando supo Nicanor que Judas estaba en las tierras de Samaria, pensó acometerle con todas sus fuerzas en día de Sábado, y como los Judíos, que por necesidad tenían que seguir á este profano, le dijese: no obreis tan feroz y bárbaramente, sino dad honor al día de la santificación y respetad á aquel que vé todas las cosas; el blasfemo Nicanor preguntó: si habia en el Cielo algun poderoso que hubiese mandado la observancia del Sábado, y contestándole ellos: hay un Señor vivo y poderoso en el Cielo que ha mandado guardar el séptimo día. Pues bien, replicó Nicanor: yo soy tambien poderoso en la tierra, y mando que se tomen las armas y se haga el servicio del Rey. Sin embargo, Nicanor no pudo ejecutar su designio; fuese porque los Judíos que iban en el ejército se negaron absolutamente á tomar las armas en día de Sábado, fuese porque Judas con tres mil hombres habia salido de Samaria y venido á acampar en Adarsa, ó fuese, en fin, porque el Señor no permitió que se diese la batalla en este día santo. Nicanor en extremo orgulloso con las tropas que le habian llegado de Siria, y que eran en tan gran número, que el historiador sagrado las llama el ejército de Siria, en nada menos pensaba que en erigir un trofeo á su gloria sobre la ruina de Judas, de sus tropas y de su nación.

*Judas cuenta con el socorro del Omnipotente
 & refiere á sus tropas un sueño que ha tenido.*
 Por el contrario Judas no contaba sobre el puñado de soldados que comandaba, sino sobre el so-

corro del Omnipotente. El Macabeo, dice el texto sagrado, siempre esperaba con toda confianza, que Dios le auxiliara, y exhortaba á los suyos que no temiesen al acercarse las naciones, sino que tuviesen presentes los socorros recibidos del Cielo, y que esperasen ahora que el Todopoderoso les daría la victoria. Les hablaba de la ley y los Profetas: les recordaba las batallas que ellos mismos habian sostenido antes; y poniéndoles delante la perfidia de los Gentiles y la violacion de sus juramentos, encendia sus ánimos y les infundia grande valor. Asi armaba el valiente Judas Macabeo á sus tropas, no tanto con defensa de escudo y de lanza, como con palabras y exhortaciones de confianza y valor. Les refirió tambien un sueño que habia tenido, y era, dice el texto sagrado, digno de fé; y con él llenó á todos de alegría. Tal fue la vision: vió que Onías, aquel que habia sido sumo Sacerdote, varon bueno y benigno, de presencia venerable, de costumbres modestas, de amable conversacion, y que desde niño se habia ejercitado en las virtudes, oraba por todo el pueblo de los Judíos con las manos estendidas. A este tiempo vió que apareció otro varon, insigne por su edad y magestad y rodeado de grande hermosura; y oyó á Onías que le decía: éste es el amator de sus hermanos del pueblo de Israel: éste es el que ruega mucho por el pueblo y toda la ciudad santa: este es Jeremías, Profeta de Dios; y vió entonces que Jeremías, estendiendo su mano derecha, le daba una espada de oro diciendo: toma esta santa espada, regalo de tu Dios, y con ella derribarás

los enemigos de mi pueblo Israel. Los soldados Israelitas enseñados por la fé que los santos y amigos de Dios se interesan por el bien de sus hermanos que viven en la tierra, escucharon la vision de su Gefe como un oráculo del Cielo y un anuncio seguro de la victoria.

Se dá la batalla; Nicanor muere en el primer encuentro, y su ejército es esterminado. Animados así con las exhortaciones de Judas que eran muy buenas y eficaces para infundir el valor y confortar el ánimo de los jóvenes, resolvieron pelear de manera que su esfuerzo y valentia decidiese la causa y les diese la victoria, porque peligraban la ciudad santa y el templo; pues por sus mugeres, hijos, hermanos y parientes era menor su cuidado. Su principal y mayor temor era, dice el texto sagrado, por la santidad del templo, ¡qué cargo tan terrible para los cristianos del dia! También los que estaban en la ciudad se hallaban muy cuidadosos sobre la suerte de aquellos que iban á entrar en batalla. Cuando los dos ejércitos se hallaron al frente uno de otro, ordenados en batalla, y ocupando su lugar los elefantes y la caballería de Nicanor; el Macabeo, considerando la multitud que venia (contra él y su tropa, reducida á solos tres mil hombres), el aparato de las armas y la fiereza de las bestias, estendiendo sus manos al Cielo, rogó al Señor, que hace maravillas y que no segun el poder de las armas, sino segun que le place, dá á los dignos la victoria, y dijo: vos, Señor, que enviásteis vuestro Angel en tiempo de Ezequías, Rey de Judá, y matásteis ciento y

ochenta y cinco mil del campamento de Senaquerib, porque blasfemaron contra vos, envidad ahora tambien, Señor de los Cielos, vuestro Angel bueno delante de nosotros en temor de la grandeza de vuestro brazo, para que teman y tiemblen los que, blasfemando, vienen contra vuestro santo pueblo. Mientras que Judas oraba de esta manera, Nicanor avanzaba con fiereza al ruido de las trompetas y de la confusa griteria de los soldados. Entonces Judas y los que estaban con él entraron en el combate invocando al Señor. El día trece del mes Adar (luna de Febrero) entraron en batalla los dos ejércitos, y peleando los de Judas con sus manos y pidiendo al Señor con sus corazones, sumamente gozosos con la presencia de Dios, mataron no menos de treinta y cinco mil. El ejército de Nicanor fue derrotado, y muerto su General el primero en el combate. Cuando vieron los soldados que habia muerto Nicanor, tiraron las armas y huyeron. Las tropas de Judas fueron siguiendo el alcance, camino de un día, desde Adacer hasta la entrada de Gazara, tocando las trompetas y dando señales (para que les detuviesen); y salieron de todos los castillos de la Judea que habia en los contornos, y los rechazaban con valentía, haciéndoles volver hácia los vencedores, que los mataron á espada, y no escapó ni uno de ellos.

Disposiciones de Judas acerca del cadáver de Nicanor. Tomaron sus despojos, y cuando volvian gozosos del combate, couocieron á Nicanor, que con sus armas estaba tendido por tierra. Entonces alzando todos el grito, bendijeron al Omni-

potente, y Judas mandó cortar la cabeza á Nicanor, y con el hombro aquella mano derecha que habia estendido hácia el templo jurando que le arrasaría. Mandó tambien que la cabeza y el brazo fuesen llevados á Jerusalem. Luego que volvió Judas con sus tropas á la ciudad santa, hizo congregar á los pies del altar á los Sacerdotes, á los ciudadanos y á los soldados que habia dejado guardando el Alcázar, esto es, el templo, y les mostró la cabeza de Nicanor y la mano execrable, que, lléno de orgullo, habia estendido contra la santa casa de Dios. Mandó tambien que la lengua de este impío fuese cortada y dividida en menudas partes y se diese á las aves, y que la mano de este demente se colgase (clavada en un madero) en frente del templo. Mandó en fin: que la cabeza se fijase en lo alto del templo para que fuese una señal manifiesta del auxilio de Dios; y con esto se alegró mucho el pueblo, y todos pasaron aquel día en grande regocijo, bendiciendo al Señor del Cielo y diciendo: bendito sea el que preservó incontaminado á su templo. Judas y todo Israel de común acuerdo determinaron: que el día trece del mes Adar, en que se habia ganado la batalla contra Nicanor, fuese solemnizado en todos los años.

Israel con nadie podia transigir en cuanto á la posesion de Jerusalem y del templo. Tal fue con gran gloria del Dios de Israel, aumento de la fama de Judas y su ejército y asombro de toda la Siria, el resultado de la batalla dada por Judas á Nicanor entre Adarza y Betoron. Asustados los enemigos de un golpe tan inesperado y funesto,

necesitaron algun tiempo para volver de su terror, y dejaron lugar á los Israelitas para descansar y aprovecharse de la victoria. El Señor se habia escogido la ciudad de Jerusalem y su santo templo para que el pueblo escogido le ofreciese en él sus cultos y sus sacrificios hasta la venida del Mesías, su Santísimo Hijo, y en esto jamás podia transigir Israel con sus enemigos. Podia en cualquier otro punto recibir leyes de los alienigenas, pero en tocando á la ciudad santa y su augusto templo en nada podian ceder, sino era por la fuerza, y éste fue siempre el justo y principal motivo de sus guerras con los extrangeros. Bien preveía Judas que Demetrio trataría de vengar la muerte de su General y el exterminio de su ejército, y que sus primeros tiros se dirigirian contra la ciudad santa y su templo, y á fin de poder defender estos caros objetos, no solo trató de vivir prevenido, sino tambien de adquirirse alguna alianza que le sostuviese, y buscó la de los Romanos. Si en esto cometió un yerro, procurando socorros humanos, cuando se hallaba rodeado, acaso mas que nunca, de los divinos, solo Dios lo sabe. Sin embargo, yo lo recelo mucho al ver los tristes sucesos que siguieron á esta alianza, como lo sospechará el lector reflexivo; pero dejando estas cosas á los secretos de Dios, el hecho es que Judas contrajo su alianza con los Romanos.

Noticia que tenían los Judíos de los Romanos.
Habia oido Judas su reputacion. Se decia que eran poderosos en fuerzas: que convenian en todo lo

que razonablemente se les pedia; y que cuantos se habian llegado á ellos, tratando de amistad, la habian conseguido. Habia oido las batallas y las grandes hazañas que habian hecho en Galacia; como los habian sujetado y hecho sus tributarios y cuanto habian hecho en la region de España (no hubo nacion que les resistiese tanto, pues tardaron casi doscientos años en conquistarla); como habian puesto bajo de su poder las minas de plata y oro que hay allí, y que habian conquistado toda aquella region con su paciencia y consejo: que habian sujetado paises muy lejanos, derrotado á los Reyes que se habian movido contra ellos en los extremos de la tierra, y hecho en ellos grande extrago; y que los demas les pagaban tributo todos los años: que habian vencido en batalla y sujetado á Filipo Rey de Epiro; á Perses, Rey de los Ceteos (Macedonios) y á los demas que habian tomado las armas contra ellos: que habian derrotado á Antíoco el grande, Rey de Asia que les habia puesto guerra con ciento y veinte elefantes, con caballería, con carros y con un ejército muy grande: que le habian cogido vivo, y obligado á que les pagase, él y los que reinasen despues de él, un grande tributo, y á que les entregase rehenes y lo convenido, que era la region de los Indios, Medos, y Lydios, sus mejores provincias: que los Griegos que habian querido destruirlos, fueron derrotados por ellos, y se llevaron cautivas sus mugeres é hijos, los saquearon, ocuparon sus tierras (y ciudades), derribaron sus muros, y las redujeron á servidumbre:

que habian arruinado y sujetado á su dominio á los otros reinos é islas que les habian hecho resistencia; pero que con sus amigos, y con los que les guardaban fé, mantenian amistad: que habian sujetado los reinos cercanos y lejanos, porque cuantos oían su nombre les temian: que reinaban ó caían del trono los que ellos querian: que en fin los Romanos estaban muy ensalzados, y que su poder era muy grande.

Esto era la república romana en el tiempo de que hablamos, segun las noticias que de ella se tenian en la Judea, y el Macabeo no encontró cosa mas ventajosa para su nacion que hacer alianza con tan poderosos y fieles amigos. Lo hizo presente á los ancianos y cabezas de familias, y todos convinieron en la utilidad de esta alianza, y en que no era de aquellas que prohibia la ley á causa del peligro de la idolatría, como las de los Amorreos y otras naciones semejantes. Entonces Judas eligió á Eupolemon, hijo de Juan, y á Jason, hijo de Eléazar, y los envió á Roma para establecer paz y alianza con los Romanos. Partieron luego de Jerúsalen los comisionados, y despues de un largo viaje, llegaron á Roma felizmente, y habiendo entrado en el senado, dijeron: Judas Macabeo y sus hermanos, y el pueblo de los Judíos nos han enviado para establecer alianza y paz con vosotros, y que nos escribais entre vuestros aliados y amigos. Espusieron despues las muchas vejaciones que les hacia sufrir Demetrio, Rey de Siria, y pidieron al Senado la proteccion que concedia á los pueblos oprimidos. Agradó á los Ro-

manos lo propuesto por los Embajadores judíos y les prometieron la protección que les pedían. Luego formaron de concierto con ellos un tratado de alianza, que hicieron grabar en planchas de bronce y enviar á Jerusalem para que las tuviesen allí como un monumento de paz y alianza; y he aquí lo que contenían las planchas.

Alianza con ellos. „ Bien sea por siempre á los Romanos y á la nación de los Judíos por mar y por tierra, y sea lejos de ellos la espada y el enemigo; pero si se moviere guerra primero contra los Romanos ó sus aliados en todos sus dominios, les dará socorro de corazón la gente de los Judíos según lo exigiere el tiempo; y no darán (los Romanos) á los combatientes (á los Judíos) ni suministrarán trigo, armas, dinero, ni navios, porque así ha parecido á los Romanos; y estarán (los combatientes) sujetos á las órdenes (de los Romanos) sin tomar nada de estos. Asimismo, si se moviere guerra primero contra los Judíos, les asistirán de corazón los Romanos, según que el tiempo se lo permitiere, y á los que fueren en su socorro (de los Judíos) no se dará trigo, ni armas, ni dinero, ni navios, porque así ha parecido á los Romanos, y obedecerán sus órdenes (las de los Judíos) de buena fé. Según estas palabras hicieron los Romanos su tratado con el pueblo de los Judíos. Y si después de este tratado, dijeron, los unos ó los otros quisieren añadir ó quitar de esto alguna cosa, lo harán de comun consentimiento; y cuanto así añadieren ó quitaren quedará firme.”

Concluido así el tratado, los Romanos, que esta-

ban indignados contra el Rey Demetrio por la conducta que usaba con los Judíos, le escribieron una carta que entregaron á los Embajadores y decia: „¿Porqué has agravado tu yugo sobre los Judíos nuestros amigos y aliados? Sabe, pues, que, si de nuevo vinieren á quejarse, les haremos justicia contra tí, y te declararemos la guerra por mar y por tierra.” Una proteccion tan decidida debia producir grandes resultados en favor de los Judíos; sin embargo, no se vió que sacasen alguna ventaja considerable de esta alianza, aunque se renovó mas de una vez en los tiempos de Jonatas y Simon, hermanos y sucesores de Judas; ni este mismo héroe tuvo el consuelo de ver las láminas en que se habia grabado, porque no llegaron á Jerusalem los portadores hasta despues de su muerte. Lo que sí tuvo, fue el sentimiento de ver confirmadas sus conjeturas acerca de la resolucion violenta que tomaría Demetrio luego que supiese la entera derrota de su numeroso ejército del que no habia escapado ni un solo hombre, la muerte del General, y el destrozo de su cadáver, referido por Alcimo y su partido con todas las circunstancias mas capaces de inflamar su cólera.

Vuelve Baquides á la Judea con nuevo ejército. En efecto, irritado en gran manera Demetrio, hizo reunir en los contornos de Antioquía el ala derecha de su ejército, que siempre se componia de las tropas mas aguerridas, y volvió á enviar á Baquides y á Alcimo á la Judea con este poderoso cuerpo de ejército. Partieron luego de Antioquía estos dos enemigos de Israel, y dirigiéndose por el

camino de Galgala fueron á acampar á la vista de Masalot, plaza situada en la provincia de Arbella y ocupada por tropas Judías. La batieron, se apoderaron de ella, y perdió allí Judas un número considerable de hombres; triste presagio de los males terribles que le amenazaban, y daban principio con esta escaramuza. No se detuvieron los enemigos en Masalot mas que el tiempo preciso para saquearla; y en el mes primero del año de ciento y cincuenta y dos llegaron á las cercanias de Jerusalem con la esperanza de sorprender á Judas en ella; pero se hallaba ya en Laisa, ciudad poco distante. Informados Baquides y Alcimo de que Judas ocupaba con su ejército á Laisa, avanzaron con veinte mil hombres de á pie y dos mil de á caballo hasta Berea cercana tambien á Jerusalem, y con esto quedaron los dos ejércitos á la vista uno de otro.

Desercion lastimosa de la mayor parte del ejército de Judas. Judas tenia tres mil hombres escogidos, y segun su valor, debia esperarse que, á pesar de la desigualdad en el número, en vez de rehusar la batalla, no tardaría en principiar el ataque y conseguir la victoria. Los soldados que tenia consigo eran aquellos valientes Israelitas que unidos siempre á su General y siempre seguros de la proteccion del Señor bajo de sus banderas, no le habian abandonado jamás. Judas hacia cuenta con ellos y le bastaban estos tres mil hombres para desafiar á todas las fuerzas de Siria. Ya se disponia á animarles, segun su costumbre, con sus piadosas exhortaciones para entrar en el combate; pero

¡O Dios mio! ¡Y cuán profundos son vuestros juicios é investigables vuestros caminos! Estos hombres intrépidos, éstos soldados tan famosos en toda Asia, y hasta en el Occidente, por su valor, su constancia y sus ruidosas hazañas: estos Israelitas que poco antes, siendo los mismos en número, habian muerto al General Nicanor, y exterminado su formidable ejército, tres ó mas veces mayor que el que presentaba Baquides: estos héroes se hallan, sin saber porque, sobrecogidos de repente. Sus ojos turbados por el temor, multiplican los soldados enemigos, y les hacen ver un ejército el mas numeroso que habia venido jamas contra ellos. Pierden su esperanza en el Señor, su confianza en el General y su miramiento al honor; y de tres mil hombres que componen el ejército de Judas, los dos mil y doscientos abandonan el campo antes de principiar la batalla, sin que sea posible detenerlos, y dejan á su General con solos ochocientos hombres al frente de sus enemigos. Era necesario toda la constancia de Judas para mantenerse firme en un lance tan inesperado. Mirábase abandonado de casi todo su ejército, que á su vista y en grandes tropas huía del combate; y ya no tenia tiempo para reunirle ni esperanza de sacar partido de un ejército fugitivo. Penetrado del mas profundo dolor y sumergido en el mayor desconsuelo, no sabia á que resolverse; pero no duró mucho esta situacion agena del héroe. Luego se dejó ver con su brio antiguo y como en realidad era. Vamos, dijo, á los ochocientos hombres que habian quedado con él; vamos á pelear con nues-

tros enemigos. Acaso lograremos vencerlos, y si el Señor no quisiese concedernos la victoria, nosotros moriremos gloriosamente defendiendo su causa; pero sus compañeros que tambien habian participado algun tanto del temor, procuraban disuadirle, diciendo: no podrémos (vencerlos); mas libremos ahora nuestras vidas y volvamos á nuestros hermanos porque somos pocos. Reunámoslos y animémos su espíritu, y entonces podremos pelear contra ellos y vencerlos. Jamás, dijo Judas al oirlo, jamás permita el Señor que hagamos tal cosa, cual es huir de nuestros enemigos. Si nuestra hora es llegada, muramos valerosamente por nuestros hermanos y no echemos una mancha en nuestra gloria.

Batalla de Laisa cerca de Jerusalem y muerte del héroe de Israel. Animados los compañeros de Judas con esta valiente resolución de su General, ya no pensaron sino en pelear valerosamente á su lado. El enemigo habia salido de su campamento y venia dividido en dos cuerpos de infantería, sostenidos por fuertes escuadrones de caballería. Los honderos y flecheros y los mas fuertes del ejército venian en las primeras líneas, y el General Baquides á la cabeza del ala derecha. Judas que solo contaba con ochocientos hombres contra veintidos mil, no podia dividirlos y todos debian pelear reunidos á sus lados. En esta disposición se acercaron los ejércitos, y luego mandó Baquides tocar las trompetas y lo mismo hizo Judas. Toda la tierra se conmovió con el sonido de las trompetas y las voces y gritería de las tropas, y en me-

dio de este confuso y pavoroso ruido, se acometieron los dos ejércitos, batiéndose con furor desde la mañana hasta la tarde. Viendo Judas que el ala derecha que mandaba Baquides era la mas fuerte, marchó contra ella con los mas valientes de su tropa, y la deshizo, acuchilló y persiguió hasta el monte de Azoto. Todo el dia habia estado pendiente y dudosa la victoria, y Judas con esta derrota, principió á mirarla como suya; pero el Señor tenia otros designios acerca de su siervo, y si le concedia estas acciones de valor, mas bien era para honrar su muerte, que para alargar su vida. No dejaba Judas de perseguir y cargar fuertemente á los fugitivos; pero cuando vieron las tropas de la izquierda la derrota de su ala derecha, y que Judas y los suyos la perseguian con ardor, siguieron en pos de ellos y se arreció la pelea. Fueron muchos los que cayéron muertos de una y otra parte en esta ocasion y ¡qué dolor! Judas cayó tambien muerto. ¡Muerte lastimosa! ¡Muerte fatal para el pueblo de Israel! ¡Muerte que no habrá hombre tan insensible que no esperimente al leerla una pena!

Sentimiento de Israel en la muerte de Judas.

Con la muerte de Judas parece que murió tambien la batalla. El campo quedó solo de tropas, pues los demas huyeron, dice el texto sagrado. Jonatás y Simon sus hermanos tomaron el cuerpo, le llevaron á su ciudad de Modin y le enterraron con magnificencia. No es posible explicar el desconsuelo en que Israel quedó sumergido con la muerte de Judas. Todo el pueblo lloraba con llau-

to inconsolable. Muchos dias duró este llanto general y en ellos no dejaban de preguntarse afligidos: ¡cómo ha caido el valiente que salvaba á su pueblo Israel! ¡Cómo se ha oscurecido el esclarecido defensor de Judá! ¿Donde está el zelador de la ley, el que se esponía á tantos y tan grandes peligros por la honra del Señor y la salud de su pueblo? ¿El que consiguió tantas victorias como dió batallas? ¡Ah! su desinterés, su piedad, su zelo por la honra del Señor y la pureza de la religion, su amor á sus hermanos, sus heróicas virtudes... todo parecia clamar por la continuacion de esta preciosa vida; pero quiso el Señor otra cosa, y á nosotros solo nos toca conformarnos con su divina voluntad y adorarla. Judas hizo su carrera desde su principio á pasos muy agigantados y llegó pronto á su término; pero llegó lleno de virtudes y méritos.

Su elogio. El anciano y valiente Matatías habia elegido al morir de entre sus cinco hijos á Judas para que mandase el ejército. Ahí teneis, les habia dicho, á Judas Macabeo, varon de grandes fuerzas desde su juventud; él será el General de vuestros ejércitos y manejará la guerra del pueblo. En virtud de este nombramiento y cumplimiento de esta voluntad, Judas luego que espiró su padre, ocupó su lugar y le ayudaban sus hermanos y todos cuantos se habían unido á su padre. Todos concurrían con él á hacer las batallas de Israel con alegría. Judas dilató, dice el texto sagrado, la gloria de su pueblo, se vistió de coraza, como un gigante y se ciñó de sus armas de guerra para combatir

y cubrir los campamentos con su espada. Fue como un leon en sus batallas, y como un cachorro de leon que va rugiendo tras de la presa. Persiguió á los malvados, buscándolos por todas partes, y entregó á las llamas á los que turbaban el pueblo. Abuyentó á sus enemigos con el temor que le tenian. Todos los que se habian entregado á la maldad, quedaron consternados, y la salud (de Israel) fue dirigida por su mano. Exacerbaba á muchos Reyes y alegraba á Jacob con sus peleas. Su memoria será en bendicion eternamente. Recorrió las ciudades de Judá, exterminó de ellas los impíos y apartó de Israel la ira (del Señor). Recogió á los que perecian, y la fama de su nombre resonó hasta los fines de la tierra.

Este magnífico elogio, que hace aqui de Judas la sagrada Escritura, se ve confirmado por toda la historia que de su vida dejamos escrita; pero lo que hace singular su elogio, y que no se ha dicho de ningun otro de los valientes del antiguo testamento, son las siguientes palabras con que despues de referir su muerte concluye su historia el autor del libro sagrado. Mas las otras guerras de Judas, las virtudes que practicó y la grandeza de su corazon no estan escritas; porque son muchas en gran número. Este elogio tan grande de Judas tiene tambien la singularidad de ser una sombra, y si se quiere un pronóstico del que hizo de Jesucristo el Evangelista San Juan, concluyendo su Evangelio con estas palabras. Hizo tambien Jesus otras muchas cosas, que si se hubiesen de escribir en particular, júzgo que ni aun en el mun-

do cabrian los libros que habrian de escribirse.

Trabajos de Israel por la muerte de Judas.

A la muerte de Judas se siguió lo que siempre acontece á un rebaño sin pastor; se dispersaron las ovejas, y quedaron á disposicion de los lobos, que luego las acometieron é hicieron en ellas un destroz espantoso. Apenas se supo la muerte del héroe, cuando volvieron todos los apóstatas y hombres perversos que el temor de Judas tenia desterrados y confinados fuera de Israel á entrar en el seno de su patria para despedazar sus entrañas. En estos tiempos sobrevino en Israel un hambre muy grande, que algunos atribuyen á la destruccion de mieses y frutos hecha por los enemigos; y encontrándose la nacion sin pan, sin paz, sin defensor, dominada de un ejército enemigo y asaltada por sus malos hijos, se vió precisada á someterse á Baquides y á entregarle su tierra. Este eligió luego hombres perversos y los puso por comandantes de aquel pais, los que pesquisaban y buscaban á los amigos de Judas para que Baquides los insultase y se vengase de ellos. Apenas hallaban los hermanos y amigos de Judas donde retirarse, porque aun cuando el número de los fieles era sin comparacion mayor que el de los apóstatas y perversos, no podian sin embargo favorecerlos sin exponerse á malos tratamientos de los idólatras y peores de los apóstatas, sus propios hermanos. La persecucion se arreciaba, se hacia intolerable, y hubo en Israel una tribulacion cual no se vió desde que habian dejado de verse profetas en Israel, esto es, desde la vuelta de Babilonia, y reedificacion del templo.

La pérdida de un solo hombre era la causa de tantas desdichas, y nunca se conoció mejor la falta de Judas que en este tiempo; mas como era irremediable, trataron de suplirla.

Eleccion de Jonatás en vez de su hermano Judas. Se juntaron muy secretamente todos los hermanos y todos los amigos de Judas y dijeron á Jonatás: desde que murió tu hermano, no ha quedado otro semejante á él que salga contra nuestros enemigos, Baquides y los demas de nuestra nacion. Asi, pues, tu serás desde hoy nuestro General en lugar de tu hermano, y manjarás nuestra guerra. Jonatás no aspiraba á las honras de este encargo, ni temia sus peligros; mas por el bien de su pueblo no pudo excusarse. Recibió sobre sus hombros el peso enorme de General que con tanta gloria habia llevado su hermano y guerreó en su lugar. Esta eleccion no pudo hacerse tan secretamente que no llegase á noticia de Baquides, quien, desde que la tuvo, buscaba con la mayor diligencia la ocasion de matar á Jonatás; pero éste, su hermano Simon y todos los que estaban con él lo supieron y se retiraron al desierto de Tecua. Baquides los siguió inmediatamente con todo su ejército, y no teniendo el nuevo General plaza alguna en Judea donde hacerse fuerte, se resolvió á pasar el Jordan para rehacerse en el pais de Galaad. Baquides le pasó tras de él con todo su ejército y le seguia de cerca. No podia Jonatás evitar por mucho tiempo la batalla, pero como el corto número de sus tropas le permitia movimientos rápidos y encontrados que no podia seguir un ejército, la iba retar-

dando con gran prudencia por este medio, esperando que se le juntasen los fieles Israelitas que habian peleado al lado de su hermano, y cuyo número engrosaba cada dia considerablemente su ejército. No habiendo tenido tiempo para proveerse de armas y demas pertrechos de guerra, envió á su hermano Juan, acompañado de algunas tropas, á los Nabuteos, amigos antiguos de su hermano Judas, á pedirles que le prestasen su aparato de guerra, que era copioso, dice el texto sagrado. Luego se le franquearon los Nabuteos con mucho gusto; pero cuando Juan volvía con él al ejército, salieron al camino los hijos de Jambri, vecinos de Madaba, se echaron de repente sobre él y su pequeña escolta, les quitaron las vidas y todo lo que traían, y se volvieron con todo á su ciudad.

Jonatas y Simon castigan ejemplarmente la muerte alevosa de su hermano Juan. Jonatas y Simon indignados de tan enorme delito contra el que clamaba no solo el derecho individual, sino tambien el derecho de gentes, esperaron ocasion de castigarle y no tardó en presentarse. Supieron que los hijos de Jambri hacian unas grandes bodas, y que llevaban de Madaba con grande pompa y aparato la novia, que era hija de uno de los Príncipes de Canaan (á la ciudad del novio que sería Cananea). Entonces se presentó con nueva viveza á su imaginacion la sangre de su hermano Juan y de su escolta tan inhumanamente derramada. Subieron á un monte: se ocultaron entre sus espesuras desde donde podian ver sin ser vistos; y alzando los ojos, vieron una multitud de gentes de

todas clases que acompañaban á la esposa con un magnífico tren y aparato, y que el esposo y sus parientes y amigos les venian al encuentro con tamboriles y otros instrumentos músicos, y muchas gentes armadas. Entonces bajaron repentinamente del monte Jonatas y los suyos y se echaron con espada en mano sobre ellos. Mataron á muchos, cayeron muchos heridos y los demas huyeron. Las bodas se volvieron en llantos y las músicas en lamentos. De este modo castigaron Jonatas y Simon las muertes de Juan y sus soldados, se resarcieron del robo que habian sufrido, tomando el botin ó despojos que quedaron en el campo, y se volvieron á las riberas del Jordan.

Batalla de Jonatas con Baquides. Avisado Baquides de que el General Macabeo y su gente habian vuelto á las riberas del rio, se dirigió con todo su ejército á aquel punto á donde llegó en día de Sábado, porque seguia en la idea de que los Judíos no se defendian en Sábado; pero Jonatas sabia muy bien que le era permitido, y que en las circunstancias en que se hallaba era un deber, no solo defenderse, sino acometer en el dia de Sábado. Estaba Jonatas cercado por todas partes. Al frente tenia el ejército de Baquides; á la espalda el Jordan, y á los costados arroyos, bosques y lagunas. En tal situacion, prevengámonos, dijo á los suyos, para entrar en combate. Ya no estamos en el caso de poder retirarnos con honor como en los dias pasados. Clamad, pues, al Cielo para que seais librados de vuestros enemigos. Dichas estas palabras, avanza Jonatas seguido de sus tropas,

y semejante á su valiente hermano, descarga golpes terribles por todas partes y sobre los cadáveres que va dejando tendidos por tierra, se abre camino hasta llegar á Baquides, le tira el golpe mortal, pero Baquides huye el cuerpo hácia atrás y evita la muerte. No espera Baquides el segundo golpe de un enemigo tan formidable; se aleja con presteza de él, y se cubre con nuevas tropas de su guardia. Combatian los Israelitas con ventaja por todas partes; pero viendo Jonatás la innumerable multitud de sus enemigos, se arroja al rio, le pasa nadando, hacen lo mismo todos los suyos y se forman en batalla en la ribera opuesta sin que en toda esta travesía se mueva ni un solo enemigo. Habia perdido Baquides mil hombres y estado á punto de morir, cuando peleaba con unos hombres que tenian á la espalda el Jordan, y no queriendo perder su ejército, ahora que le tienen al frente, solo trató de volverse á Jerusalem con sus tropas.

Desde este pesado lance no pensó ya Baquides en pelear mas con los Israelitas, mandados por Jonatas, y se aplicó á fortificar todas las plazas de la Judea que presentaban buena defensa. Las hizo rodear de altas murallas, poner fuertes puertas y asegurar con cerraduras, llaves, cerrojos y candados. Puso guarniciones en ellas con orden de que hiciesen correrías por todas partes y persiguiesen principalmente á los que fuesen afectos al partido de Jonatas; pero las plazas que fortificó con mayor esmero fueron Betsura, Gazára y el alcázar de Sion que eran de la primera importancia. Puso

en ellas fuertes guarniciones y abundantes provisiones, y en fin, para asegurarse mas de la quietud y fidelidad de los Judíos, tomó en rebenes los hijos de los principales y los encerró en el alcázar.

Autoridad del Pontifice Alcimo. Asi se pasó el año de ciento cincuenta y dos tan funesto para los Judíos por la muerte de Judas y las desdichas que la siguieron. Gozábase el falso Pontifice Alcimo de esta muerte y de estas desdichas que le habian proporcionado entrar en la posesion pacífica del Pontificado, y creía haber llegado á la cumbre de su ambicion; pero se vió que á ejemplo de sus predecesores, no habia subido á ella sino para caer de mas alto. De tantos intrusos, como, desde la muerte del Santo Onías, se habian tratado de sumos Sacerdotes, ninguno se revistió impunemente de esta sagrada dignidad, sino que á todos siguió un castigo capaz de intimidar á los mas atrevidos, si la pasion de dominar pudiera contenerse con el temor del castigo. Tan perverso Alcimo como sus antecesores, y con mayor libertad para manifestar que lo era, se dejó llevar al último extremo. Miraba muerto al temible Judas Macabeo, lejos de Jerusalem á Jonatas y Simon sus hermanos, y toda la Judea sujeta á un Rey idólatra, cuya autoridad poseía él enteramente. En semejante estado juzgó que todo le era permitido, porque nada tenia que temer de parte de los hombres; pero se olvidaba de que Dios no necesita de los hombres para sus castigos.

Su muerte. El mes segundo del año de ciento cincuenta y tres mandó Alcimo derribar los mu-

ros interiores de la casa del Señor (que formaban el pátio de los Sacerdotes y Levitas), y que se destruyesen las obras de los Profetas (Aggeó y Zacaarias, que con sus exhortaciones las habian promovido). Debiera causarle horror solo el pensarlo, pero estaba endurecido y luego hizo poner manos en la obra. Alcimo se aplaudia de ella; pero Dios tenia ya levantada la mano para castigarle. Cuando con mas placer estaba presenciando el derribo de los muros, el Señor descargó el golpe, y ya no hubo para Alcimo sino tormentos y muerte. Se le cerró de repente la boca y no pudo volver á hablar ni una sola palabra. Se apoderó de él una parálisis general y luego murió entre grandes tormentos con espanto de los malos y horror de los buenos.

Baquides se vuelve á Antioquia, pero es llamado otra vez por los apóstatas. Cuando vió Baquides que habia muerto Alcimo, se tornó para el Rey y quedó en reposo la tierra (de Judá) por dos años sin que los Griegos la hiciesen la guerra; pero entre tanto que los extranjeros dejaban en paz la Judea, los apóstatas y malos Judíos la dominaban á favor de las guarniciones que habia puesto Baquides en todas las plazas. Estos hombres perversos no podian sufrir que Jonatas y los suyos se mantuviesen firmes y no se rindiesen á la apostasía. Pensaron sorprenderles y de un solo golpe deshacerse de todos. He ahí, se dijeron, que Jonatas y los suyos viven muy confiados y no tienen el menor recelo: traigamos á Baquides y los sorprenderá á todos en una sola noche, y nos librárá de

estos hombres que nos desacreditan con el pueblo, y son los únicos que se oponen á nuestros intentos. Creyeron feliz su proyecto, y sin dilacion enviaron á Baquides una diputacion que le dijese que todo estaba en disposicion de sorprender á Jonatas y los suyos, y poner en las manos del Rey á estos sus enemigos. Baquides se preparó para venir á la Judea con un grande ejército, y envió secretamente cartas á los de su partido para que sorprendiesen y pusiesen presos á Jonatas y á los que estaban con él, mientras llegaban sus tropas; pero no pudieron, porque fueron avisados en tiempo. Jonatas tuvo noticia individual de los principales que habian tramado esta maldad; logró prender hasta cincuenta y los hizo morir.

Baquides pierde parte de su ejército, hace un tratado con Jonatas y se vuelve á Antioquia. Estaba ya para llegar Baquides, y era preciso prepararse á una nueva resistencia. Juntaron Jonatas y Simon todas sus tropas y se retiraron á la ciudad de Betbesen, plaza situada en el desierto de Jericó, cerca del Jordan y perteneciente á la tribu de Benjamin. Repararon sus ruinas y la fortificaron. Llegó al fin Baquides con su grande ejército y supo con pena las prevenciones de Jonatas y los suyos. Bien hubiera querido haberles en poder de los apóstatas, para no tener que volver á medir sus armas con los Macabeos; pero ya no habia otro arbitrio sin pasar por la fea nota de un General cobarde. Hizo Baquides que viniesen á incorporarse con su ejército las tropas que habia dejado en la Judea, y fue á acampar delante de la plaza de

Bethesen. La batió por muchos dias, y acercó á ella sus máquinas, pero nada adelantaba. Entonces Jonatás, viendo la debilidad de los ataques de Baquides, dejó á su hermano Simon en la plaza con las tropas suficientes para su defensa, y tomando consigo un cuerpo de sus mejores soldados, dió vuelta por el pais cercano y volvió con un número considerable de tropas que se le reunieron. Embistió al cuerpo de ejército que mandaban Odarén, sus hermanos, y los hijos de Fase-ron; le derrotó y principió á hacer gran destrozo en sus enemigos, y á ganar mucho nombre con repetidas acciones de valor. Entre tanto que Jonatás atropellaba y destrozaba una parte del ejército enemigo, Simon y los que estaban con él salieron de la ciudad, quemaron las máquinas, atacaron á Baquides, le batieron y le causaron gran pesadumbre, porque su designio no solo habia resultado fallido, sino muy desgraciado. Baquides lleno de cólera contra aquellos hombres malvados, que le habian aconsejado que viniese, hizo morir á muchos y trató de volverse á su tierra con el ejército que le habia quedado. Tuvo noticia de esto Jonatás y para facilitarle una marcha que tanto interesaba á la Judea, le envió mensajeros á fin de ajustar con él paz, ó mas bien un cange de prisioneros. Baquides recibió de buena voluntad á los mensajeros, hizo como quería Jonatás y le juró que jamas volveria á hacerle mal en todos los dias de su vida. Restituyó á Jonatás los prisioneros que tenia de Israel, y recibiendo los suyos, se volvió á Antioquía, y no quiso tornar mas á la Judea.

Gobierna Jonatas la nacion con paz y con grande acierto por quatro años. La retirada de Baquides con todas sus tropas, dió á Jonatas la libertad que necesitaba para restablecer los negocios de su religion y su patria. El grueso de la nacion, ó para decirlo mejor, toda la nacion le miraba como á su salvador, aunque durante la opresion no todos se hubiesen declarado abiertamente por temor á las violencias de los propios y los estraños. En esta situacion, Jonatas, siguiendo el plan de su padre Matatías y de su hermano Judas, comenzo á perseguir á los apóstatas y á los impíos, haciéndoles morir ó salir del país. Empleó particularmente su zelo en fomentar el culto del Señor, cuyas sagradas ceremonias principiaron á observarse con entera libertad en Jerusalem, sin que las tropas de la ciudadela se atreviesen á oponerse. Sin embargo, Jonatas no quiso fijar su residencia en la capital, mientras que la ciudadela estuviese en manos de los enemigos. La fijó en Macmas, ciudad célebre y fuerte, situada en las fronteras de las tribus de Éfrain y Benjamin, en los montes de Betel. Allí fue donde, por espacio de quatro años que duró la paz, se aplicó Jonatas á gobernar al pueblo fiel de un modo enteramente independiente, y á corregir y castigar á los malos Israelitas. El Rey Demetrio, parte cansado de una guerra tan costosa, y parte ocupado con otros enemigos que no le permitían dividir sus fuerzas, no pensaba ya en turbar á los Judíos, y con esto y la buena administracion de Jonatas, Israel volvió á tomar nuevo semblante. Se vió florecer en él la

agricultura, restablecerse el buen orden, y sobre todo practicarse las leyes santas y celebrarse con gran zelo las ceremonias sagradas.

El Rey Demetrio procura hacer de su partido á Jonatas contra el Rey Alejandro. Despues de estos quatro años de paz y felicidad para los hijos de Israel, el ciento y sesenta del imperio de los Griegos en Asia, Alejandro, hijo de Antíoco el illustre, ocupó á Tolemaida y reinó en ella. Avisado el Rey Demetrio de que Alejandro, no solo habia sido recibido como Rey en una ciudad de tanta consideracion, sino de que trataba de conquistar todo el reino que habia sido de su padre, juntó un ejército en extremo numeroso, y salió en busca de Alejandro para darle batalla. Se habia hecho Jonatas ya en este tiempo de tanta consideracion para los Reyes de Asia, que temió Demetrio no salir felizmente con su empresa á pesar de su grande ejército, sino contaba con el poder de Jonatas, ó sino conseguia á lo menos que no se hiciese del partido de su competidor Alejandro. Con esta idea, antes de venir con él á las manos, tuvo un consejo con sus confidentes y amigos sobre lo que convendría hacer con respecto á Jonatas. Este valiente, les dijo, se acordará de los males que hemos hecho á su nacion y á su hermano, ¿y qué no deberemos temer si se une con Alejandro? por tanto soy de sentir, que sin perder momento hagamos alianza con él antes que él la haga con Alejandro contra nosotros. Todos aplaudieron el pensamiento del Rey, y luego escribió este Monarca á Jonatas una carta, toda de paz, dándole

grandes elogios y facultad para levantar un ejército y fabricar armas. Le declaró su aliado, y mandó que se le entregasen los rehenes ó fianzas que habia en el alcázar de Sion.

Jonatas se aprovecha de este tiempo favorable para reedificar á Jerusalem y levantar los muros en rededor del monte de Sion. Jonatas tan valiente como hábil y previsor, juzgó que sin declararse por Demetrio, ni contraer empeños con él, debia aprovecharse de las ofertas de un Rey, que con estas mercedes lejos de hacer gracia á los Judíos, solamente les hacía parte de la justicia que les era debida. Autorizado Jonatas con la carta del Rey vino de Macmas á Jerusalem; juntó todo el pueblo; mandó venir á nombre del Rey á los principales de la ciudadela para que asistiesen á oír la lectura de la carta real, y fue leida delante de todos. Oyeron los buenos Israelitas el contenido de esta carta con tanta alegría, como temor concibieron los apóstatas al oír que el Rey daba facultad á Jonatas para levantar un ejército. La guarnicion de la ciudadela entregó á Jonatas los rehenes, que eran los jóvenes de las primeras familias, y Jonatas los entregó á sus padres. Traslado su residencia de Macmas á Jerusalem y se estableció en ella con la dignidad conveniente al supremo puesto que ocupaba; pero al reconocerla tuvo el sentimiento de ver parte de las grandes ruinas que los furioses de Antíoco y sus Generales habian causado en ella. Hizo reedificar los edificios y casas arruinadas y con esto principió á renovarse Jerusalem y á mudar de semblante. Mandó

tambien á los operarios que levantasen los muros que debian rodear el monte de Sion, y que el jóven Eupator, contra la fé de los tratados habia hecho derribar pocos años despues de haberlos edificado Judas Macabeo. Quiso que este muro se hiciese de grandes y fuertes piedras cuadradas de silleria para que sirviese de segura defensa contra los ataques del alcázar, y trabajaron los operarios con tan buena voluntad que en poco tiempo se vieron concluidos con toda la fortaleza que Jonatas deseaba.

Estos preparativos asustaron á los extranjeros que Baquides habia dejado en las fortalezas que habia hecho edificar por toda la Judea. Temian en cada momento que Jonatas con todas sus fuerzas cayese sobre ellos, y no teniendo ya que esperar socorro del Rey, serian ellos las primeras víctimas que se sacrificasen á la justicia de la nacion. Por este temor, todos abandonaron su puesto y cada uno se volvió á su tierra y su casa. Solo en Betsura quedaron algunos, de los que, dice el texto sagrado, habian abandonado la ley y los mandamientos de Dios, porque esta plaza era para ellos un lugar de refugio. A este tiempo oyó el Rey Alejandro las promesas que el Rey Demetrio habia hecho á Jonatas, y le contaron las proezas que él y sus hermanos habian hecho, y los trabajos que habian tolerado con admirable constancia y paciencia, y dijo á los que se lo referian, ¿acáso podrémos nosotros hallar un hombre tal como Jonatas? Pues veámos como le hacemos, no solamente nuestro aliado, sino tambien nuestro amigo,

y luego se puso á escribirle y le envió una carta diciendo:

Carta del Rey Alejandro á Jonatas. „El Rey Alejandro á Jonatas su hermano, salud. Hemos oído decir: que tu eres un varón poderoso en fuerzas y digno de ser nuestro amigo, y ahora te constituimos hoy sumo Sacerdote de tu nación (ya lo era), y queremos que seas llamado amigo del Rey: que unas tus intereses con los nuestros y que guardes amistad con nosotros.” Acompañó Alejandro esta carta á Jonatas con una vestidura de púrpura y una corona de oro, como señal de la particular amistad que contraía con él. Recibió Jonatas con demostraciones de grande alegría los regalos y la carta que le enviaba el Rey Alejandro, los presentó al pueblo, y leyó la carta, y es regular que advirtiese su preferencia hácia Alejandro con respecto á Demetrio. Jonatas conocia que en su situacion, ora quisiese inclinarse á uno de los dos Monarcas, ora mantenerse indiferente, necesitaba tener preparada una fuerza respetable, y asi nos dice el historiador sagrado: que levantó un ejército, é hizo fabricar gran cantidad de armas. Cuando oyó Demetrio estas cosas se entristeció en gran manera y dijo: ¿cómo hemos dado lugar á que Alejandro se nos haya adelantado á conciliarse la amistad de los Judíos para fortificarse? Yo tambien quiero escribirles, prometiéndoles alivios de cargas, y dádivas y dignidades para que estén de mi parte y me ayuden; y les escribió una carta muy larga de la que damos el siguiente compendio.

Otra del Rey Demetrio tambien a Jonatas.

„El Rey Demetrio á la nacion de los Judíos, salud. Hemos oido que habeis guardado la amistad hecha con nosotros y permanecido en ella, y que no os habeis unido á nuestros enemigos, de lo que nos hemos alegrado. Perseverad, pues, como hasta aqui, y os pagaremos bien lo que habeis hecho por nosotros: os perdonaremos muchos impuestos, y os haremos muchas mercedes; y desde ahora os eximo de tributos y de los impuestos de sal, de coronas, de tercias, de semillas, y de la mitad del fruto de los árboles, y quiero que Jerusalem sea santa y libre con todos sus territorios, y que los diezmos y los tributos sean suyos. Renuncio tambien la posesion del alcázar y le doy al sumo Pontífice para que ponga en él la guarnicion que le agrade. Doy libertad sin pago alguno á todos los Judíos que se hallen cautivos en toda la estension de mi reino, sin que paguen tributos por sí, ni por sus ganados. Quiero, en fin, que todos los dias solemnes, Sábados; Nocomenias, fiestas establecidas por el pueblo, y los tres dias antes y despues de cada solemnidad sean todos de inmunidad y esencion para todos los Judíos que estan en mi reino: que sean alistados en el ejército del Rey hasta treinta mil Judíos, á los que se suministrará todo lo necesario; y que de ellos se saquen los soldados que han de guarnecer las plazas mas importantes del gran Rey: que sean encargados de los negocios del reino que piden fidelidad: que tengan Gefes de su nacion y vivan en sus leyes; y que Tolemaida y todos sus territorios, que yo he donado á Jerusalem,

sean en cuanto á sus tributos para los gastos de las cosas santas. Hago donacion anual de quince mil siclos de plata (cincuenta y ocho mil doscientos treinta y cinco reales), de los derechos que me pertenecian, para las obras de la casa del Señor; y á mas de esto, de los cinco mil siclos de plata que se tomaban cada año del tesoro del Santuario para el tesoro del Rey, y quiero que estos cinco mil siclos sean para los Sacerdotes que estan ejerciendo el ministerio por turno. Mas para reparar las obras del Santuario, reedificar los muros de Jerusalem fortificándolos, y construir muros al rededor de las plazas de toda la Judea... Todos los gastos para estas obras serán de cuenta del Rey.”

Jonatas y su pueblo prefieren unirse al Rey Alejandro. Se da una gran batalla y muere en ella el Rey Demetrio. Cuando Jonatas y el pueblo oyeron estas promesas, no las creyeron, ni las aceptaron, porque se acordaron de los grandes males que habia hecho en Israel, y les agradó unirse á Alejandro, que sobre ser el primero que les habló de paz, nunca les habia hecho daño; y le dieron socorro en todo tiempo. Juntó Alejandro un grande ejercito, compuesto en la mejor parte de las tropas judías, que le envió su aliado Jonatas, y marchó contra Demetrio. Se dieron la batalla los dos Reyes y fue puesto en huida el ejército de Demetrio, quedando la ventaja por el partido que sostenian los Judíos. Alejandro siguió con ardor el alcance del ejército de Demetrio, pero habiéndose rehecho éste, que aun llevaba á su frente la persona del Rey, se renovó la batalla y el choque llegó

á ser muy sangriento. Se iba á poner ya el sol, y aun seguia incierta la victoria; pero cayó muerto Demetrio (precisamente en la misma hora en que fue muerto por sus tropas el valiente Macabeo), y luego que murió el Rey, perdieron sus tropas el brio, y se entregaron. Nada hubo ya que se opusiese á Alejandro en un reino, que no amaba al dueño que perdía, y el nuevo Monarca entró en Antioquía sin la menor oposicion y fue proclamado Rey en ella.

Alianzas del Rey Alejandro con Tolemeo Rey de Egipto y casamiento con su hija Cleopatra. Luego que Alejandro se vió en posesion de tan vastos dominios, pensó en contraer alguna grande alianza que le hiciese respetable á sus súbditos y á sus vecinos. Envió una embajada magnífica á Tolemeo Filometor, Rey de Egipto, con una carta en la que se deja ver la vanidad pueril de un nuevo Rey que no está hecho á las victorias. Ya que he vuelto, le decia, á entrar en mi reino, y me he sentado en el trono de mis padres, y he recobrado mi imperio y he derrotado á Demetrio, y entrado en posesion de mis dominios, y vine con él á las manos y le deshice con todas sus tropas y me he sentado en el trono de su reino... por tanto hagamos ahora amistad entre nosotros. Dáme tu hija por muger y yo seré tu yerno y te daré á tí y á ella dones dignos de tu persona. No conocia el pobre Alejandro al Rey con quien queria estrechar alianza, ni la hembra que pretendia por muger. Afectó Tolemeo recibir con agrado los Embajadores del nuevo Rey, y contestó á su carta con el

modo mas expresivo. Dichoso el dia, le dijo, en que has vuelto á la tierra de tus padres y en el que te has sentado en el trono de su reino. Yo haré, segun me has dicho en tu carta. Ven á Tolemaida. Allí nos veremos los dos y te daré á mi hija como me lo has pedido. Poco despues de esta carta salió Tolemeo de Egipto con su hija Cleopatra y llegó á Tolemaida el año de ciento sesenta y dos, y tambien Alejandro con un séquito numeroso. El Rey de Egipto presentó la Princesa á Alejandro, y las bodas se celebraron con aquella magnificencia que acostumbran los Reyes.

Convida el Rey Alejandro á Jonatas á que pase á Tolemaida á tener parte en sus regocijos. En dias tan gloriosos no se olvidó Alejandro de lo que debia á Jonatas por lo mucho que habia contribuido á su triunfo. Le escribió una carta muy expresiva en la que le convidaba á que pasase á Tolemaida á tener parte en su alegría, y recibir públicos testimonios de su agradecimiento y de la estimacion que hacía de su persona. No creyó Jonatas que debia negarse á un convite tan obligatorio, y menos, cuando sobre la honra que se hacía á su nacion, podrían tratarse en Tolemaida negocios importantes á su tranquilidad con dos soberanos de dos grandes imperios los mas vecinos á la Judea. Tambien creyó que debía presentarse en tan augusta reunion con el aparato y magestad conveniente á la dignidad de sumo Sacerdote de que estaba revestido, y de Gefe de una nacion tan esclarecida.

Honores que le dispensa. Partió Jonatas de Je-

rusalen con un grande acompañamiento de las personas mas principales, y una lucida escolta de lo mas florido de sus tropas y se presentó en Antioquía con todo el esplendor que correspondia á su persona. Fue recibido por los dos Monarcas con las demostraciones de la mayor estimacion, y Jonatas les presentó, obsequioso y generoso, mucho oro y plata y dones muy preciosos. ¡Quien creería que en esta ocasion, cuando Jonatas se hallaba apreciado hasta el extremo por Alejandro, habría hombres que fuesen á acusarle á Alejandro! Pero no hay que buscar prudencia en las resoluciones de los sediciosos. Y se conjuraron contra Jonatas, dice el texto sagrado, hombres pestilentes de Israel, hombres inicuos, querellándose al Rey contra él; pero el Rey no quiso oírlos, ni verlos; y no paró aqui, sino que quiso que ellos vieses la estimacion en que tenia al hombre que venian á acusar. Mandó que Jonatas fuese revestido del manto de púrpura propio de Reyes, y le hizo sentar á su lado delante de su córte, y para que toda la ciudad fuese testigo del aprecio que hacia de Jonatas y del interes que tomaba por su aliado y amigo, mandó á los principales de su córte: que saliesen con él por toda la ciudad, y que hiciesen publicar: que nadie en su reino fuese osado á interpelarle sobre ningun negocio, ni causarle la menor molestia bajo de ningun pretesto. Todo se ejecutó como lo ordenaba el Monarca; y cuando los acusadores vieron á Jonatas cubierto con el manto de púrpura y puesto en tanta altura de gloria, todos huyeron por temor del castigo que merecia su insolencia;

y desde este dia no cesó Alejandro de colmar de honores á Jonatas. Le escribió públicamente entre sus primeros amigos y hasta dió á entender que queria partir con él la potestad soberana. Lleno Jonatas de reconocimiento al Señor que asi habia dispuesto el corazon del Rey en favor de su pueblo, volvió á Jerusalem, á donde no llevó que contar sino palabras de paz y alegría y donde fue recibido como un digno Ministro de Dios vivo y un protector de su nacion.

Jonatas se aprovecha de tres años de paz para aumentar el culto del Señor y hacer la felicidad de su pueblo. Por tres años que duró la paz en Siria y Judea fue constante la amistad entre el Rey Alejandro y el Pontífice Jonatas. Este se aprovechó bien de la tranquilidad para llevar adelante las mejoras de su patria; para multiplicar las fortalezas, disciplinar las tropas, cultivar las tierras, y sobre todo, para hacer que se aumentase mas y mas el culto del Señor; pero no podia conmovirse la Siria sin que se sintiesen sus vaivenes en la Judea, y Jonatas se halló metido por necesidad en la revolucion que principió en aquel reino el año de ciento y sesenta y cinco de los Griegos, y que vamos á referir por lo que toca al compendio de la historia santa que escribimos.

Demetrio, hijo del difunto Demetrio, disputa la corona á Alejandro. El Rey Demetrio, derrotado y muerto por el Rey Alejandro, tenia dos hijos jóvenes, cuando perdió la corona y la vida. Su padre en la incertidumbre de los sucesos de la guerra, habia tenido cuidado de apartar á sus hijos

del peligro y así no cayeron en manos del vencedor Alejandro. El mayor, llamado Demetrio como su padre, habiendo sabido que la disposición de los ánimos para con Alejandro se habia mudado desde que reinaba en Siria, creyó que no le sería imposible hacer que valiesen sus pretensiones al reino de su padre. Salió de la isla de Creta, donde estaba retirado y se dirigió á la Siria. Estaba Alejandro fuera de Antioquia cuando supo esta novedad, y se contristó mucho, porque temia la mala disposicion de sus súbditos. Voló á su capital para impedir la desercion, y suspendió por algun tiempo el curso de la revolucion. No olvidó aqui Jonatas sus obligaciones para con Alejandro. Permaneció unido á él constantemente, y se puede decir, que solo Jonatas fue quien detuvo la rapidez de la corriente que estaba para anegar á Alejandro. Desde luego fue reconocido por Rey el jóven Demetrio en la Celesiria, provincia de las mas importantes del reino.

Apolonio General de la Celesiria fue infiel á Alejandro, se unió á Demetrio y desafió á Jonatas aliado de Alejandro. Apolonio que la gobernaba en nombre del Rey Alejandro, faltando á la fidelidad, se habia pasado á Demetrio, y éste le nombró general de sus tropas. Apolonio habiendo levantado un grande ejército, llegó con él hasta Jamnia en los confines de la Judea y envió desde allí un mensagero á Jonatas sumo Sacerdote, diciendo: tu solo nos resistes, porque ejerces tu poder en los montes, y yo he venido á ser un objeto de burla y oprobio. Ahora, pues, si confias en

tus tropas, ven á nosotros en la llanura y midamos allí nuestras fuerzas, porque la fuerza de las batallas está siempre conmigo. Pregunta y sabrás quien soy yo, y los demas que vienen conmigo, los cuales dicen: que no se puede mantener firme vuestro pie delante de nosotros, porque dos veces fueron obligados vuestros padres á huir (de nosotros) en su tierra. Y tu ahora, ¿cómo podrás sostener el ímpetu de la caballería y de un ejército numeroso en la llanura, donde no hay ni piedras, ni peñas, ni lugar para huida?

Jonatas se conmueve al oír los retos de Apolonio y sale contra él á campaña. Cuando oyó Jonatas las palabras de Apolonio se conmovió su corazón, y tomando diez mil hombres escogidos salió de Jerusalem y vino á incorporarse con él su hermano Simon que mandaba un cuerpo separado del ejército. Reunidos los dos hermanos fueron á acampar cerca de la ciudad de Jope, que les cerró las puertas. Habia puesto en ella Apolonio una guarnicion fuerte, y Jonatas se vió precisado á detenerse y ponerla sitio. Desde luego intimó la rendicion al Comandante, amenazando sino se rendia con castigos terribles. Asustados los habitantes tomaron la resolucion, contra la voluntad del Comandante de la guarnicion, de rendirse al General Israelita. Abrieron las puertas y Jonatas entró en ella con todo su ejército, echó de allí, ó por mejor decir, huyó de allí la guarnicion espavorida, y Jonatas se hizo dueño de la ciudad. Luego que supo Apolonio la toma de Jope, levantó su campo de Jamnia, y con tres mil caballos y su numeroso

ejército de infantería se dirigió á la ciudad de Azoto, dando á entender, que queria entrar en ella; pero habiendo llegado á una llanura que habia en sus cercanias, y que era el objeto de su movimiento, hizo alto y acampó allí, porque el terreno era muy ventajoso para obrar la caballería, en la cual confiaba mucho y con la que esperaba derrotar á los Judíos, que casi todos peleaban de á pie.

Modo singular con que Jonatas consigue una gran victoria contra Apolonio. Jonatas siguió á Apolonio hasta la llanura de Azoto y principió la batalla; mas Apolonio habia dejado una emboscada de mil caballos en el campo á espaldas de Jonatas, para que viniesen á acometerle por la retaguardia en el calor de la pelea. No ignoró Jonatas esta emboscada y mandó á los suyos: que se cerrasen en cerco y ninguno se separase: que se armasen con sus lanzas y cubriesen con sus escudos; y que recibiesen las descargas de los enemigos sin moverse hasta nuevas órdenes. Llegó la emboscada y con ella quedó cercado enteramente el ejército de los Israelitas. Todo el dia, desde la mañana á la tarde, dió vueltas la caballería para asaltarles, pero no pudieron romper por un cuadro erizado de lanzas. La infantería arrojaba multitud de dardos y saetas, mas los Israelitas se cubrian con sus escudos y se libraban de sus golpes. Cuando ya todos estaban cansados con una pelea que duraba desde la mañana hasta acercarse la noche, tomó Simon su cuerpo de ejército, se arrojó sobre la infantería, la rompió al primer encuentro y la puso en huida. La caballería estaba ya tan fatigada que, ni pudo de-

fender la infantería ni á sí misma, y acometida tambien por Simon, se desordenó y los que huyeron tanto de infantería como de caballería hácia Azoto, se refugiaron en la ciudad y entraron en Bet-Dagon su ídolo, para salvarse allí; pero Jonatas con todo el ejército habia cargado sobre ellos por todas partes y los perseguia de muerte. Puso fuego á Azoto y á las ciudades que habia en los contornos. Tomó sus despojos, y quemó el templo de Dagon con todos los que se habian encerrado en él, Murieron á hierro y quemados como unos ocho mil hombres, y en esto vinieron á parar las valentonas de Apolonio, de quien nada vuelve á decirse.

Reciben los Ascalonitas á Jonatas con todo género de obsequios y el Rey Alejandro le aumenta los honores. Despues de esta victoria tan singular por el modo de conseguirla, como completa y gloriosa, dirigió Jonatas su marcha á Ascalon. Noticiosos los Ascalonitas del suceso de Jope y de la victoria de Azoto, no trataron de hacer resistencia. Salieron al encuentro del vencedor de Apolonio con grande pompa, y le recibieron en su ciudad con todo género de obsequios. Jonatas en vista de este buen porte, salió de ella sin causar el menor mal y se dirigió á Jerusalem con su ejército victorioso y enriquecido con los despojos de sus enemigos. Informado Alejandro del valor y servicios que le hacia su valiente aliado, no sabia como aumentar sus honores para manifestarle su agradecimiento. Le envió el broche de oro, presente de la mayor distincion, que solo se hacia á los parientes del Rey, y le dió en toda soberanía á

Acaron, ciudad ínclita, y una de las cinco satrapías ó córtes de los Filisteos con todo su territorio.

Traicion del Rey Tolemeo contra su yerno Alejandro. Si Alejandro tuviera que pelear solamente con el jóven Demetrio, acaso le habría obligado á abandonar su empresa, estando, como estaba, sostenido por todas las fuerzas de la nacion judía; pero la tempestad se formaba mas lejos y venia de la parte que menos debia temerla. Tolemeo su suegro aspiraba á unir sobre su cabeza las dos coronas de Egipto y de Siria, y formar la Monarquía mas poderosa del mundo. La ocasion era la mas bella para entrar Tolemeo en el reino de Alejandro y apoderarse de él. Demetrio intentaba derribar á este su yerno del trono juntamente con su hija Cleopatra, y nada mas natural que acudir su padre Tolemeo á sostenerlos en él. Salió, pues, este Monarca de Egipto con un ejército como la arena que está á la orilla del mar, dice el texto sagrado, y con una numerosa escuadra. A nadie se ofreció que Tolemeo llevase otras miras que defender á su yerno y su hija, y asi entró en la Siria como suegro de un Rey, á quien iba á defender. Todas las ciudades le abrian sus puertas y salian á recibirle segun las órdenes que tenian del Rey Alejandro, quien queria que en todas partes se le hicieran los honores debidos á un suegro del Rey. Abusaba Tolemeo vilmente de esta confianza. Luego que entraba en cualquiera ciudad, ponía en ella guarnicion de su gente, y se iba haciendo dueño de todas las que encontraba en el camino. Pasó junto á Azoto y los ciudadanos

le manifestaron el templo de Dagon quemado, la ciudad y sus contornos arruinados, y los cadáveres amontonados al lado del camino, y le dijeron: Jonatas ha hecho todo esto. Ningun cuadro podia ponerse á la vista del Rey mas apropósito para irritarle contra Jonatas; pero el Rey nada dijo. Luego llegó Jonatas con el séquito correspondiente á su dignidad á visitar al Rey, que se hallaba ya en Jope, y el Rey en nada se dió por entendido. Se saludaron mutuamente con toda urbanidad y pasaron allí la noche juntos. Acompañó Jonatas al Monarca hasta el rio Eleutero, muy dentro ya de la Siria; pero viendo que no se explicaba claramente acerca de su viage, dudó de sus intentos, se despidió de él y se volvió á Jerusalem.

Ofrece Tolemeo á Demetrio su hija Cleopatra en matrimonio y se la quita á su marido Alejandro. Tolemeo siguió su camino y se apoderó de todas las ciudades hasta Seleucia, plaza marítima y fuerte, donde fue recibido como en todas las otras. Aquí ya no pudo, ó no quiso, disimular por mas tiempo sus depravados intentos. Desde esta ciudad envió sus legados á Demetrio, diciendo: que podia venir á verse con él en Seleucia; que estaba arrepentido de haber dado su hija á Alejandro: que éste, en premio de la honra que le habia dispensado haciéndole su pariente, habia querido matarle: que estaba resuelto á quitar su hija á un hombre tan perverso: que la desposaría con él, como heredero legítimo del reino de Siria; y que pondría sobre su cabeza la corona del reino

de sus padres. Ninguna cosa mas falsa que haber intentado Alejandro dar la muerte á su suegro, ni menos creible que el cumplimiento de lo que prometía este falso Monarca; pero nunca faltan pretextos á un mal Príncipe para llevar á cabo sus malos intentos, cuando se halla rodeado de un poderoso ejército. Tolemeo habia determinado ceñirse la corona de su yerno Alejandro y debia contarse por hecho.

Entrega á Demetrio su hija y toma para sí la corona de Siria. En vista de esta carta de Tolemeo vino Demetrio á Seleucia á verse con el Rey, quien quitando su hija Cleopatra á Alejandro, se la dió á Demetrio. Esto era en extremo escandaloso, pero lo disponia un tirano con fuerzas sobradas para sostener su mandato. Pasó Tolemeo á la córte de Antioquía y despues de haber robado á Alejandro su esposa en Seleucia, se burló de Demetrio, tomando la corona de Siria que le habia prometido y poniéndola sobre su cabeza en Antioquía. Y entró Tolemeo en Antioquía, dice el texto sagrado, y puso sobre su cabeza dos coronas, la de Egipto y de Asia. Estaba Alejandro tan persuadido de las buenas intenciones y deseos de su suegro, que habia dejado su córte, cuando Tolemeo estaba ya en su reino, y salido á la Cilicia para apaciguar algunas inquietudes suscitadas en ella.

Batalla de Alejandro y Tolemeo. La pierde Alejandro y huye á la Arabia donde es asesinado. Tolemeo sale herido de ella y muere á los tres dias. Allí supo con espanto la horrible trai-

cion de su suegro, y juntando las tropas que pudo, vino á Antioquía á presentarle batalla; Tolemeo le salió al encuentro con su grande ejército; se dió la batalla, y fue derrotado y vencido Alejandro, como era consiguiente en un choque de fuerzas tan desiguales. Huyó Alejandro á la Arabia, creyendo hallar allí algun asilo para rehacerse, pero encontró con el regicida Zabdiel, que, cortándole la cabeza, la envió por regalo á su suegro Tolemeo, quien no habia salido tambien como parecia de la batalla con su yerno. En ella recibió una herida de mano de la justicia Divina que arrojó á este traidor en el sepulcro á los tres dias.

Queda Demetrio solo reinando. La muerte de Tolemeo vencedor, y de Alejandro vencido, fueron las dos alas con que voló Demetrio á sentarse sobre el trono de Siria. Luego que Tolemeo cerró los ojos, ayudado Demetrio de las tropas de Siria, que desde luego se le entregaron con gusto, hizo morir á todas las guarniciones que Tolemeo habia puesto en las ciudades, y que no quisieron entregarse, y envió á su pais á las que se entregaron, y á todo el ejército egipcio. El año de ciento sesenta y siete, Demetrio sin un rival en Alejandro y sin un traidor en Tolemeo, quedó poseedor pacífico del reino de Siria y calló la tierra delante de él.

Emprende Jonatas la toma del alcázar de Jerusalem y Demetrio se opone. Jonatas, que por nadie habia tomado parte desde la entrada del Rey de Egipto en la Siria, trabajaba con gran zelo en afianzar la tranquilidad de su nacion, y

nada se oponia á este fin sino el alcázar de Sion, que Judas su hermano habia batido, sin llegar á rendirle, y que continuaba en ser la piedra de escándalo de Jerusalem. Jonatás volvió á los designios de su hermano y resolvió apoderarse de esta plaza, que encerraba siempre en su seno, á mas de los incircuncisos, los hombres mas perversos de toda la nacion. Con este objeto juntó sus tropas derramadas en gran parte por la Judea y mandó que viniesen á Jerusalem para poner el sitio á la plaza. Este se emprendió con ardor, porque toda la nacion deseaba con ánsia destruir esta cueva de ladrones. Se adelantaba la obra con empeño y ya se habían acercado á los muros un gran número de máquinas para batirlos, cuando los enemigos del bien público suscitaron á Jonatás una acusacion en la córte de Demetrio para impedir la continuacion del sitio. Estos acusadores eran los apóstatas, á quienes Jonatás, siguiendo las reglas y ejemplos de su padre Matatías y su hermano Judas, no cesaba de hacer la guerra. Algunos de estos hombres inícuos, que aborrecian á su gente, dice el texto sagrado, fueron al Rey Demetrio y le dijeron, que Jonatás tenia cercado el alcázar. Se irritó el Rey al oirlo y escribió á Jonatás desde Tolemaida: que no continuase el sitio del alcázar, sino que viniese cuanto antes á conferenciar con él. Luego conoció Jonatás de donde habia salido este injusto tiro, que no merecia ser atendido. Sin embargo, creyó que convenia pasar á verse con el Rey, por peligroso que fuese ponerse á discreccion de un Príncipe, á cu-

yo competidor habia servido, y que al presente se hallaba irritado contra él por apóstatas y traidores. Mandó que se continuase el sitio, y habiendo elegido un número de Sacerdotes y Ancianos que le acompañasen, se puso en camino para Tolemaida, y puesta su confianza en el Señor, se entregó resignado al peligro.

Como habia conocido mas de una vez, que los Príncipes griegos eran muy avarientos, tomó cantidad de oro, plata, vestidos y otros muchos regalos y los presentó á Demetrio; y ya fuese que tantas riquezas deslumbrasen al Príncipe, ya que hubiese conocido que no le convenia apartar de sus intereses á una nacion tan valiente como la Judia, el recibió muy bien al sumo Sacerdote y le admitió con mucho agasajo. Los enemigos de Jonatas y de la nacion se desesperaban al ver esto, y no omitian diligencia para hacer que valiesen sus acusaciones; pero Demetrio, sin escucharlos, seguia el ejemplo de aquellos sus antecesores, como Alejandro, que se habian hallado tan bien con la alianza de los Israelitas. Hizo á Jonatas las mayores demostraciones de distincion delante de todos sus amigos. Le confirmó en el Pontificado y en todas las honras que antes tenia, y le hizo el primero de sus amigos; sin embargo, el Rey no permitió á Jonatas que continuase el sitio de la ciudadela y se contentó con asegurarle: que daría tan buenas órdenes, que Jerusalem no tendria que padecer cosa alguna de su vecindad. Pidió Jonatas al Rey que mediante la suma de trescientos talentos pagados una vez, tuviese á bien librar

para siempre de tributos la Judea y la Samaria, y las tres Toparquías, ó cabezas de partido, que habian sido adjudicadas á la Judea, y eran las ciudades de Lida, Ramata y Aferema, y el Rey se lo concedió y escribió de todo esto una carta á Jonatas en los siguientes términos.

Carta de Demetrio á Jonatas. „El Rey Demetrio á su hermano Jonatas y á la nacion de los Judíos, salud: Os enviamos copia de la siguiente carta que acerca de vosotros hemos escrito á Lastenes, que es como nuestro padre, para que seais sabedores de su contenido: El Rey Demetrio á Lastenes, su padre, salud. Hemos determinado hacer bien á la nacion de los Judíos, nuestros amigos, y que conservan la fidelidad que nos deben, en consideracion á la buena voluntad que nos profesan. Hemos, pues, decretado, que todos los términos de la Judea y las tres ciudades, Lida, Ramata (y Aferema) agregadas á la Judea de la provincia de la Samaria y todos sus territorios sean separados y pertenezcan en adelante á los Sacerdotes de Jerusalem por lo que toca á lo que el Rey cobraba de ellos en cada año y de los frutos de la tierra y de los arboles; y lo demas que nos pertenecia de diezmos y tributos, desde ahora se lo perdonamos, y las areas (lagunas) de las salinas y las coronas que se nos presentaban, todo se lo concedemos, y (queremos que) nada de esto sea anulado desde ahora y para siempre. Ahora, pues, tened cuidado (Lastenes) de que se escriba una copia de este decreto, se entregue á Jonatas y se ponga en el monte santo, en lugar público.”

Comete un yerro Demetrio licenciando sus tropas y este yerro le pierde. Lo que fue arreglado aqui entre el Rey y el sumo Sacerdote se cumplió fielmente por una y otra parte. Jonatas hizo retirar sus tropas del sitio de la ciudadela, y Demetrio puso á los Judíos en posesion de todos los privilegios que acababa de concederles. Con esto se miraba el Rey con mayor paz que en largo tiempo habian gozado alguno de sus antecesores; pero Demetrio cometió aqui un yerro que no habiéndole remediado, como pudo hacerlo, le precipitó bien pronto en su ruina. Viendo este Monarca que la tierra habia callado en su presencia, y que nada le resistia, despidió todos sus soldados cada uno á su casa, sin quedarse con otras tropas que las extranjeras que habia levantado en las islas de las gentes. Esta determinacion tan odiosa por su generalidad, como irritante por su excepcion, á favor únicamente de los estraños, atrajo sobre el Rey toda la animadversion de los cuerpos veteranos del pais, que le servian y habian servido tantos años á sus padres. Estos militares antiguos se quejaban altamente de todas las partes del reino, por donde se vieron precisados á deramarse, y manifestaban su resentimiento de un modo digno de temerse. El Rey debió atender á esta queja general; pero la despreció y este desprecio atrajo su ruina.

Trifon solicita de Emalcuel que le entregue el jóven Antioco, hijo del Rey Alejandro. Por desgracia del Rey, sustentaba á este tiempo la Siria un mónstruo en su seno, que solo esperaba

ocasion para hacer sus estragos. Este era Trifon. Pasaba en todo el reino por uno de los grandes ministros que habian servido al Rey Alejandro, por cuya causa no era de la confianza del Rey Demetrio y vivia retirado y descontento. Cuando supo el disgusto general de las tropas, creyó que habia llegado la ocasion que esperaba. Salió con gran disimulo de Antioquia, y fue á verse con un tal Emalcuel en la Arabia; criaba éste con mucho secreto al jóven Antíoco, hijo del difunto Rey Alejandro, y Trifon lo sabia. Se presentó á Emalcuel con el empeño de que se le entregase para hacerle reinar en lugar de su padre Alejandro; pero Emalcuel no se determinaba á entregar este real depósito. Trifon le contó individualmente la conducta altanera de Demetrio; el disgusto que esta causaba en todo el reino; la irritacion en que se hallaban las tropas y por último le aseguró que el ejército, aunque separado, estaba dispuesto á reunirse y colocar en el trono al hijo de Alejandro tan luego como se dejase ver en la Siria. Emalcuel, á pesar de estas razones, se resistió por muchos dias á una entrega de tanta consideracion; por que, en efecto, el depósito, que guardaba, era de tal precio, que no debia arriesgarse; mas Trifon seguia importunándole, resuelto á permanecer á su vista hasta vencer su resistencia.

Gran conjura de los Antioquenos contra su Rey Demetrio. No tenia Demetrio la menor sospecha de la tempestad que se armaba contra él en el centro de la Arabia; pero experimentaba ya en

el centro de su reino las funestas consecuencias del descontento de sus vasallos. También Jonatás se quejaba de que se le faltaba á las palabras, porque las guarniciones del alcázar de Sion, y de las fortalezas vecinas á la Júdeá, habian vuelto á insultar á los hijos de Israel y á ejercer con ellos sus tiranías, y como estos atropellamientos se aumentaban cada dia, Jonatás se vió precisado á pedir al Rey: que echase á los que estaban en ella, puesto que no podia contener en su deber á los que habia puesto para custodiarlas. No solo esto haré por tí y por tu nacion, contestó el Rey, sino que colmaré de honores á tí, y á tu pueblo, cuando fuere oportuno; mas al presente harás bien, si enviáres tropas en mi socorro, porque todo mi ejército se ha retirado de mí. Era Jonatás del número de aquellos hombres de bien, que incapaces de ser infieles á sus palabras, lo son tambien de desconfiar de las ajenas. No creyó Jonatás que un gran Rey pudiese dar palabras que no quiesse cumplir; y á pesar de los escesos, que contra los tratados cometian las guarniciones, y que el buen corazon de Jonatás atribuía, no á voluntad del Rey, sino á debilidad de su autoridad, le envió á Antioquía tres mil hombres de sus valientes con orden de servir al Rey y defenderle.

Envia Jonatás tres mil de sus valientes que salvan al Rey de las manos de los conjurados. Este cuerpo de Israelitas se presentó al Rey, y á su arribo recibió el Rey gran contento. Era ya llegado el momento de que el Rey ó pereziese, ó

fuese socorrido, y solo podia serlo por soldados semejantes á los que Jonatas enviaba. Prorrumpió repentinamente la conjura, y ciento y veinte mil hombres, todos moradores de Antioquía, se juntaron tumultuosamente para matar al Rey. Huyó este á su palacio, y los de la ciudad tomaron todas las calles y comenzaron á combatirle en su casa. No quedaba ya al Rey otra esperanza de librarse de la muerte, que el valor de los Israelitas. Pudo dar aviso en su cuartel para que viniesen con la diligencia posible á socorrerle, y luego acudieron y rodearon su palacio y persona. Atacaron á aquella confusa multitud, tan ignorante en el arte de la guerra, como fiera contra su Monarca, y la fuéron retirando de calle en calle, descargando los terribles golpes de sus espadas, y atravesando con sus lanzas á cuantos querian hacerlos resistencia. Los ataques duraron todo el dia, porque los amotinados no cedian sino á los golpes de la muerte, tres mil Israelitas solos necesitaban de un valor casi increíble para no ser oprimidos por ciento y veinte mil hombres; mas al fin todo lo vencieron. El fuego que ponian por todas partes á la ciudad para distraer la multitud, y los terribles golpes de sus espadas y lanzas hicieron cien mil víctimas, y solo á esta costa pudieron librar al Monarca. Cuando los que quedaban en la ciudad, vieron que los Judíos se habian apoderado de ella, cayeron de ánimo y clamaron al Rey suplicando y diciendo: danos la diestra (la paz) y cesen los Judíos de combatir contra nosotros, y contra la ciudad, y arrojaron

las armas é hicieron la paz. Los Judíos se adquirieron mucha gloria para con el Rey, y para con todos los que estaban en su reino, se adquirieron mucha nombradía y se volvieron á Jerusalem con muchos despojos, único y menguado premio de una accion que encerraba un mérito inmenso. El Rey Demetrio se sentó en el trono de su reino, que sin duda habria perdido á no ser por los valientes de Jonatas, y toda la tierra quedó en reposo delante del Rey.

Rompe Demetrio la amistad con Jonatas y se niega al cumplimiento de cuanto habia prometido. Asegurado Demetrio en su trono, escarmentados los revoltosos, y puestos en respeto los maquinadores, creyó que para nada necesitaba ya á Jonatas y rompió con él, sin que se diga ni se sepa porque rompió la amistad. Le envió aquellas valerosas tropas, que le habian sacado de las garras de la muerte, sin dar gracias siquiera, y mintiendo á todo lo que habia prometido, se negó descaradamente á cumplirlo; pero no tardó el Señor en castigar esta infidelidad y fea ingratitud. Otro malvado, aun mas perverso que él, estaba disponiendo en la Arabia, como ya vimos, su derribo del trono para subir á ocuparle.

Consigue Trifon que le entregue Emalcuel al jóven Antioco, dá aviso á las tropas que habia despedido Demetrio y éstas le coronan. Con sus instancias continuas y con las demostraciones del mayor interes por el bien del jóven Antioco, hijo de Alejandro, consiguió al fin Trifon que Emalcuel le entregase al Príncipe niño. Luego que

tuvo en su poder este depósito régio, dió aviso á las tropas que habia despedido Demetrio, las que acudieron de todas partes y reconocieron por Rey á Antíoco que aun se hallaba en la edad de diez á doce años. Trifon, como tutor del Rey niño, hizo que le coronasen para reinar desde luego bajo de una corona que destinaba para su propia cabeza. Antíoco se halló á muy pocos dias con un fuerte y numeroso ejército, compuesto de todos los cuerpos de tropas veteranas que habia despedido Demetrio. Sorprendido éste en gran manera al encontrarse con un nuevo competidor á la corona en el hijo de Alejandro á quien él la habia disputado, conoció la enorme falta que habia cometido, despidiendo sus tropas y poniéndose á mal con los Israelitas; más ya no habia remedio. Procuró juntar todo su ejército, y salir al encuentro del nuevo Rey, que acompañado de Trifon su tutor y rodeado de tropas veteranas, venia á entrar en Antioquía, capital del reino y sentarse en el trono de su padre. No tardaron en encontrarse los dos ejércitos.

Batalla entre los ejércitos de Antíoco y Demetrio. Queda éste derrotado y huye. Trifon como tutor del Rey niño procura traer los Judíos á favor de este niño. La batalla se dió cerca de la capital, y Demetrio derrotado por aquellos mismos soldados que tan imprudentemente habia despedido, volvió la espalda y huyó. Trifon tomó los elefantes de Demetrio y entró triunfante con su pupilo en Antioquía. El primer cuidado de Trifon, luego que se apoderó de

la córte, fue ganarse á los Judíos, empeñándolos á que abrazasen el partido de un Rey niño, hijo del Rey Alejandro, que habia sido hasta la muerte su bienhechor y su aliado contra el Rey Demetrio que no habia pagado los servicios que le habian hecho, sino con grandes ingratitudes y mayores infidelidades. Para esto escribió el jóven Antioco á Jonatas la carta siguiente.

Carta del jóven Antioco á Jonatas. „Te confirmo, le dice, en el Sacerdocio y te constituyo sobre las cuatro ciudadès (las tres dichas, y Tolemaida) y quiero que seas de los amigos del Rey”: y le envió vasos de oro para su servicio, y le dió facultad de beber en copa de oro, de vestir de púrpura y de llevar el broche de oro; y á Simon su hermano le hizo Gobernador desde los términos de Tiro hasta los confines de Egipto. Con mercedes tan grandes y anticipadas á Jonatas y con el nombramiento de Gobernador á Simon de un terreno tã considerable, intentaba Trifon empeñarles á que sometiesen al nuevo Rey las plazas que ên aquel gobierno aun no habian dejado de reconocer á Demetrio. Y no le engañó la esperanza.

Acepta Jonatas la alianza con Antioco y sale á recorrer las ciudades de la otra parte del Jordan. Aceptó Jonatas la alianza con el jóven Antioco y empezó á trabajar en su favor, como buen aliado. Salió á recorrer las ciudades de la otra parte del rio Jordan y se reunió en su auxilio todo el ejército que habia allí de la Siria. Con este refuerzo se encaminó á Ascalon, y salieron los ciudadanos á recibirle con gran aparato. Pasó

á Gaza y los de Gaza se encerraron en su ciudad, pero Jonatas los puso sitio, y antes de batirla, saqueó y quemó todos sus alrededores, para que viesen los que se habian encerrado en ella, lo que les esperaba. Entonces atemorizados pidieron la paz y Jonatas se la concedió. Tomó en rehenes los hijos de los principales, los envió á Jerusalem, y costeando el mar, se entró tierra adentro y corrió todo el pais hasta Damasco.

Bate á los Generales de Demetrio y se vuelve triunfante á Jerusalem. Allí supo que los Generales del Rey Demetrio habian entrado hasta Cades en la Galilea con un grande ejército á fin de obligarle á abandonar los intereses de Antioco para ocuparse en la defensa de su patria. No perdió momento Jonatas en marchar con sus tropas contra ellos. Avanzó hasta el lago de Genesar y desde allí al campo de Asor. En este valle se encontró con las tropas enemigas, que habian bajado de los montes donde estaban escondidas. Jonatas fue derecho á combatir las; pero al principiar la batalla, salieron emboscadas que habian puesto los enemigos y cargaron á las tropas de Jonatas por la espalda. Estas se asustaron y todas huyeron, sin que quedasen con Jonatas mas que el General Matatias, hijo de Absolomí, el comandante Judas, hijo de Calfi, y algunos soldados de sus compañías que, segun Josefo, fueron como unos cincuenta. Jonatas se halló ahora puntualmente en un lance como aquel en que pereció su hermano Judas. Era preciso resolverse á pelear casi solo contra un ejército numeroso, ó huir de

los infieles. Lo primero parecia una temeridad, y lo segundo era un oprobio. En esta situacion, rasgó sus vestidos, cubrió de tierra su cabeza y oró. Su oracion fue momentánea, pero viva, tierna, fervorosa, confiada y escuchada del Señor. Comunicó á su pequeña tropa el fervor divino de que, al salir de ella, se halló poseido. Se puso á su frente y volvió á la carga con un denuedo que, asombrando á los enemigos, les desconcertó y puso en huida. Jonatas con sus fieles compañeros les perseguia fuertemente, y los Israelitas cobardes que habian huído, viendo el triunfo de su General tuvieron grande vergüenza, y corrieron á ayudarle; y lo hicieron con tanta intrepidez y valor que se conocia su desco de lavar la mancha de su huida. Unidos á Jonatas y sus valientes, fueron batiendo á los enemigos hasta su campamento de Cades, donde estos se salvaron en sus trincheras, despues de haber perdido en aquel dia tres mil hombres á los terribles golpes de la espada de Jonatas y de sus Israelitas. Lleno de gloria el General y sus fieles compañeros, y de contento el resto de su ejército, subieron á Jerusalem á rendir todos gracias al Señor, porque visiblemente era toda suya la victoria; y entonces tuvieron tambien el contento de saber la rendicion de Betsura, que tanto importaba, particularmente á la ciudad santa y á su santo templo.

Toma de la fortaleza de Betsura por Simon hermano de Jonatas. Jonatas habia entregado á su hermano Simon un buen número de tropas para el desempeño del vasto territorio de su

gobierno, y mientras que el General recorría las costas del mar, subía á Damasco y batía á los enemigos en Galilea, Simon puso sitio á Betsura, plaza fuerte, como ya hemos visto, la batió por muchos dias, y la cercó tan cerradamente, que nada absolutamente podia entrar ni salir de ella. Reducida la guarnicion al último extremo, pidió la paz, y Simon se la concedió, echándola de la ciudad, tomando posesion de ésta y poniendo en su lugar una guarnicion nueva de sus propias tropas. La guarnicion pagana de Betsura incomodaba en gran manera á Jerusalem, y la toma de esta plaza por Simon, acaso fue mas útil para la nacion que la victoria conseguida al mismo tiempo por Jonatas, aunque no de tanta fama ni tan maravillosa.

Envia Jonatas Embajadores á Roma, Lacedemonia y otras ciudades para renovar sus alianzas. Jonatas y Simon, hijos únicos que habian quedado de los cinco del valiente Matatías, sin envidia de las bendiciones que el Señor echaba sobre las empresas de cada uno, trabajaban de concierto en afianzar lo mas posible la tranquilidad de la nacion y todo parecía ayudar para ello en este tiempo. Su perseguidor Demetrio se veía precisado á mantenerse oculto fuera de su capital. El jóven Antíoco y su tutor Trifon les favorecian; la rendicion de Betsura habia dejado libre y pacífica la entrada y salida en Jerusalem y en el templo; no faltaba mas para sacudir enteramente el yugo de los extrangeros que tomar el alcázar de Sion, y esta conquista habría sido muy del gusto

de Jonatas, si pudiera hacerse sin traer sobre sí todas las fuerzas de la Siria; porque todos sus Reyes querian conservar en medio de la ciudad santa esta fortaleza que mantenia en su dependencia á Israel. No juzgaron, sin embargo, Jonatas y Simon que fuese tiempo de arriesgar esta empresa, que ya habia principiado su hermano Judas sin éxito. Les pareció mejor hacer y renovar, mientras duraban las turbulencias de la Siria, algunas alianzas que contribuyesen al reposo de su pueblo. A este fin nombró Jonatas por embajadores á Numenio y Antipatro para que pasasen á Roma á renovar la alianza contraida en tiempo de su hermano Judas, y despues á Lacedemonia y otras ciudades con el mismo objeto. Habiendo recibido los Embajadores sus instrucciones, salieron de Jerusalem y vinieron á Roma, donde fueron recibidos con la misma benevolencia que los que habia enviado antes su hermano Judas. Introducidos en el Senado, manifestaron la comision de que estaban encargados, diciendo: Jonatas sumo Sacerdote y la nacion de los Judíos nos han enviado á renovar la amistad y alianza (entre vuestro pueblo y el nuestro) segun lo antiguo; y el Senado romano conviniendo de buena voluntad en la renovacion de amistad y alianza, mandó escribir esta renovacion en los registros públicos, y que se entregase á los Embajadores testimonio auténtico de ella. No contento con esto el Senado dispuso que se les espidiesen cartas para los Príncipes y Gobernadores de los paises por donde habian de pasar, mandando que se les tratase como aliados del pue-

blo romano, y se les diesen escoltas seguras hasta volver á Jerusalem. Satisfechos los Embajadores de su negociacion con el pueblo romano, y bajo de su proteccion, pasaron á Lacedemonia y presentaron al Senado una carta de Jonatas escrita en estos términos.

Carta de Jonatas á los Lacedemonios. „Jonatas sumo Sacerdote, los Ancianos de la nacion judia, los Sacerdotes y el resto del pueblo á los Lacedemonios, salud. Tiempo ha (como noventa años) que fueron enviadas cartas á Onías sumo Sacerdote por Ario, que reinaba entre vosotros, sobre que sois hermanos nuestros, como lo prueba el rescripto que vá adjunto; y Onías recibió las cartas en que se hablaba de esta hermandad y amistad entre las dos naciones y trató con mucha honra al que las traía. Nosotros en el dia, aunque nada necesitamos, teniendo para nuestro consuelo los libros santos, que estan en nuestras manos (¡qué fé! ¡qué confianza!), todavia hemos querido enviar (cartas) á vosotros para renovar esta hermandad y amistad, no sea que nos hagamos, como estraños para vosotros, porque ha pasado mucho tiempo desde que nos escribisteis; mas sabed que en todo tiempo sin interrupcion, en los dias solemnes y en los demas que conviene, nos acordamos de vosotros en los sacrificios que se ofrecen y en las observancias (del culto divino), como es justo y conviene que se acuerden unos hermanos de otros. Tambien nos alegramos mucho de vuestra prosperidad; mas en esta parte á nosotros nos han rodeado muchas tribulaciones

y muchas guerras, y nos han atacado los Reyes que estan en nuestros contornos; pero no hemos querido seros molestos en estas guerras, ni á los otros aliados nuestros; porque hemos tenido el socorro del Cielo y hemos sido librados, y nuestros enemigos han sido abatidos. Mas ahora que gozamos de sosiego, hemos elegido á Numenio, hijo de Antíoco, y á Antipatro, hijo de Jason, y los hemos enviado á los Romanos para renovar con ellos la amistad y alianza antigua, y les hemos encargado tambien que pasen á vosotros, os saluden y entreguen nuestra carta sobre la renovacion de nuestra hermandad. Y ahora hareis bien si nos respondiéreis á todo lo que os decimos.”

Carta del Rey Ario Lacedemonio á Onías sumo Sacerdote de los Judíos. Esta carta de Jonatas y el pueblo judío iba acompañada, como hemos dicho, de la de Ario á Onías, cuya copia es la siguiente: „Ario Rey de los Lacedemonios á Onías gran Sacerdote, salud. Se ha encontrado un escrito que hablando de los Lacedemonios y Judíos, dice, que son hermanos, y descendientes unos y otros de Abraham; y ahora despues que hemos sabido esto, deseamos que nos digais, si os encontráis en paz. Nuestros ganados y todos nuestros bienes son vuestros, y los vuestros son nuestros. Esto es lo que queremos que se os anuncie de nuestra parte.” Los Lacedemonios del tiempo de Jonatas reconocieron gustosos la hermandad que se habia descubierto en el tiempo de Onías, y renovaron la paz y amistad que reinaba entre estos dos pueblos.

Huyen de Jonatas los Generales de Demetrio con su grande ejército. Mientras que los Embajadores de Jonatas negociaban con tan feliz éxito en las córtes extrangeras, parecia que el pueblo de Dios debia disfrutar de la tranquilidad que la última victoria de Jonatas le proporcionaba; pero el partido de Demetrio no estaba batido enteramente. Retirado este Príncipe á los puntos mas lejanos del peligro de caer en las manos de Trifon, enviaba refuerzos á sus Generales, que hacian la guerra á Antíoco en el centro del reino; pero su principal mira la ponian en derrotar á Jonatas que era la primera fuerza de Antíoco. Llegaron estos Generales á reunir un ejército grande, mas numeroso que todos los anteriores, y con él se pusieron en movimiento para ir contra Jonatas; mas avisado este héroe de sus intenciones, resolvió prevenirlos. Salió de Jerusalem y avanzó hácia la region de Amatite, á donde habian llegado los enemigos, sin darles tiempo á que tocáran ni aun en las fronteras de la Judea. Luego supo que habian dispuesto sorprenderle de noche, y apenas se puso el sol mandó á los suyos que estuviesen en vela sobre las armas toda ella y preparados para pelear; y puso centinelas multiplicadas y muy avanzadas al rededor del ejército. Cuando supieron los enemigos que Jonatas y los suyos estaban preparados para la batalla temieron y se estremeció su corazon. Ellos eran unos cobardes, que no querian victoria que les costase una batalla con Jonatas, principalmente desde que este héroe casi solo los habia hecho huir vergonzosamente. Apo-

derado de ellos el miedo, solo pensaron en alejarse lo mas posible, y para no ser perseguidos en la huida, encendieron grandes hogueras en su campamento y lograron deslumbrar con ellas á Jonatas, quien no conoció su fuga hasta que aclaró el dia. Entonces corrió en pos de ellos, mas no pudo alcanzarlos, porque habian pasado ya el rio Eleutero. Sabiendo aqui Jonatas que los Arabes Zabadeos habian tomado el partido de Demetrio y perseguian al de su aliado el jóven Antíoco, volvió sobre ellos, les derrotó en el primer encuentro y tomó sus despojos. Pasó despues á Damasco y recorrió todo aquel pais buscando los Generales de Demetrio, que huían siempre su encuentro.

Simon sofoca el movimiento que hicieron las ciudades marítimas en favor de Demetrio. Simon entre tanto no permaneció siempre en sosiego. Supo que se hacia algun movimiento á favor de Demetrio y de su gobierno en las ciudades marítimas, y luego salió de Jerusalem con un buen cuerpo de tropas y avanzó hasta Ascalon y fortalezas vecinas, y si bien no halló en estas plazas con mucho placer suyo desórdenes grandes que castigar, supo no obstante con sentimiento, que los habitantes de Jope trataban de entregar la plaza y el puerto á los Generales de Demetrio. Pasó luego allá, la ocupó sin resistencia y dejando en ella una fuerte guarnicion que la contuviese en su deber, se volvió á Jerusalem. En este tiempo fue tambien cuando Jonatas, despues de perseguir á los Generales de Demetrio se volvió á Jerusa-

len donde se reunieron estos valientes hermanos.

Jonatas propone á los Ancianos el plan de levantar fortalezas por toda la Judea y es aprobado unánimemente. Teniendo Jonatas por aliado al Rey niño, bajo la tutoría de Trifon, y habiendo puesto en espanto á los Generales de Demetrio, se halló en una paz que le proporcionaba poner en ejecución los proyectos que tenia ideados para el bien de su pueblo. Convocó á los Ancianos y les propuso: que seria conveniente levantar fortalezas en toda la Judea, para tenerla en adelante á cubierto de sus enemigos: que era de la mayor necesidad reedificar las murallas de Jerusalem, y levantar un fuerte y alto muro entre la ciudad santa y el alcázar de los impíos, para que no pudiesen tener la menor comunicacion con ella ni proveerse de sus alimentos: que de este modo se evitarian las irrupciones repentinas, que tantas veces habian assolado el pais, y profanado la santa ciudad y su templo: que, si los Reyes de Siria volvian á declarar la guerra, las fortalezas que se levantasen por toda la Judea detendrian á los enemigos en las fronteras y necesitarian bastantes sitios y batallas para penetrar y acercarse á la capital de Israel, y sobre todo: que, hechas todas estas obras, Jerusalem vendria á ser la plaza mas fuerte del Asia, luego que se rindiese el alcázar, lo que no podria dejar de suceder, y muy pronto, por el hambre á que se veria reducida la guarnicion, quitándola todo alimento. Este plan del General fue aprobado por unanimidad y con aplausos de todos los Ancianos de la nacion.

Principian los trabajos con actividad. Luego hizo Jonatas principiar los trabajos que miraban á Jerusalem. El muro que habia al oriente de la ciudad, á lo largo del torrente Cedron, estaba arruinado, y este muro fue lo primero que hizo reedificar. Despues hizo reparar la muralla, llamada Cafeteta, que estaba tambien muy derrotada. Simon tomó á su cuidado levantar las fortalezas proyectadas por toda la Judea. Pasó al territorio de Sefela, vecino á los Filisteos, é hizo edificar sobre un monte la ciudadela de Adiada, la fortificó en gran manera, la cerró con fuertes puertas, y puso en ella cerrojos y cerraduras inconstrastables.

Trifon los interrumpe en parte, entrando con un ejército en la Judea. En esto se hallaban Jonatas y su hermano, cuando vino á interrumpir los trabajos de Jonatas una agresion en Judea, á la que debia atender con preferencia. Trifon, tutor del jóven Antíoco, habiendo pensado en hacerse Rey de Asia, ponerse la corona y matar á su pupilo, temiendo que acaso no se lo permitiría Jonatas, sino que le declararia la guerra, andaba buscando ocasion para apoderarse de él y matarle. Tomó este traidor el ejército del Rey, ó mas bien el suyo, y avanzó hasta la ciudad de Betsan, muy adentro de la Judea. Haber traspasado los límites, y con un ejército, fue motivo sobrado para alarmar á Jonatas. Juntó luego éste cuarenta mil hombres escogidos, sin llamar el cuerpo que mandaba su hermano Simon para no interrumpir la construccion de las fortalezas que estaban á su cargo, y fue á acampar por su parte á Betsan para darle la batalla.

Encierra por engaño á Jonatas en Tolemaida, y mata á los mil hombres que le acompañaban. Cuando Trifon vió que Jonatas habia venido á batile con tan grandes fuerzas, temió, y siguiendo el genio de los Griegos de aquel tiempo, ó mas bien el de los traidores de todos los tiempos, disimuló, y mudó, no de intencion, sino de aparato. El ejército que habia traído para prender á Jonatas y matarle, no fue ya sino un ejército que venia á servirle y honrarle. Convidó á Jonatas á que fuese á su campo, donde estaria tan seguro como en medio del suyo, y donde podría tratarse mas facilmente del bien del reino de Siria y de la nacion de Israel. Jonatas, dejando su ejército á la vista, pasó allá con una escolta suficiente para desbaratar cualquiera traicion ó violencia que se intentase. Trifon le hizo un recibimiento que apenas podría esperarse del amigo mas fiel. Le hizo grandes regalos, le recomendó á todos sus amigos y mandó á todo el ejército que le obedeciese como si fuere á sí mismo. Pasados algunos dias en recíprocas demostraciones de amistad y confianza, dijo Trifon á Jonatas: ¿para qué has molestado á tu pueblo no habiendo guerra entre nosotros? Remítelos á sus casas; quédate con unos pocos; ven conmigo á Tolemaida, y te la entregaré con todos sus fuertes y sus tropas, pues para eso únicamente he venido. La desconfianza era una cualidad con que Jonatas no se acomodaba. Tuvo la desgracia de creer á un traidor sin temor ni cuidado de que este hombre, á quien solo habia hecho servicios, tuviese algun designio malo contra su persona. En

esta buena fé despidió su ejército y solo retuvo consigo tres mil hombres de los cuales envió dos mil á la Galilea, y los mil fueron con él á Tolemaida. Pero luego que Jonatas entró con los suyos en la ciudad, cerraron las puertas de repente los Tolomenses, y sin darles lugar para ponerse en defensa, prendieron á Jonatas y pasaron á cuchillo á todos los que habian entrado con él. Trifon se aprovechó con actividad de este primer golpe. Envió inmediatamente su ejército y caballería á la Galilea, al gran campo de Jezrael para matar á todos los compañeros de Jonatas (los dos mil hombres que habia enviado á la Galilea), mas ellos, habiendo sabido que Jonatas habia sido preso y percido (asi se creyó al principio) con todos los que estaban con él, se alentaron los unos á los otros y salieron preparados á la pelea. Viendo los que les perseguian que el combate habia de ser por la vida (á la desesperada) se volvieron al campo. Asi los dos mil soldados que Jonatas habia enviado á la Galilea quedaron libres y se encaminaron á la Judea, donde contaron la muerte dada á traicion al gran Sacerdote y sus mil compañeros.

La pérdida de Jonatas causó en el pueblo de Dios y en los estrangeros los diversos sentimientos que habia causado la de su hermano Judas. Los Israelitas hicieron las mayores demostraciones de pena. Le lloraron muchos dias con luto común de toda la nacion y lloraron tambien á aquellos valientes que habian percido con él. Por el contrario las naciones vecinas se llenaron de gozo, y se

previnieron para acabar con los Israelitas. Ya no tienen caudillo, se decian: ya no tienen quien les ayude. Ahora es tiempo de echarnos sobre ellos y de borrar su memoria de entre los hombres.

Trata de apoderarse de los dos hijos de Jonatas. A fuerza de maldades habia llegado Trifon al punto que meditaba. Todo lo tenia ya en sus manos: al jóven Antioco, á quien queria usurpar la corona, y al valiente Jonatas, á quien temia que se opusiese á esta usurpacion. Ya no le faltaba mas que sacrificar estas dos víctimas para subir al trono. Jonatas era el primero con cuya muerte habia de empezar á labrarse su corona de sangre; pero tenia dos hijos y el traidor temia que vengarian la muerte de su padre. Por esto quiso mas suspender el golpe, que esponerse á que recayese sobre su cabeza, sino sacrificaba á los hijos con el padre. A fin de apoderarse de ellos dispuso un grande ejército para entrar en la tierra de Judá y desolarla.

Simon se pone al frente del pueblo á falta de Jonatas su hermano. De los cinco hijos de Matatias solo quedaba Simon en disposicion de encargarse del gobierno y defensa de la nacion. Cuando se hallaba ocupado en alzar fortalezas en la Judea, segun se habia determinado en el consejo de la nacion, supo la desgracia de su hermano y las prevenciones que hacia Trifon contra su patria. Corrió á Jerusalem y encontró al pueblo consternado, sumergido en amargura, y entregado al mayor abatimiento. Al ver esto, arrebatado de un zelo, digno de su ilustre sangre, y animado del espíritu del Señor derramado sobre su persona, levantó su voz

en medio de aquella multitud desconsolada y les animó diciendo: Vosotros sabeis cuántas peleas hemos sostenido por las leyes y las cosas santas la casa de mi padre, mis hermanos y yo; y en qué angustias nos hemos visto. Peleando por esta santa causa han perecido todos mis hermanos, y yo he quedado solo, mas no permita el cielo que perdone á mi vida mientras estemos en tribulacion; pues no soy yo mejor que mis hermanos. Vengaré, pues, á mi gente, á las cosas santas, á nuestros hijos y á nuestras mugeres de la mano de todas las gentes, que llenas de ódio contra nosotros, se han juntado para aniquilarnos. Al oír el pueblo estas palabras se inflamó su espíritu y respondieron diciendo á gritos: tu eres nuestra guia en lugar de Judas y Jonatas tus hermanos. Pelea nuestras peleas. Nosotros haremos todo lo que nos mandes.

Simon dispone sin perder momento la defensa de la nacion, guarnece á Jope, y concluye con suma brevedad los muros y fortificaciones de Jerusalem. No perdió momento Simon en orden á disponer lo necesario para la defensa de la nacion en las circunstancias en que se hallaba. Reunió todas las tropas. Envió una parte de ellas á la ciudad de Jope, puerto en extremo importante, y de cuyos habitantes tenía poca satisfaccion desde que quisieron entregarse á Demetrio. Puso al frente de estas tropas á Jonatas, hijo de Absalomi, uno de sus mejores oficiales, con orden de entrar en la ciudad, echar de ella á los idólatras y encerrarse en ella con su gente, lo que Jonatas cumplió exactamente. El resto del ejército fue destinado á con-

cluir los muros de Jerusalem y las fortificaciones que habia principiado su hermano Jonatas. Tanto los soldados como los maestros y oficiales trabajaban en ellas con ardor y fueron concluidas con suma presteza.

Sale Trifon de Tolemaida para ir á la Judea, llevando prisionero á Jonatas, y Simon baja de Jerusalem á su encuentro. Pasaban estas cosas en Judea sin que Trifon cuidase de saberlas, porque contaba el pérfido con que los Israelitas sin su General Jonatas se desconcertarian y dispersarian como habia sucedido en la muerte de Judas Macabeo, y que viendo su terrible ejército en vez de resistirle, correrian á esconderse en los montes y ocultarse en las cuevas. En esta inteligencia salió de Tolemaida con sus tropas, llevando consigo prisionero á Jonatas para servirse ó deshacerse de él, segun conviniese á sus malvados intentos. Avisado Simon de que venia el enemigo salió de Jerusalem y fue á acampar á Adus, frente al campo de Sefela, donde habia edificado la ciudadela de Adiada para detener el paso á Trifon y presentarle batallá; mas luego que supo Trifon que Simon habia ocupado el lugar de su hermano Jonatas, y que se hallaba al frente del ejército dispuesto á pelear, abandonó por entonces el designio que traia de desolar la Judea; y como era su plan no arriesgar un combate con los Judíos, cuyo valor le hacia temblar, trató de entrar en negociaciones con Simon á fin de apoderarse sin batalla de los hijos de Jonatas, cuyas vidas habia resuelto sacrificar juntamente con la de su padre.

Reusa Trifon el combate, recurre á negociaciones traidoras y se apodera de los hijos de Jonatas con engaño. Simon lo conoce y usa de una exquisita prudencia. Envió mensajeros á Simon, diciendo: por el dinero que debia tu hermano Jonatas al tesoro del Rey, de los negocios que manejó, le hemos detenido. Envíanos ahora cien talentos de plata y sus dos hijos en rehenes, para que puesto Jonatas en libertad no deserte de nosotros, y te le enviaremos. Bien conoció Simon que le hablaba con engaño, porque, si la prision era por la deuda de Jonatas ¿á qué aprisionar á los mil soldados de su escolta? ¿á qué matarlos? ¿á qué perseguir de muerte á los otros dos mil que Jonatas habia enviado á la Galilea? pero tenía Simon que tratar con un pueblo desconfiado y convenia contemporizar con él. Si se hubiera negado Simon á la peticion de Trifon y en consecuencia de esta negativa hubiera perdido la vida Jonatas, habría traído sobre sí la odiosidad de todo Israel. Le hubieran echado en cara la muerte de su hermano causada por su avaricia; si ya no la atribuían al deseo de dominar y mandar. Aun viviría Jonatas, le dirían, si se hubiera entregado á Trifon el dinero que pedia, y dado en rehenes sus dos hijos. Con esto habría entrado la desunion, aprobando unos y desaprobando otros la determinacion de su Gefe, y no se podría esperar de aqui otra cosa que males en la nacion. Por esto los hombres grandes se ven muchas veces precisados á disimular grandes males por evitar otros mayores, y muchas veces la posteridad mal informa-

da de las circunstancias, no deja de imputar á pasiones, lo que es efecto de una prudencia consumada. Fundado en estos principios, mandó Simon entregar á los embajadores de Trifon los cien talentos de plata y los dos hijos de Jonatas, haciendo al cielo testigo y vengador de cualquier perfidia que se cometiese. No dejó de suceder lo que Simon tenia previsto. Trifon se burló completamente de la simplicidad de los Israelitas; nada cumplió de cuanto habia prometido; no envió á Jonatas, y apoderado de sus dos hijos, continuó su plan traidor y homicida.

Entra Trifon con su ejército en la Judea con el fin de socorrer la guarnicion del alcazar de Sion; pero Simon le impide el paso, le obliga á caminar por los desiertos y no logra socorrerla. Entró pues Trifon en la Judea armado de su perfidia, pero Simon que ya no trató de mas contemplaciones le cerró el paso, y se vió precisado á tomar una vuelta grande y seguir el camino de Ador. Le seguia Simon con su ejército, observando sus movimientos, y arreglando sus marchas de modo que nunca le perdia de vista y siempre estaba dispuesto á resistirle y batirle, si intentaba algun encuentro. Era el designio de Trifon acercarse á Jerusalem para llevar socorros á el alcázar de Sion, cuya guarnicion se hallaba apretada en extremo del hambre. Tuvo Trifon nuevo aviso en el camino del apuro en que se hallaba y se le indicó al mismo tiempo una senda por el desierto para llevar el socorro. Trifon con esto puso en órden toda la caballería y la hizo cargar de provisiones

para salir aquella misma noche á llevar el socorro; pero habia mucha nieve; mucha en gran manera y no pudo romper el camino. Trifon seguido muy de cerca del ejército de Simon y no pudiendo pasar adelante para socorrer la guarnicion del alcázar, la abandonó á su mala suerte; y temiendo alguna acometida de las tropas de Simon en aquellas soledades, mas conocidas de los Israelitas que de los Sirios, determinó volverse á Antioquía.

Asesina en Bascaman, pueblo de aquellos desiertos, á Jonatas y sus hijos. Juzgó ya aqui el malvado Trifon inútiles y embarazosas las tres ilustres víctimas que llevaba encadenadas, y en un pueblecillo de aquellos desiertos, llamado Bascaman las sacrificó á su cruel y traidora política. En aquellos desiertos cargados de nieves murió el valiente Jonatas con sus hijos, no al golpe honrado de la espada guerrera como su hermano el Macabeo, sino al golpe vil de un acero traidor. Trifon despues de este primer acto de la escena sangrienta que venia preparando desde que el árabe Emalcuel le entregó el niño Antioco, hijo del Rey Alejandro, partió con su ejército á Antioquía.

Simon recoge los cadáveres de su hermano y sobrinos y los hace enterrar con toda solemnidad en Modin, donde hace fabricar un mauseolo ó edificio magnifico sobre el sepulcro de sus padres y hermanos. Simon recogió los cadáveres de su hermano y sobrinos y los llevó á Modin, ciudad de sus padres, donde los hizo enterrar con grande honor y magnificas exequias. Todo Israel hizo grande llanto, particularmente sobre Jonatas, y le

lloró por muchos dias con tanto mayor sentimiento, quanto podia atribuirse en parte á sí mismo la pérdida de este su valiente defensor y la extincion de su preciosa familia.

Habiéndose retirado, ó por mejor decir, huido de la Judea el asesino Trifon, se aprovechó Simon del sosiego y quietud que le proporcionaba su ausencia. Hizo edificar sobre el sepulcro de su padre y hermanos un mauseolo ó edificio magnífico que se descubría desde muy lejos, y cuyas piedras estaban labradas con finura por detras y por delante, es decir, por las dos partes que correspondian al interior y al exterior del edificio. Delante de él, levantó siete grandes pirámides, una enfrente de otra; dos á su padre y su madre y cuatro á sus hermanos, reservando para sí la séptima que le recordaba que muy luego iría á juntarse con ellos. Al rededor de estas pirámides hizo construir grandes columnas y colocar sobre ellas todo género de armas para memoria eterna de las victorias conseguidas por aquellos, cuyos restos descansaban en este panteon; y sobre las armas hizo esculpir grandes naves para que fuesen vistas de todos los que surcaban aquellos mares. Este fué el magnífico sepulcro que la piedad y magnificencia de Simon hizo fabricar en Modin, su patria, para sus pádres y hermanos y tambien para sí mismo, y que se conservaba en tiempo de San Gerónimo, despues de cinco siglos y medio.

Trifon hace matar al Rey niño á traicion, y reina en su lugar. Vimos salir á Trifon de los desiertos de Bascaman, despues de asesinar á Jo-

natas y á sus dos hijos en aquellos montes tan fatales á Israel, como los montes de Gelbœ, y volverse con su ejército á Antioquía, y dijimos entonces: que las muertes de Jonatas y sus hijos no eran sino la primera parte de la escena sangrienta que este hombre feroz venia preparando habia ya mucho tiempo. Pues hé aqui que en el camino de Bascaman á Antioquía se ejecuta la parte segunda de esta cruel tragedia. Caminando Trifon, dice el texto sagrado, con el jóven Rey Antíoco, le hizo matar á traicion. Nada mas nos dice y nada mas se sabe acerca de la muerte de este Rey niño, y del modo con que fue ejecutada. Lo que si consta es: que Trifon reinó en su lugar: que se ciñó la corona de Asia; y que hizo grandes estragos en el reino, particularmente en aquellos que habiendo servido fielmente al inocente pupilo, se resistian á servir al sanguinario Tutor. Esta nueva guerra civil entre los fieles servidores del desgraciado Rey niño y los que seguian al usurpador, añadida á la que subsistia de muy atras con el destronado Demetrio, pusieron á toda la Siria en una convulsion que apenas dejaba vivir; por el contrario la Judea, luego que salió Trifon de sus términos, quedó en una paz envidiable.

Continúa Simon la fortificacion de la Judea y la concluye. Simon se aprovechó de ella para concluir la grande obra de fortificarla, ideada por su hermano Jonatas y decretada por unanimidad y con aplauso de todos los Ancianos de la nacion. Antes que comenzasen los atentados de Trifon habia ya edificado Simon y fortificado la ciudadela

de Adiada y alguna otra, y ahora volvió á continuar su obra, levantando otras muchas en sitios oportunos; fortificando las antiguas con muros muy grandes y torres muy altas; poniendo en todas puertas fuertes y gruesos cerrojos; proveyéndolas abundantemente de alimentos y de armas, y ocupándolas de guarniciones numerosas que daban gran seguridad á toda la Judea.

Hace alianza con Demetrio. Concluida esta obra de tanto interés y consecuencia en muy poco tiempo, pensó Simon en continuar la alianza de paz con los Reyes de Asia, cuya alianza importaba tanto á su nacion. Habiendo hecho Trifon asesinar al Rey niño, no quedaba otro Rey legítimo de Siria que el fugitivo Demetrio, cuyo partido habia tenido que abandonar Jonatas, á causa de la falta de fé de este Príncipe, y tomar el del jóven Antíoco. Sin contar con este antecedente, que las circunstancias hacian desaparecer enteramente, Simon envió á Demetrio embajadores que llevando una corona y un ramo de oro, como regalo de costumbre, le hiciesen proposiciones que en su situacion no podian dejar de serle muy agradables. Prometia Simon de acuerdo con la nacion reconocer á Demetrio del mismo modo que sus padres habian reconocido á los primeros reyes griegos, sucesores de Alejandro, con la condicion de que Demetrio por su parte cumpliría los tratados antiguos entre los Israelitas y los conquistadores de Asia, y mantendría á la Judea en todas sus franquicias. No era ya Demetrio aquel Rey soberbio que rompía con descaro los tratados mas gra-

ves y solemnes; ni aquel Rey tan feamente ingrato que despreciaba y se declaraba enemigo de aquellos amigos que le salvaban la vida. Se juzgó muy dichoso por la alianza que se le ofrecía y aceptó muy gustoso las proposiciones que se le presentaban. Recibió á los Embajadores de Simon y les trató con grande honor y á su despedida les entregó una carta del tenor siguiente.

Carta del Rey Demetrio á Simon y su pueblo. „El Rey Demetrio á Simon, sumo Sacerdote y amigo de los Reyes, á los ancianos, y al pueblo de los Judíos, salud. Hemos recibido la corona de oro y el ramo que nos enviásteis y estamos dispuestos á hacer con vosotros una paz grande, y á escribir á los Gobernadores del Rey que os condonen lo que os hemos concedido, porque lo que acordamos á vuestro favor firme es para vosotros. Las plazas que habeis edificado sean vuestras. Os remitimos las ignorancias y yerros hasta el dia de hoy y la corona que nos debíais; y si habia alguna otra cosa en Jerusalem que pagase tributo, que no le pague ya. Si hay algunos de vosotros á propósito para ser alistados entre nosotros, alístense y haya paz entre nosotros.” El año ciento y setenta de los Griegos, y tres mil ochocientos y sesenta y cinco del mundo se concluyó este tratado, y entonces fue quitado el yugo de los gentiles á Israel, dice el texto sagrado.

Honra que se dispensa á Simon y parte de su elogio. Desde este tiempo principió la nacion á poner en las actas y registros públicos la fecha de esta manera. *Año primero de Simon, sumo Sacer-*

dote, Generalísimo y Príncipe de los Judíos. La honra que con esto se hacía á Simon era de gran consideracion; pero Simon que fue recomendado como varon de consejo, y consumada prudencia por su padre Matatías al morir, y dejado en su lugar por padre de toda la familia, habia correspondido perfectamente á la idea y encargo de su anciano padre, y la tenia bien merecida. El zelo de este grande hombre por el aumento y estension del culto del Señor y el bien de su pueblo, no conoció límites. Su vida no fue otra cosa que una carrera de triunfos y de méritos, y su muerte la última víctima de las cinco que ofreció al Señor en sus hijos Matatías en defensa de su religion, su ley y su pueblo.

Sujeta la ciudad de Gaza y la convierte de ciudad pagana en ciudad Israelita. Cuando acababa Simon de hacer una paz y una alianza tan feliz con el Monarca de Siria y de recibir tanta honra del pueblo de Dios, supo que la ciudad de Gaza, conquistada poco antes por su hermano Jonatas, se habia rebelado despues de la muerte de este, á pesar de haber entregado rehenes ó fadores de su quietud, y luego acudió á reducirla á obediencia. La rodeó de sus tropas; dispuso las máquinas; las acercó á la ciudad; batió terriblemente una de sus torres y la tomó por asalto. Entonces los que venian en una de las máquinas, saltaron de ella, entraron de tropel en la ciudad, y levantaron en ella una gran confusion. Consternados los habitantes á vista de las desgracias que iban á suceder en una ciudad tomada por asalto,

corrieron al muro con sus mugeres, sus hijas, sus hijos y sus mas tiernas niñas y niños, y rasgados sus vestidos, se presentaron á Simon, clamando con todas sus fuerzas: que les recibiese en paz, y no les tratase segun sus maldades, sino segun sus misericordias. Simon se compadeció de aquella desgraciada multitud y no la trató con el rigor de la guerra (que particularmente entonces era la muerte); pero les echó de la ciudad, sin dejar en ella ni un solo pagano é hizo que fuesen á establecerse á otra parte. Mandó purificar las casas en que habian estado los ídolos, y limpiar la ciudad de toda reliquia de idolatría, y luego entró en ella con su ejército, bendiciendo al Señor y cantando himnos á su mayor gloria. Era la intencion de Simon repoblar esta ciudad pagana de Israelitas fieles, que la consagrasen al Señor con la pureza del culto y la observancia de su santísima ley; y para esto trajo á Gaza Israelitas zelosos del cumplimiento de la ley y les posesionó de ella. Restableció todas sus fortificaciones, y la fortaleció de modo que no pudiesen ser inquietados; y por colmo de la grandeza á que queria levantar á Gaza y de la seguridad que queria establecer en ella, hizo edificar un alcazar ó palacio para su propia persona.

Toma del alcázar de Sion. Faltaba aun para concluir la grande obra del restablecimiento entero de la nación, la conquista de la fortaleza de Sion, y la gloria de esta conquista, que tantas veces se habia intentado, estaba reservada para el prudente Simon. Desde que Jonatas habia levan-

tado el muro de la parte del oriente, y cercado esta plaza de fortalezas, apenas podía recibir socorro alguno; y ya vimos que Trifon con todo su ejército no pudo socorrerla, y la abandonó á sí misma. En el dia se hallaba ya reducida á el hambre mas cruel, y ya habian muerto muchos de la guarnicion por falta de alimento. Viendo que Simón la estrechaba mas cada dia, y que se preparaba á el asalto y no esperando por otra parte ser ya socorrida, puestos en la dura alternativa de perecer ó entregarse, clamaron á Simon para que les recibiese en paz y no les obligase á morir unos despues de otros en la prision á que les habia reducido. Bien merecian que Simon hubiera castigado en ellos todas las desdichas de su patria y su familia, de las que la guarnicion del alcázar era la principal causa; pero contento este hombre generoso con la rendicion de una plaza tan importante, les dejó salir de ella libremente, y no quiso vengarse. Tuvo que hacer con dolor, pero por necesidad, en medio de la ciudad santa, lo que acababa de hacer en la pagana Gaza. Fue necesario purificar el alcázar, situada en su centro, de todas las impurezas que habia contrahido con la residencia de los soldados idólatras y de los Israelitas apóstatas; y el dia veintitres del mes segundo del año ciento y setenta y uno de los Griegos, entró Israel en el alcázar del monte Sion, edificado en la cima del monte á manera de una corona que le ceñía y que venía á ser como el capitolio de la ciudad Santa.

Sus nombres y su posicion. Este alcázar es

llamado en la sagrada escritura palacio, casa y trono de David; y tambien trono real, porque desde que David le conquistó de los Jebuseos el año del mundo dos mil novecientos cincuenta y ocho le ocuparon por espacio de ochocientos ochenta y dos años muchos Reyes hasta que en el año de tres mil ochocientos y cuarenta le ocupó y fortificó Apolonio, General de Antíoco Epifanes, habiendo permanecido veintitres años en poder de los Griegos. El dia de la entrada en el alcázar de Jerusalem fue uno de los mas gloriosos y de mayor alegría para los hijos de Israel. Todos llevaban ramos de palmas en las manos, y cantaban himnos y salmos en loor y alabanza del Señor al son de arpas, timbales y liras, porque habia sido exterminado de Israel el grande enemigo (que era aquella guarnicion de gentiles y apóstatas que tantos daños causaba). Miró la nacion el dia en que entró en el alcázar como el dia de su entera libertad, y ordenó que todos los años se celebrase este dia con gran solemnidad.

Dueño Simon del alcázar, fortificó el monte Moria, ó del templo, y para vivir este Santo Pontífice inmediato á la casa del Señor, y ocuparse con mas continuacion y facilidad en el culto del Señor, fijó allí su morada. Era este el principal empleo que Simon se reservaba para su persona, cuyo vigor habian debilitado aun mas que los años, las guerras que habia sostenido, ó en las que habia tenido parte desde que su padre Matatías emprendió la libertad de Israel. Tenia un hijo llamado Juan, muy conocido en adelante con el sobre-

nombre de Hircano, y ya muy distinguido por su valor. Era, dice el texto sagrado, un hombre de guerra, muy valiente. Simon descargó sobre este hijo valeroso los cuidados de la guerra, le declaró General de las tropas, y le fijó en la ciudad de Gazara, ó Gaza su residencia.

Pasa Demetrio á la Media á tomar tropas auxiliares, y queda prisionero de Arsaces su Rey. Mientras que la Judea recobraba su entera libertad y el esplendor de su religion, la Siria, despedazada mas cruelmente que nunca por sus divisiones interiores, caminaba con pasos acelerados á su entera ruina. Ella tenia al presente un tirano y un Rey, que era Trifon y Demetrio. Estos se disputaban la posesion, y en vez de gobernarla, la desolaban. Trifon, asesino del jóven Antíoco, era dueño de muchas ciudades, á las que habia obligado á reconocerle. También Demetrio tenia muchas que le habian permanecido fieles. Indignado este Príncipe de verse con un competidor como Trifon, y determinado á conquistar todos sus estados, pasó con su ejército á la Media, á tomar tropas auxiliares para acabar con Trifon, pero le fue en extremo fatal esta espedicion. Arsaces, Rey de la Persia y la Media, supo con enojo que Demetrio habia entrado con su ejército en las fronteras de sus estados, regularmente sin contar con su anuencia y permiso, y envió á uno de sus Generales con su ejército para que le prendiese vivo y se le presentase. El General de Arsaces marchó y deshizo el ejército de Demetrio: cogió á este vivo, y le llevó á Arsaces, quien le hizo poner

en custodia. Se dice, que despues le dió libertad; le trató como á Rey y le desposó con una hija suya, dándole palabra de restituirla á su reino; mas no lo prueban los hechos.

Felicidad de Israel y elogio repetido de Simon. Nada padecia la Judea por estos movimientos que agitaban la Siria. Simon, su pacificador, tuvo la dicha de conservarla en sosiego todo el tiempo que duró su Pontificado. Fue su gobierno señalado con mil bellas acciones. Procuró sin cesar el bien de su nacion, y ella vió siempre con placer su dominacion y su gloria. Tomó á Jope, ciudad importante sobre el mar mayor, ó Mediterráneo, é hizo en ella un puerto muy seguro para el comercio de su nacion. Estendió los términos de su pueblo y puso en libertad gran número de judíos cautivos. Fue Señor muy particularmente de Gazara, de Betsura y de la ciudadela de Jerusalem, y quitó de ellas todas las inmundicias. Nada habia que turbase en sus dias. Cada uno cultivaba en paz su tierra, sus árboles y sus viñas y todo les daba frutos abundantes. Los Ancianos estaban sentados en las plazas y trataban de lo que convenia al bien de la nacion, y los jóvenes vestian bellamente y ceñian sus armas de guerra. Simon cuidaba de todo. Fortificaba las ciudades y las proveía de todo género de armas para que fuesen otras tantas ciudadelas. Con esto dió seguridad á la tierra y el reino rebosó en grande alegría. Cada uno se sentó bajo de su higuera sin temor de que nadie perturbase su reposo. Los enemigos interiores aterrados con la

severidad de Simon, ó no se dejaban ver, ó huían á reinos estraños, y los Reyes ocupados en sus guerras y casi aniquilados de fuerzas, lejos de inquietar á los hijos de Israel, buscaban su alianza. Simon era el protector de los pobres, cuidaba con gran vigilancia del cumplimiento de la ley y exterminaba los inicuos. La magnificencia del culto del Señor era siempre el primero entre los cuidados de Simon. Multiplicó el número de los vasos santos y aumentó la gloria del Santuario de manera que la fama del nombre de Simon llegó hasta los fines de la tierra, dice el historiador sagrado.

Renuevan los Lacedemonios y los Romanos su amistad con Simón. Se oyó en Roma y hasta en Lacedemonia que habia muerto Jonatas y tuvieron de ello gran sentimiento; mas luego que supieron que Simon, su hermano, habia sido declarado sumo Pontífice en su lugar: que gobernaba toda la tierra de Judá, y que se habia hecho dueño de todas las ciudades, le escribieron los Lacedemonios en planchas de bronce para renovar las amistades y alianza que habian hecho con sus hermanos Judas y Jonatas. Estas planchas ó cartas fueron leidas en Jerusalem en presencia de toda la Iglesia ó Sinagoga de los Judíos y entregada copia de todo á Simon sumo Sacerdote.

Continuaban los Judíos esta amistad con los Lacedemonios, no tanto por las utilidades que pudieran resultarles de ella, cuanto por el parentesco que mediaba y que deseaban conservar en buena relacion. No sucedia asi con respecto á los Roma-

nos, de cuya alianza se prometian reportar grandes utilidades. Por esto el sumo Sacerdote Simon envió á Numenio, que ya se hallaba en Jerusalem de vuelta de su embajada de Lacedemonia, á Roma con un grande escudo de oro de peso de mil minas (sesenta y cinco arrobas, quince libras y diez onzas de oro) á renovar la alianza. Llevaba Numenio una copia de lo acordado por el pueblo de Dios para comunicarlo al pueblo romano, y era lo siguiente.

„El dia diez y ocho del mes de Elul (que principia en la luna de Agosto), el año ciento setenta y dos de los Griegos y el tercero del Pontificado de Simon, en la gran reunion de los Sacerdotes, del pueblo, y de los Príncipes y Ancianos de la nacion, se hizo publicar en Asaramel, lugar de las Juntas, lo siguiente. Nuestro pueblo ha sido afligido largo tiempo por las guerras; pero Simon, del linage de Jarib, y sus hermanos, sobre todo Judas Macabeo se han entregado á los peligros, han resistido á los enemigos para conservar su Santuario y su ley, y han acrecentado mucha gloria á su nacion; y Jonatas despues de haber reunido á sus hermanos los Judíos y haber sido establecido sumo Sacerdote, fue recogido á su pueblo. Los enemigos quisieron entonces hollar y destruir su tierra, y estender las manos á su Santuario, pero se opuso Simon y peleó en defensa de su pueblo; reunió dinero para distribuirselo; armó á los hombres mas valientes de su nacion; y les dió sueldos cumplidos. Fortificó las ciudades de la Judea, particularmente á Betsura, plaza fronteri-

za á Jope, puerto de mar, y á Gazara en los confines de Azoto, y puso en ellas todo lo necesario para su defensa.

Vió el pueblo los hechos de Simon y quanto habia ejecutado para gloria de su nacion y le eligió por su Gefe y Príncipe de los Sacerdotes. En sus dias todo prosperó entre sus manos. Los gentiles fueron arrojados de su tierra y los que ocupaban el alcázar de la ciudad de David, de donde salian á profanar los contornos del Santuario con grande ultraje de su santidad, fueron lanzados de él. Puso allí soldados de Judá para seguridad de la tierra, y alzó los muros de Jerusalem para su defensa. El Rey Demetrio le confirmó el sumo Sacerdocio y le hizo su amigo, y por quanto oyó que los Romanos habian llamado á los Judíos sus amigos, aliados y hermanos, y que habian recibido á los embajadores de Simon de un modo glorioso, les colmó de grandísimas honras. En fin los Judíos y sus Sacerdotes convinieron en que Simon fuese su General y Sumo Sacerdote para siempre hasta que se levantase *el Profeta fiel*, (esto es, hasta la venida del Mesías, que los últimos Profetas habian anunciado como muy cercana, y que en efecto se verificó á los ciento y veintisiete años, en que pasó el cetro de Judá de la familia de los Asamoneos ó descendientes de Matatías á las manos de Herodes Ascalonita, en cuyo tiempo nació Jesucristo). Acordaron tambien que todo se gravase en planchas de bronce, y que estas se colocasen en la galería del Santuario en un sitio público, y que se archivase ademas una copia de

todo en el tesoro del templo para que la tuviesen Simon y sus hijos.

Cumplió Numenio su comision entregando el grande escudo de oro, y leyendo la escritura que va referida; y cuando hubo oido el pueblo romano esta escritura, dijo: ¿con qué acciones de gracias pagaremos á Simon y á sus hijos? Porque él ha restablecido á sus hermanos, y exterminado de Israel á sus enemigos: y reconocieron á Israel por un pueblo libre y una nacion enteramente independiente: y no contentos con esto, mandaron grabar la declaracion que acababan de hacer en planchas de bronce, y las entregaron á su Embajador para que las colocase entre los títulos de Judá en el monte de Sion.

Antioco Rey de Siria hace alianza con Simon. Todo salia bien á Simon, pues mientras renovaba sus alianzas con las potencias distantes, las inmediatas, cual era principalmente la Siria, buscaba con empeño la suya. Ya no era Demetrio, Rey legítimo, quien gobernaba la Siria, era el usurpador Trifon, quien continuaba mandando en perjuicio de Demetrio, prisionero de Arsaces, Rey de los Medos; pero tenia Demetrio un hermano llamado Antioco, el cual, viendo los estados de sus padres en manos de un usurpador, determinó recobrarlos, y el primer paso que juzgó conveniente para salir con su intento, fue procurar que Simon y su pueblo se interesase por él. Se hallaba á la sazón este nuevo pretendiente retirado en las islas del mar Mediterráneo, donde principiaba á formar su partido; y desde allí escribió el año de

ciento setenta y tres de los Griegos la carta siguiente.

Carta de Antíoco á Simon y su nacion. „El Rey Antíoco á Simon, sumo Sacerdote, y á la nacion de los Judíos, salud: Habiéndose apoderado algunos hombres pestilenciales del reino de mis padres, he determinado recobrarle y restablecerle al estado que tenia antes, y para esto he levantado un ejército numeroso y escogido, y fabricado naves de guerra. Estoy por tanto resuelto á entrar en mis estados para castigar á aquellos que han destruido mis provincias y desolado muchas ciudades en mi reino. Por lo que mira á tí te confirmo todas las exenciones que te han concedido todos los Reyes que fueron antes de mí, y todas las donaciones que te hicieron; y te concedo permiso para acuñar moneda en tu nacion. Quiero tambien que Jerusalem sea santa y libre, y que todas las armas que has fabricado y castillos que has construido y estan en tu poder queden para tí. Todas las deudas del Rey y las que el Rey debia percibir te son perdonadas desde ahora y para siempre. Mas: cuando hubiéremos entrado en la posesion de nuestro reino, haremos á tí, á tu nacion y al templo tales honras que vuestra gloria sea manifiesta en toda la tierra.

Entra Antíoco en el reino de sus padres, se le unen casi todas las tropas de Trifon, y huye éste á Dora, donde es cercado por Antíoco. No tardó Antíoco, despues de haber escrito esta carta, en hallarse en estado de presentarse como Rey en los estados de sus padres. El año de ciento setenta y

cuatro entró Antíoco, hermano de Demetrio, detenido en la Media por Arsaces, en los estados de sus padres y se vinieron á él todas las tropas, quedando muy pocas á Trifon. Viéndose este usurpador sin ejército para resistir á un Rey legítimo y ya poderoso, huyó por las costas del mar hasta Dora, donde se encerró, resuelto á defenderse hasta el último extremo. El Rey le siguió con ciento y veinte mil hombres de á pie y ocho mil de á caballo. Puso cerco á la ciudad por tierra, y las naves la bloquearon por mar, estrechándola de modo que nadie podia entrar ni salir de ella. Sin embargo, no logró Antíoco rendir con este primer sitio una plaza fuerte en extremo y defendida por el rebelde Trifon, hábil General, y por sus amigos y tropas igualmente rebeldes. El Rey puso segundo sitio á Dora, ó por decirlo mejor, aumentó el rigor del primero. Acercó por todas partes sus máquinas y la estrechó tanto que esperaba que Trifon por ningun camino se le podría escapar. Este se defendia con obstinacion y dilataba el sitio, esperando una ocasion favorable para huir.

Negra infidelidad de Antíoco para con Simon.
En este tiempo fue cuando Simon, que tenia al Rey por afecto á su nacion, en vista de su carta, queriendo hacerle algun obsequio notable le envió para la rendicion de la plaza de Dora dos mil de sus valientes y una embajada con oro, plata y multitud de vasos preciosos; pero Antíoco no era ya un desterrado en las islas del mar, desde donde escribia á Simon y á su pueblo, prometiendo

hacer, luego que entrase en la posesion de su reino, tales honras al templo y á la nacion que su gloria resonase por toda la tierra; era ya un Rey poderoso con un ejército de ciento y veinte mil soldados de á pie y ocho mil de á caballo, y entumecido con su gran poder desechó con soberbia las ofertas de Simon, y lejos de manifestarse agradecido á los obsequios y servicios que le habia hecho, tomó ocasion de ellos, no solo para ser infiel á cuanto habia prometido en su carta, sino tambien para amenazarle con la guerra, sino le entregaba ciertas ciudades y pagaba los tributos recogidos en ellas. Y envió Simon á Antioco de socorro, dice el texto sagrado, dos mil soldados escogidos y plata y oro y multitud de vasos (preciosos), mas no quiso recibirlo, sino que rompió todos los tratados que (despues de la carta) habia hecho con Simon y se estrañó de él.

Envia Antioco á Atenobio á Simon dándole quejas y pidiéndole cuentas. A consecuencia de este estrañamiento envió Antioco á Atenobio, uno de sus amigos, con orden de decir á Simon: vos teneis á Jope, Gazara y el alcázar de Jerusalem, plazas de mi reino; habeis desolado sus contornos haciendo muchos males en la tierra, y os habeis alzado con el señorío de muchos lugares en mi reino. Entregad, pues, las plazas que ocupásteis y los tributos de los lugares que poseísteis fuera de los lugares de la Judea, y sino, dad por ellos quinientos talentos de plata; y por los estragos que habeis hecho y por los tributos de las ciudades, otros quinientos; pues sino, iremos y os haremos la guerra.

Noble contestacion de Simon. Atenobio encargado de comunicar á Simon estas órdenes, llegó á Jerusalem, y cuando vió el esplendor que rodeaba al Soberano Pontífice, el oro, la plata y su grande aparato, quedó maravillado, pero en medio de su admiracion, le fue necesario comunicar al Soberano Pontífice lo que el Rey le habia encargado. El Pontífice escuchó con magestad al enviado del Rey y le contestó con gravedad. „Ni hemos tomado tierra agena, ni retenemos cosa que no sea nuestra. Lo que hemos hecho ha sido conquistar la heredad de nuestros padres, que injustamente han poseido por algun tiempo nuestros enemigos. Sí: hemos reconquistado la herencia de nuestros padres, aprovechándonos de la ocasion. En cuanto á las quejas que nos das sobre Jope y Gazara; ellas hacían en nuestro pais y sobre nuestro pueblo males muy grandes.” Hizo ademas presente el gran Sacerdote al enviado del Rey que se habian visto obligados á sujetarlas por las armas, y que no podrían dejar de tenerlas bajo de su dominio sin quedar expuestos á un nuevo torrente de males; pero que, pues pretendia tener sobre estas ciudades algun derecho de soberanía, estaba pronto á pagarle por modo de indemnizacion cien talentos de plata.

Envia Antioco contra la Judea al General Cendebeo con una parte de su ejército, y con la otra sigue á Trifon, le alcanza y le quita la vida. Distaban mucho estas contestaciones y promesas del gran Sacerdote de las pretensiones del Rey, y Atenobio su encargado, se retiró de Simon sin

replicar ni una sola palabra, pero enojado. Vuelto al Rey, su señor y su amigo, le refirió la ostentación y grandeza de Simon, sus contestaciones y todo cuanto habia visto y observado, y el Rey irritado en gran manera con la negativa á sus pretensiones, entregó á su General Cendebeo parte del ejército, tanto de infantería como de caballería, y le mandó que marchase contra la Judea: que reedificase á Gedor, plaza fuerte, para que le sirviese de centro de sus operaciones: que asegurase bien sus puertas y cerraduras; y que sujetase al pueblo.

Reservó para sí la otra parte del ejército y con ella persiguió á Trifon, que á pesar del riguroso cerco en que tenia el Rey la plaza de Dora, pudo huirse de ella, y embarcándose en una nave, arribar á Ortosiada, y de allí, segun dice Josefo, á Apamea, donde fue alcanzado por el Rey y muerto el año quinto del reinado que habia usurpado. ¡Muerte demasiado fatal por demasiado tardía! ¡Muerte de un hombre, que vivió para cometer un regicidio en un Rey niño, para asesinar al gran Sacerdote Jonatas y sus dos hijos, y para llenar de calamidades el reino que habia usurpado!

Cendebeo entra en la Judea haciendo extragos, y Juan, hijo de Simon, corre á Jerusalem á dar parte á su padre. Mientras que el Rey concluia con Trifon, Cendebeo arribó con su parte de ejército á Jamnia, y luego comenzó á oprimir al pueblo, á talar la Judea, y á cautivar y matar los Judíos. Reedificó á Gedor y puso en esta fortaleza tropas de á pie y de á caballo para hacer corre-

rías por la tierra de Judea, según el mandato del Rey su amo. Juan, uno de los hijos de Simon, habia fijado por orden de su padre su residencia en Gazará para conservar las plazas que por aquella parte tenia la nacion. Luego que vió los males que Cendebeo causaba en el país, corrió á Jerusalem á dar cuenta de ellos á su padre y pedirle sus órdenes.

Simon por hallarse ya muy anciano no va á esta guerra, y la encarga á sus hijos mayores Judas y Juan. Simon llamó á sus dos hijos mayores que lo eran Judas y el expresado Juan y les dijo: yo y mis hermanos y la casa de mi padre hemos batido á los enemigos de Israel desde nuestra juventud hasta el dia y hemos tenido la dicha de librar á Israel muchas veces; mas ahora yo he envejecido. Ocupad, pues, mi lugar, y sed como mis hermanos (valientes y aguerridos). Salid á pelear por nuestro pueblo y el auxilio del cielo sea con vosotros. Despues de esta breve y enérgica exhortacion eligió Simon veinte mil hombres de los mas esforzados de todo el país con la caballería correspondiente y los entregó á sus hijos para hacer la guerra á los Sirios.

Salen Judas y Juan con veinte mil hombres y la caballería correspondiente á pelear contra Cendebeo. Luego salieron con su ejército estos nuevos campeones de la familia de Matatías contra Cendebeo, General de los Sirios, y pasaron la noche en su amada patria, la ciudad de Modin. Salieron de ella al apuntar el dia y bajaron á la llanura. Entonces vieron que venía contra ellos un

grueso ejército de infantería y caballería, comandado por Cendebeo. Caminaban los dos ejércitos á encontrarse y no les separaba sino un arroyo impetuoso que cada ejército trataba de pasar á la vista del otro. Juan con sus gentes estaba ya en el márgen, y cuando vió que los suyos temian entrar en él, se arrojó á él, le pasó el primero y todos á porfia le siguieron. Situado Juan con sus tropas al otro lado del torrente, sin que el enemigo se hubiese atrevido á oponerse, dividió su ejército en dos trozos, colocó en medio de ellos la caballería para sostenerla, porque la caballería enemiga era muy numerosa, y luego mandó tocar las trompetas sagradas para entrar en combate.

Huyen los Sirios y los Israelitas les cargan, matando muchos en la huida y quemando á otros en las torres en que se encerraron. Apenas se dejó oír su formidable sonido, cuando el terror se apoderó de los enemigos. Cendebeo tomó la fuga con toda su gente, y el campo quedó abandonado. El ejército de Israel les cargó recíamente en la huida. Muchos perecieron á filo de espada, y huyendo otros muchos lograron encerrarse en la fortaleza (de Gedor); al irlos persiguiendo fue herido Judas, el hermano de Juan; pero éste, aunque solo, continuó en perseguirlos hasta la fortaleza de Gedor, que Cendebeo habia reedificado por órden del Rey. Los que no pudieron entrar en esta fortaleza, continuaron huyendo hasta las torres que habia en las llanuras de Azoto; y Juan, que les iba al alcance, las puso

fuego y murieron en ellas dos mil enemigos. Asi concluyó el valeroso Juan esta primera guerra, teniendo el consuelo de volver con su hermano Judas, cuya herida no resultó mortal, en paz y con gloria á la Judea. Asi este valeroso jóven, digno de la sangre de Matatías su abuelo, y de Simon su padre, se iba disponiendo con acciones gloriosas, mas pronto de lo que él queria, á tomar el gobiernø de la nacion, que habia de poner en su mano la funesta muerte de su padre.

Sangrienta y cruel tragedia de Doc. Muerte alevosa del sumo Sacerdote Simon y dos de sus hijos. Como dos años despues de la victoria de Gedor, ganada por Juan al General de Antíoco, se vió con horror en Israel una escena apenas imaginable. El gran Sacerdote Simon tenía á mas de los tres hijos, Judas, Juan y Matatías, una hija, cuyo nombre no expresa la Escritura Sagrada. Trató de casarla con persona correspondiente á la elevacion de su familia, y entre los muchos que aspiraban á una alianza tan esclarecida, fue preferido un hijo de Abobo, llamado Tolemeo. Al darle Simon su hija le colocó en un puesto correspondiente á su rango, haciéndole Gobernador del campo de Jericó. Tolemeo, yerno del sumo Sacerdote, tenía mucha plata y mucho oro. Estas grandes riquezas, la elevacion en que se hallaba por su casamiento, y la autoridad y superioridad que le daba su puesto, exaltaron su corazon y llegó á concebir una traicion tan horrible que apenas puede imaginarse. Pensó en alzarse con la tierra, esto es, con la autoridad soberana que

ejercía el sumo Sacerdote Simon su suegro, y para este fin esperaba ocasion de cometer una atrocidad con Simon y sus hijos.

Recorriendo, pues, Simon las ciudades que habia en la tierra de Judea, y atendiendo cuidadosamente á ponerlas en el mejor orden, bajó á Jericó él y sus hijos Matatías y Judas, el año de ciento setenta y siete de los Griegos en el mes undécimo llamado Sabat (que corresponde á la luna de Enero) y los recibió con grande perfidia el hijo de Abobo, yerno del venerable anciano Simon, y cuñado de los dos hermanos Matatías y Judas, en una pequeña fortaleza llamada Doc, que él habia reedificado, acaso con el horrible designio que vamos á ver realizado. Escondió en ella hombres armados, y dió un magnífico banquete á Simon y á sus hijos. Cuando estos se hallaban mas regocijados, Tolemeo se levantó de la mesa, salió de la sala del banquete, y volviendo á entrar con los hombres que tenia escondidos, mataron á Simon y á sus dos hijos y á algunos de sus criados; y cometió Tolemeo una gran perfidia en Israel y volvió mal por bien, dice el texto sagrado.

Inmediatamente envió el pérfido y cruel Tolemeo un correo al Rey Antíoco, con quien se creía procedía de acuerdo, pidiéndole tropas en su socorro, y prometiéndole que le entregaría el pais y sus ciudades y los tributos antiguos, de cuyo pago estaba libre la Judea. Envió al mismo tiempo asesinos á Gazara para que matasen á Juan, y escribió á los tribunos (Comandantes del ejér-

cito) que se viniesen á él y les daría plata, oro y muchos dones. Despachó en fin tropas á ocupar á Jerusalen y el monte del templo. Todo estaba perdido, si tantas medidas, y al parecer tan bien tomadas, hubieran salido al parricida Tolemeo del modo que él lo esperaba; pero el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob que velaba sobre los intereses de su pueblo escogido, no permitió que tuviesen efecto. Suscitó un Israelita fiel, que testigo de la sangrienta tragedia de Doc, corrió á Gazara donde llegó todo fuera de sí, y avisó á Juan: que su padre y hermanos acababan de ser asesinados por su cuñado Tolemeo, hijo de Abobo, y que venian muchos hombres en camino á hacer lo mismo con él. Pensó morir de dolor el jóven General con esta noticia. Todo ocupado de la desolacion de su familia apenas pensaba en asegurar su propia vida. Mas vuelto al fin sobre sí, esperó prevenido á los asesinos, les hizo prender, y mandó matar á los que venian á matarle.

Desconsuelo de Israel por la pérdida de Simon y sus dos hijos, y consuelo al ver las virtudes de Juan que era el tercero y sucedió á su padre.
 Israel enterró é hizo magnificas honras á Simon y á sus hijos, lloró la pérdida que acababa de sufrir, y tarde se habría consolado de ella, si su hijo Juan, en todo semejante á su padre, no hubiera dado desde luego las mas bien fundadas esperanzas de un dichoso gobierno, y no se hubieran descubiertó en él las mas bellas acciones en circunstancias tan delicadas. Se vió desde luego que Juan reunía en su persona las virtudes de los hijos de

Matatías, como reunía las dignidades de que ellos habian estado revestidos. Apenas tomó Juan posesion de la dignidad de gran Sacerdote, y de General de las armas de la nacion, cuando se advirtieron en él la valentía de sus tios Judas y Jonatas, la prudencia de su padre Simon, y el zelo de su abuelo Matatías por la gloria de la religion y la felicidad de su pueblo. Juan fue un héroe, como los demas de su familia, pero la relacion individual de sus heróicas acciones se ha perdido, y esta pérdida nos ha privado de una buena parte de la preciosa historia de los valientes Macabeos.

Perdida del diario del Sacerdocio de Juan, y conservacion de dos cartas pertenecientes á la Sagrada Escritura. Y las demas acciones de Juan, concluye el historiador sagrado, sus guerras, sus empresas, en las que se portó tan valerosamente, la reedificacion de los muros que levantó y todas las cosas que hizo... todo esto se halla escrito en el diario de su Sacerdocio, desde que fué hecho Principe de los Sacerdotes despues de su padre. Este sagrado diario es el que se ha perdido. Pérdida irremediable, que no puede suplirse por las historias profanas, cuya verdad nunca puede llegar á ser infalible por mas autorizada que aparezca. Sin embargo, nos ha quedado en su lugar un fragmento, que la venerable antigüedad nos ha conservado, y que aun cuando no forma historia seguida, nos da ideas y noticias preciosas, de las que no es justo privar á nuestros lectores. Este sagrado fragmento se compone de dos cartas escritas por los Judíos de Jerusalem á sus hermanos los Judíos de

Egipto con la diferencia de diez y nueve años de fecha; pero como forman un escrito bastante dilatado, daremos solamente un extracto de ellas; ya porque así lo pide el compendio de la historia de la religion que venimos escribiendo, y ya porque la mayor parte de los hechos que en ellas se refieren quedan escritos en este compendio.

Advertencia acerca de ellas. Mas para que los lectores formen idea clara del contenido de este fragmento, es necesario advertir, que Tolemeo Soter, Rey de Egipto, hizo trasladar á su reino un crecido número de Judíos: que otros fueron á vivir allá atraídos de la fertilidad del país y de la buena acogida que hallaban en el Príncipe; y que otros, en fin, fueron empujados á aquella tierra de asilo por la violencia de las persecuciones. Establecido este gran número de Judíos en aquel reino, edificaron en él un templo sobre el modelo de el de Jerusalem, sin atender á que estaba severamente prohibido que se ofreciesen sacrificios al Señor fuera del templo de la ciudad santa. Acaso se deslumbraron por aquel pasage, donde dice Isaías: el altar del Señor en aquel dia estará en medio de la tierra de Egipto; pero es fuera de duda, que el Profeta en este pasage no hablaba de los tiempos de los Judíos, sino de los de Jesucristo. Bien persuadidos los Judíos de Jerusalem, que componian la Sinagoga madre, de que solo en aquel templo se podian y debian ofrecer los sacrificios, escribieron á los de Egipto con el fin de apartarles del culto que daban al Señor en un lugar ilegítimo, llamando para esto su atencion á que celebrasen

las mismas fiestas y en los mismos dias que ellos, excepto los sacrificios y algunas ofrendas que solo podian presentarse en el templo de Jerusalem. Hechas estas advertencias, vamos ya á compendiar las cartas citadas.

Carta primera. Los Judíos que están en Jerusalem y en la tierra de Judá, á sus hermanos los Judíos que están en Egipto, salud y buena paz. Hágaos Dios bien, y acuérdesese de la alianza que hizo con Abraham, con Isaac y con Jacob, que fueron sus siervos fieles. A todos os dé un mismo corazon con que le adoreis y hagais su voluntad con deseo grande y ánimo elevado. Ábra vuestro corazon para que entendais acerca de su ley y de sus mandamientos, y os dé la paz. Oiga vuestras oraciones y se reconcilie con vosotros (perdonándoos el pecado de haber levantado un templo fuera de Jerusalem) y no os desampare en el tiempo malo. Nosotros estamos aqui orando sin cesar por vosotros. Ya en el año de ciento sesenta y nueve, reinando Demetrio, os escribimos en medio de la tribulacion y el quebranto que en aquellos dias malos vinieron sobre nosotros con motivo de haber abandonado Jason la tierra santa y el reino (de haber apostatado). Véase el fólío 163 de este tomo cuarto. Entonces fué cuando nuestros enemigos quemaron las puertas del templo y derramaron la sangre inocente; mas nosotros clamamos al Señor y fuimos oidos. Ofrecimos los sacrificios y la flor de la harina, encendimos las lámparas y presentamos los panes; y ahora deseamos que celebreis con nosotros los dias de

la Scenopegia (purificacion) del mes de Casleu.

Carta segunda. El año de ciento ochenta y ocho, el pueblo que está en Jerusalem y en la Judea, el Senado y Judas, á Aristobulo, que es del linage de los Sacerdotes sagrados, y Maestro del Rey Tolemeo, y á los Judíos que están en Egipto, salud y prosperidad. Habiéndonos librado el Señor de grandes peligros, le damos humildísimas gracias, porque despues de pelear contra Antíoco y contra la multitud de gentes que hizo venir de la Pérsia á guerrear contra nosotros y contra la ciudad santa, triunfamos de ellos. Vuelto Antíoco con su grande ejército á la Pérsia murió en el templo de la diosa Nanea, sorprendido por la astucia de los Sacerdotes de la diosa; habiendo ido Antíoco y sus amigos al templo de Nanea como para desposarse con ella, y recibir grandes sumas de dinero á título de dote, los Sacerdotes las presentaron á su vista, mas luego que entró el Rey con los suyos para tomarlas, los Sacerdotes cerraron de repente las puertas del templo, y entrando por una puerta secreta, mataron á pedradas al Rey y á los que estaban con él. Les hicieron pedazos, y cortándoles la cabeza, les arrojaron fuera del templo. Dios que entregó los impíos, sea bendito por todo.

Los Judíos de Jerusalem despues de referir á sus hermanos de Egipto las misericordias que el Señor habia usado con ellos, pasan á exhortarles, como en la primera carta, á que celebren la festividad de la purificacion del templo, añadiendo: que tambien desean que celebren el dia de la apa-

ricion del fuego sagrado. Debiendo, les dicen, celebrar nosotros la purificacion del templo el dia veinticinco del mes Casleu, hemos juzgado hacé-roslo saber para que tambien vosotros celebreis este dia, y el de el fuego que fué dado, cuando Nehemías, reedificado el templo y el altar, ofreció sacrificios... Aqui refieren todo lo que dejamos escrito acerca de este fuego milagroso al fólío 129 de este tomo, la exhortacion que hizo Jeremías á los que salian al cautiverio y la ocultacion del arca santa del propiciatorio y del altar del incienso en una cueva desconocida, segun queda dicho circunstanciadamente á los fólíos 366 y siguientes del tomo tercero, donde todo puede y debe volver á leerse. Les hablan tambien de la Biblioteca que habia formado Nehemías, recogiendo de varios paises los libros del real Profeta David y de los otros Profetas, las cartas de los Reyes, y las auténticas de sus donativos. Les dan noticia de haber recogido Judas todos los escritos que se habian perdido, durante la guerra, y de los que tenian en su poder. Si pues, les dicen, apeteceis estas cosas (estos preciosos escritos), enwiad quien os los lleve. Repetimos, concluyen, que estando para celebrar la purificacion del templo, hareis bien, si celebrais estos dias, porque Dios, que libró á su pueblo, y restituyó á todos la herencia, el reino, el Sacerdocio y el Santuario, como lo tenía prometido en la ley, se apiadará luego de nosotros y nos juntará de toda la tierra en el lugar Santo.

Falta de historia sagrada del antiguo testamento y suplemento con la profana. Aqui con-

cluye lo principal que contienen estas preciosas cartas y con ellas toda la historia sagrada del antiguo testamento. Tambien aqui debería concluir este compendio de la historia de la religion por lo que toca al antiguo testamento, en atencion á que todo debe sacarse de los libros santos, como se dice en su título; pero median desde la fecha de la segunda de estas dos cartas, que es del año de ciento ochenta y ocho del reino de los Griegos en Asia, correspondiente al de tres mil ochocientos ochenta y tres del mundo, hasta la venida del Mesías, ciento diez y siete años, cuya historia es preciso suplir con la profana, sopena de dejar mas de un siglo sin historia; y esto sería bien sensible á la generalidad de nuestros lectores, que no habiendo hecho un estudio de las historias profanas, no podrían unir la del antiguo testamento con la del nuevo. Por tanto hemos preferido suplir con la historia profana este vacio, que siempre dejaria un deseo en los lectores y un descuberto en el compendio de esta historia. Debemos venerar y adorar las disposiciones del Señor, que quiso dejarnos por mas de un siglo sin historia sagrada del antiguo testamento; pero esta veneracion no debe impedir que para suplir, en el modo posible, esta falta, nos aprovechemos de la profana. En esta atencion volveremos á tomar el hilo de la historia del reino de los Griegos, de ese reino con quien tantas peleas tuvieron los hijos de Israel; y concluida, seguiremos la del pueblo escogido hasta la venida de Jesucristo.

**HISTORIA PROFANA DESDE ANTÍOCO
SIDETES HASTA EL FIN DEL REINO
DE SIRIA.**



Ya vimos que Antíoco, llamado Sidetes ó Evergetes, murió en la Pérsia apedreado en el templo de la diosa Nanea. Con la vida de este impío, que acabó el año de ciento ochenta y tres de los Griegos, se concluyó la persecucion que la Siria habia hecho á Israel desde el reinado de Seleuco tercero, llamado Epifanes, cuyo reinado y persecucion principió el año de ciento treinta y cuatro cuando envió á Heliodoro á tomar los tesoros del templo. Tenía el sobredicho Sidetes tres hijos; pero ninguno le sucedió inmediatamente en el reino, acaso por ser todos menores de edad. Entonces vino de la Pérsia su hermano Demetrio, despues de haber estado destronado y prisionero nueve años en ella, y volvió á ocupar el trono de sus padres cuatro años, hasta que fue muerto en Tiro por el mismo que él habia puesto Gobernador de aquella ciudad.

Ruina del reino de Siria y atrocidades de la Reina Cleopatra. Desde aquí ya la Siria se vió inundada de Príncipes que aspiraban á ceñirse la corona, y no pudiendo conseguirlo, la hicieron pedazos y cada uno tomó la pieza que pudo. Cleopatra, la hija de Tolemeo Filometor, Rey de

Egipto, era la principal en esta confusión. Infiel á su primer marido Alejandro, á quien abandonó en la desgracia, no menos infiel á Demetrio, con quien se casó, viviendo Alejandro, aun pasó á casarse con Antíoco Sidetes, hermano de Demetrio. Seleuco á quien Cleopatra habia tenido de Demetrio, tomó el título de Rey en las provincias confinantes á las que gobernaba su madre; mas temiendo esta furia que su hijo, á título de Rey quisiese estender su dominio á las que ella gobernaba, arrastrada ademas del ansia de mandar en las que gobernaba su hijo, le convidó á una reunion importante, y cuando menos lo pensaba, le atravesó con su propia mano un puñal por el pecho. Trajo luego á su lado otro hijo que habia tenido tambien de Demetrio, cuya poca edad la proporcionaba mandar por algunos años, en los que el hijo ocuparia el trono y la madre el gobierno. Se llamaba Antíoco, y á causa de su nariz corba, se le dió el nombre de Grifo. Temiendo la fiera Cleopatra que Grifo se substrajese de su autoridad, ya porque este se adelantaba en edad, y ya por los trastornos que sufría la Siria en aquel tiempo, trató de que pasase el cetro, roto como estaba, á otro hijo que habia tenido de Sidetes. Era de tierna edad, y asi esperaba ella que podría mandar por mucho tiempo, mas para todo esto era preciso deshacerse de Grifo; pero nada importaba á Cleopatra entregar al veneno la vida de este segundo hijo, como habia entregado al acero la vida del primero. Para ejecutarlo esperó una ocasion, y se la presentó el cansancio de una

cacería Venia Grifo de ella muy acalorado y á pre-
 texto de refresco le presentó su madre una copa.
 El Rey, ó temeroso de lo que podia hacer una ma-
 dre que habia ya clavado el puñal en el seno de
 su hermano, ó advertido con tiempo, no quiso
 beberla, sino bebia primero su madre. Se disputó
 como obsequio de honor, el que lo era de muerte.
 Quanto mas se resistía la Reina á beber, tanto
 mas se aseguraba el Rey de que la copa estaba
 envenenada, y entonces dijo resueltamente: que
 solo bebiendo la Reina primero podría destruir
 las sospechas de que la copa estaba envenenada.
 Esto pasaba delante de toda la córte, y no pudien-
 do sobrevivir Cleopatra á su ignominia, bebió la
 copa y murió. Reina perversa que apenas tendrá
 entre los hombres quien la exceda en maldad.
 Cleopatra fue una mala esposa, se casó y descasó
 á su placer y su antojo, y causó la muerte de dos
 de sus maridos. Tuvo cuatro hijos, mató á uno
 con su propia mano armada del acero, y quiso
 matar á otro dándole tambien con su mano la
 copa del veneno. Tal fue el presente funesto que el
 Rey Tolemeo hizo en la fiera Cleopatra, su hija,
 al reino de Siria; á este reino agonizante de los Se-
 leucidas, cuya historia ya no es otra cosa que una
 mezcla espantosa de todos los crímenes. Venenos,
 asesinatos, fratricidios, parricidios, filicidios, re-
 gicidios... todo se reúne en él y se sucede á la vez.
 Cinco hijos de Antíoco Grifo reinan y perecen su-
 cesivamente de muerte violenta. El reino dividido
 se encuentra con dos capitales, Antioquía y Da-
 masco. Muchas ciudades se erigen en repúblicas,
 ó pueblos libres. Las viudas y hermanas de los

Reyes se forman por usurpaciones sus pequeños reinos, que trasladan á sus esposos en sus casamientos. Cada individuo de las familias reales quiere ser un Rey; hasta que por último la confusión llegó á ser tal, que cansados los Sirios de sufrir á todos estos Reyezuelos encarnizados unos contra otros, llamaron á Tigranes Rey de la Armenia para que los gobernase.

Fin del reino de Siria, sumergido en el imperio de Roma. Los Romanos solicitados sin cesar por los competidores á la corona de Siria, se guardaron muy bien de dar preponderancia á los unos sobre los otros. Recibían con mucha atención sus embajadores, aceptaban los presentes que les hacían, y entre buenas palabras y lisongeras promesas, dejaban á todos que se arruinasen alternativamente; mas cuando vieron que reinaba Tigranes, creyeron que había llegado el tiempo de recoger el fruto de su astuta política. Declararon la guerra á este Rey, y Pompeyo, que fue el encargado de hacerla, le venció y se hizo dueño del reino. Entonces uno de los pretendientes, que se creía con mejor derecho á la corona de Siria, se presentó al General romano, esperando, que por los muchos y grandes presentes que había hecho á los Senadores, y las palabras que se le habían dado, conseguiría ser restablecido en el trono de sus ascendientes; pero Pompeyo le dijo: el reino de Siria era ya de Tigranes. Nosotros hemos vencido á Tigranes y conquistado su reino. Hemos entrado en todos los derechos de Tigranes, y por tanto el reino de Siria pertenece ya á los Romanos, que sabrán defenderle mejor que vosotros. De este mo-

do el reino de Siria, una de las piedras más preciosas de la corona del grande Alejandro, vino á sumergirse al fin de dos siglos y medio en el pié-lago inmenso del imperio romano.

**HISTORIA DEL ANTIGUO TESTAMENTO,
DESDE JUAN HIRCANO HASTA JESUCRISTO,
SACADA DE LOS LIBROS PROFANOS Á
FALTA DE LOS SAGRADOS.**

Juan Hircano. La última acción que de Juan, por sobrenombre Hircano, hijo del anciano y sumo Sacerdote Simon, nos refiere la Historia sagrada, es la justicia que hizo en los que, de orden de Tolemeo, el asesino de su padre y hermanos, venían á matarle. Vamos, pues, á continuarla, guiados de la historia profana á falta de la sagrada.

Hircano, después de hacer morir á los que venían á matarle, corrió á Jerusalem para prevenir los grandes males que causaria Tolemeo, si llegaba con los suyos á apoderarse de ella. Se dice que cuando Tolemeo entraba por una puerta, Hircano entraba por otra; pero lo que no tiene duda es, que Hircano fue recibido, no solo con preferencia, sino proclamado con grande alegría Príncipe de Israel, y sumo Sacerdote del templo, como lo había sido su padre. Tolemeo huyó de Jerusalem, donde corría peligro su vida, y fue á refugiarse al Rey de Siria, Antíoco Sidetes, que se

cree haber sido el autor principal de la escena de Doc con la intencion de deshacerse de la familia de los Macabeos á quienes temia. Sidetes vino inmediatamente con su ejército sobre Jerusalem, cercó la ciudad y sentó sus reales á la parte del mediodia, por donde parecia mas facil la entrada. Hircano salió luego contra él, y valiente como sus ascendientes, echó por tierra sus torres y máquinas y le obligó á huir lejos de sus muros. El Rey volvió sobre la ciudad, y no daba señal de desistir de su empresa, pero se acercaba la fiesta de los tabernáculos y la piedad de Hircano le pidió una tregua de los dias que se necesitaban para celebrarla. El Rey, no menos piadoso que Hircano en esta ocasion, no solo convino en ella gustoso, sino que ofreció riquísimos dones y gran número de víctimas para celebrarla. Hircano encantado de esta liberalidad, trató de la paz, y propuestas por una y otra parte las condiciones para levantar el sitio, ofreció y entregó generoso una gran cantidad de dinero. Nada se dice aqui en favor del parricida Tolemeo, el cual despreciado, como sucede á todo traidor despues de la traicion, vivió en la oscuridad, sin que se haya sabido el castigo que recibió por sus horrendos delitos. El Rey se encaminó á la Pérsia, donde, como ya hemos dicho, fue muerto á pedradas en el templo de la diosa Nanea.

Se acaba la persecucion de los Sirios contra el pueblo de Dios y le gobierna Hircano con paz y felicidad. Esta muerte de Sidetes puso á Hircano en estado, no solo de sacudir para siempre el yugo de los Reyes de Siria, sino tambien de dila-

tar sus dominios. Se apoderó de una parte de la Arabia, y lo mismo hizo de la Fenicia. Volvió sus armas contra los Samaritanos. Tomó al paso el puerto de Alepo, y las poblaciones de Simega y Siquem, y por último su capital Samaria despues de un año de cerco. La igualó con la tierra y destruyó en seguida su templo, edificado sobre el monte Garicin por Sanaballat habia ya doscientos años. Sujetó á los Idumeos é hizo que se circuncidasen y siguiesen la ley de los Judíos, con los que vivieron incorporados hasta la destruccion de Jerusalem y del templo despues de Jesucristo por Tito y Vespasiano. Estendió en fin su dominio no solo por la Samaria, sino tambien por la Galilea y muchas ciudades confinantes, de modo que llegó á ser tenido por el mas poderoso entre los Príncipes de aquella parte del Asia. No fue menos señalado el tiempo de su Pontificado por su sábio gobierno, que por sus hazañas exteriores. Hircano fue el primero que fundó en Jerusalem hospitales para los pobres, especialmente para los peregrinos. Restableció el culto en toda su pureza, dando el primero su ejemplo, é hizo que el templo recibiese un nuevo esplendor. Fortificó los muros de Jerusalem, puso á la nacion en el estado mas floreciente y murió el año de tres mil ochocientos noventa y ocho, ciento dos antes de Jesucristo y veintinueve de su Pontificado.

Fariseos, Saduceos y Esenos. Habia en su tiempo tres sectas entre los Judíos. Fariseos, Saduceos y Esenos. Los Fariseos aventajándose á los otros en ciencia, y profesando todo lo esencial de la ley de Moisés y de los Profetas, guar-

daban al mismo tiempo con nimiedad y hasta con obstinacion muchas tradiciones y ceremonias inventadas por ellos, y por esta observancia y sus mantos que les distinguian de los demas, se creían mejores que ellos. Llevaban al rededor de la cabeza, formando corona, unas listas de pergamino, que llamaban filacterias, cuyos remates caían sobre la frente, y en los que se veían escritos los diez mandamientos. Las mismas listas llevaban sobre el brazo izquierdo. Sus mantos llegaban hasta los talones, y tenían gran vanidad en estender sus franjas y sus orlas ondeadas. Ayunaban, oraban y hacían sus limosnas en público para que les viesen los hombres, y les alabasen, y esta vanidad era la que maleaba todas sus buenas obras y hacía que prefiriesen con frecuencia el orgullo de sus tradiciones á la humildad de la ley. En una palabra, los Fariseos se distinguian de todos los demas por su altivez, vanidad y soberbia. Los Saduceos eran por lo comun de poco saber, pero de mucho poder. Negaban varios artículos esenciales de la ley. No recibian mas libros sagrados que los cinco del Péntateuco ó de Moisés, que son el Génesis, el Exodo, el Levítico, los Números y el Deuteronomio. Sus costumbres, al contrario de las de los Fariseos, eran laxas y propias para agradar á los grandes y á los poderosos, acostumbrados á los placeres, y esto les adquiria poderosos y ricos partidarios. En suma, los Saduceos apenas contaban con otros bienes que los de este mundo, y así podemos considerarlos como los Epicuros del judaismo. Los Esenos eran unos hombres piadosos, procuraban cumplir con exactitud la ley del Se-

ñor y observaban toda justicia. Vivian de comun, no comian carne ni bebian vino. Gastaban vestidos pobres, pero aseados. Tenian su tiempo de oracion antes de salir el sol, trabajaban en el dia y comian por la tarde, cuyo tenor de vida alargaba mucho sus años. De ellos se formaban los que llamaban Terapeutas, y que se distinguian de los demas en que se dedicaban á la vida contemplativa, entregados enteramente á la piedad, mientras que los otros llevaban una vida activa, ocupados en el ejercicio de las virtudes. La vida de los Esenos, particularmente la de los Terapeutas, se parecia mucho á la de los primeros cristianos, especialmente á la de los monges; y los Terapeutas pudieron traer su origen de los Recabitas, á los que prometió el Señor que no faltaría varon de la descendencia de Jonadab, hijo de Recab, que estuviese delante de él todos los dias. Véase *Recabitas* en el primer tomo.

Judas Aristóbulo el mayor de los cinco hijos de Hircano primero, sucedió á su padre en el Pontificado y en el Principado; pero no contento con estos títulos que habian llevado sus ascendientes desde la cautividad de Babilonia, tomó el de Rey, que ninguno habia tenido desde aquel tiempo en el espacio de casi cinco siglos. Casó con Alejandra de la que no tuvo hijos. Luego que subió al trono puso en prision á su madre y hermanos. La madre murió en ella consumida del hambre, y los hermanos quedaron allí hasta su muerte, excepto Antigono, á quien hizo morir por sospechas. Algunos quieren echar la culpa de todo esto á su muger Alejandra, pero nunca hay excusa para per-

mitir y menos para ejecutar semejantes delitos. Sugetó á la Iturea, provincia de la Arabia Petrea, confinante con la Judea por oriente y mediodia, y obligó á los Itureos, ó á salir de la provincia, ó á circuncidarse y profesar el judaismo, como lo habia hecho su padre Hircano con los Idumeos. Ellos eligieron quedarse en su patria, en la que permanecian en tiempo de San Juan Bautista, bajo el gobierno del Tetrarca ó Príncipe Filipo, uno de los hijos de Herodes. Reinó Aristóbulo solo un año y murió despedazadas las entrañas y arrojando sangre. Muerte bien merecida.

Alejandro, por sobrenombre Janeo, sucede á su hermano Aristóbulo. Alejandra, muger de Aristóbulo, sacó de la prision á los hermanos de su marido, siendo uno de ellos Alejandro. Se casó con este hermano de su difunto esposo Aristóbulo, le colocó sobre el trono, y Alejandro reinó veintisiete años, tiempo demasiadamente largo para un reinado cruel. Quitó Alejandro la vida á uno de los dos hermanos que habian salido con él de la cárcel, y que le causaba recelos; y perdonó al restante llamado Absalon, porque solo aspiraba á la vida quieta y regalada. Destruyó muchas ciudades y mató muchos miles de ciudadanos. Quiso, despues de tantos extragos, conciliarse los ánimos de los Judíos, pero le dijeron: que se matase, y que solo asi conseguiría su efecto. Irritado en extremo Alejandro con este sarcasmo, mandó prender hasta ochocientos de los principales, y los crucificó en Jerusalem en un mismo dia y en un mismo sitio, y lo que puso el colmo á su crueldad fue, que hizo degollar delante de los moribundos

á sus mugeres y sus hijos, presenciándolo él mismo desde la sala del banquete que daba á sus concubinas. Al fin habia vivido borracho de furor y murió borracho de vino.

Alejandra, muger de Alejandro Janeo. Tomó el gobierno del reino luego que espiró su marido, ayudada por los Fariseos. Estos fueron los principales que le habian resistido; pero habiendo dispuesto éste al morir que les entregase Alejandra su cuerpo para que tomasen venganza, les agradó tanto esta disposicion, que no solo le hicieron magnificas honras, sino que ayudaron poderosamente á colocar á su viuda esposa en el trono. Reinó con paz Alejandra, sostenida por los mismos que la habian puesto el cetro en la mano. Tenia dos hijos. Al mayor que se llamaba Hircano, como su abuelo Juan, y tenía ya treinta años, le colocó con aplauso del pueblo en el soberano Pontificado, y al segundo llamado Aristóbulo, le conservó á su lado para ayudarla en el gobierno que se reservó para sí, quedando de este modo separado el Pontificado del trono. Murió Alejandra á los setenta y tres años de edad y nueve de reinado, dejando declarado por Rey á Hircano su hijo mayor.

Época notable. El año en que murió Alejandra era el tres mil novecientos treinta y dos del mundo, y sesenta y ocho antes de Jesucristo, y en él nació aquel Herodes que habia de manejar el cetro de Judá cuando naciese el Mesías. Era hijo de Antípatro, por nacimiento Idumeo, y por eleccion prosélito Judío, es decir, extranjero del pueblo de Dios; pero circuncidado é incorpora-

do con él. Antípatro figuró muy principalmente en las guerras de los dos hermanos Hircano y Aristóbulo.

Hircano segundo, nieto de Juan Hircano, ó sea de Hircano primero, sucedió en el reino por declaracion de su madre Alejandra; pero luego fue inquietado por su hermano Aristóbulo que le declaró guerra sobre la posesion del trono, á pesar de la declaracion de su madre. Juntó cada uno su ejército; y los Fariseos que defendian el partido de Hircano se apoderaron de la muger é hijos de Aristóbulo, y los retuvieron en rehenes. La primera batalla, que se dieron los dos hermanos, decidió la cuestion. La perdió Hircano, y Aristóbulo recobró su familia y se apoderó, no solo de la dignidad de Rey, sino tambien de la de sumo Sacerdote que poseía Hircano desde el principio del reinado de su madre.

El General Pompeyo toma prisionero á Aristóbulo que habia destronado á Hircano. Hircano arrojado de Jerusalem por su hermano, se dirigió á Pompeyo, General romano, que se hallaba en Damasco, á quejarse de la injusticia de su hermano. Pompeyo recibió como justa su queja y vino á la Judea con su ejército. Aristóbulo, conociendo que no podia resistirle, salió á recibirle, y Pompeyo le retuvo en custodia y llevó consigo á Jerusalem. Habia en la ciudad dos partidos, uno que favorecia á Hircano y otro á Aristóbulo. Este, que debia ser el mas fuerte, negó la entrada al General romano; pero el General cercó la ciudad y logró entrar en ella ayudado de los partidarios de Hircano. Entonces los de Aristóbulo se retira-

ron al templo y se encerraron en él. Pompeyo le rodeó y combatió, y consiguió tomarle despues de tres meses de cerco. Entró en él y llegó hasta el Sancta Sanctorum; pero ni tocó en sus tesoros, ni en sus vasos sagrados.

Vuelve á Hircano el Pontificado, pero reduce el reino á un género de provincia de Roma. Mandó que se continuasen ofreciendo en él los sacrificios y volvió á Hircano el Pontificado; pero no la dignidad real, porque hizo á la Judea tributaria de Roma y la convirtió en un género de república. Y aquí tenemos ya á Antípatro, padre de Herodes, figurando en Judea. Pompeyo le hizo procurador de ella, y despues de haber privado á Hircano del titulo de Rey que habia tomado Judas Aristóbulo hacía cuarenta y tres años, y de haberle confirmado en el Pontificado, salió para Roma llevándose cautivos á su hermano Aristóbulo, á sus dos hijos Alejandro y Antígono, y á sus dos hijas. Cuando Pompeyo salió para Roma, quedó en la Judea el General Gavinio. Alejandro, el mayor de los dos hijos de Aristóbulo, se huyó en el camino y volvió á renovar la guerra en la Judea, pero luego fue cercado por Gavinio y Antípatro que siempre servia al partido de Hircano; y cuando estaba ya para ser aprisionado salió de este paso por la mediacion de su madre y del mismo Antípatro con el General romano.

Gavinio, sucesor de Pompeyo, divide la Judea en cinco gobiernos. Entonces fue cuando Gavinio dividió la Judea en cinco toparquías ó gobiernos; señalando sus capitales, que fueron, Jerusalem, Doran, Amatunta, Jericó y Seforin, y poniendo

en ellas sus Gobernadores. De este modo los Judíos que habian sido librados de la dominacion monarquica, ó de uno solo, quedaron sujetos á la dominacion democrática ó de muchos. Poco despues de hecha esta division se huyó Aristóbulo de Roma y llevó la guerra á la Judea como habia hecho su hijo Alejandro; pero fue menos venturoso. Gavinio le derrotó, tomó por asalto la plaza en que se refugió, y le volvió á enviar á Roma cubierto de heridas. En tiempo de Casio emprendió segunda vez la guerra en la Judea su hijo Alejandro, mas fue derrotado por este General, ayudado de Antipatro, que siempre estaba contra Aristóbulo y en favor de Hircano. En este tiempo se hizo César dueño de Roma, y trataba de enviar á Aristóbulo á la Judea para que resistiese á Antipatro, partidario de Pompeyo, pero dieron veneno á Aristóbulo y se atribuyó esta muerte á los amigos de Pompeyo; tanto mas, cuanto por su orden habia sido degollado en Antioquía su hijo Alejandro.

Antipatro se atrae el afecto de César, logra el título de Procurador general de la Judea y hace gobernadores de Jerusalem á su hijo Faseló, y de Galilea á su hijo Heródes. Al punto que supo Antipatro la muerte de Pompeyo asesinado por Tolemeo en Egipto, llevó socorros abundantes á César, y consiguió de él la misma estimacion que le habia dispensado Pompeyo. Las distinguidas pruebas de valor que Antipatro dió en la batalla que facilitó á César la conquista de Egipto, le merecieron el honor de ciudadano de Roma y el título de Procurador general de Judea. Antipa-

tro, rodeado de honor y revestido de autoridad, volvió á Jerusalem con Hircano á quien llevaba siempre al frente, y á quien regalaba las honras, reservando para sí el poder. Entonces fue cuando se aprovechó de la division que Gavinio habia hecho en la Judea de toparquías ó gobiernos. Dió el de Jerusalem á Faselo, su hijo primero, y á Herodes que era el segundo el de la Galilea. Recorrió Antípatro la Judea con Hircano, como si fuera sugeto á las órdenes de este Pontífice, pero realmente solo iba sugeto á las suyas.

Gobierno arbitrario y cruel de Herodes y muerte de su padre Antípatro. Herodes, su hijo, obra en su nuevo gobierno de un modo enteramente arbitrario. Prendió á un tal Ezequías, cabeza de una tropa indisciplinada y le mandó matar juntamente con todos sus compañeros sin forma de juicio. Esta crueldad dió motivo á los envidiosos de la fortuna de Antípatro y sus hijos, para acusar justamente á Herodes, citándole ante el Sane drin, ó tribunal de los setenta, presidido por Hircano. Herodes que habia principiado á dar pruebas de su altivez y crueldad con estas muertes, se presentó, no en el traje de un reo que va á dar cuenta de su conducta, sino vestido de púrpura, y rodeado de una juventud atrevida y armada. Este aparato sobrecogió al tribunal y ninguno se determinaba á acusarle, hasta que Sameas, hombre respetable por su saber y su integridad, se levantó, é hizo cargo á Herodes, no solo de la maldad que le traía ante el tribunal, sino tambien de su atrevimiento en comparecer en él, como quien viene á desafiar á los Jueces, y con-

•luyó diciendo: lo que me pasma es que te sufran el Sanedrin y el Pontífice; pero Dios no es menos poderoso que justo, y tiempo vendrá, dijo á los Jueces, en que este mismo Herodes, á quien quereis librar por agradar á Hircano, castigue á vosotros y á Hircano. Esta profecía tuvo su cabal cumplimiento, porque habiendo subido Herodes al trono, quitó la vida al gran Sacerdote y á todos los Jueces, escepto á Sameas, á quien miró siempre con respeto. Por ahora Herodes se retiró con altivez de un tribunal que nada decidió contra él. En este tiempo, Malco, recaudador de los caudales de la Judea, lleno de envidia al ver la felicidad de Antípatro, ganó al copero de Hircano, y logró que le diese veneno en la mesa del Pontífice. Antípatro murió envenenado el año de treinta y nueve antes de Jesucristo: no tardó mucho en pagar esta muerte Malco, porque Herodes le hizo matar á puñaladas al lado mismo de Hircano.

Los Partos colocan á Antígono en el trono de Jerusalem y se llevan prisionero al Príncipe y Pontífice Hircano. El Senado Romano da á Herodes el título de Rey de los Judíos. El año treinta y dos del Pontificado de Hircano, solicitados los Partos por Antígono, hijo menor de Aristóbulo, el hermano de Hircano, invadieron la Judea, tomaron prisionero al Pontífice y á Faseo, hermano de Herodes y Gobernador de Jerusalem, y colocaron en el trono á Antígono que reinó por tres años. Luego que Antígono tuvo en su poder á su tío Hircano, mandó que le cortasen las orejas para que no pudiese volver á ejercer el ministerio, y este desgraciado anciano mutilado y afeado, fue

llevado al fin prisionero por los Partos. Faseló, temiéndole que le diesen tormento y no teniendo libres las manos, se mató, dándose de cabezadas contra una piedra. Herodes pudo librarse de los Partos y huyó á Roma, aunque era el rigor del invierno. Allí se presentó al Senado, expuso sus trabajos y peligros, y con su elocuencia, su dinero y sobre todo, con la proteccion de Antonio, consiguió mucho mas de lo que intentaba. Eran los deseos de Herodes derribar del trono á Antígono y colocar en él, no ya á Hircano mutilado y cautivo, sino á Aristóbulo, hermano de su querida Mariamne, para gobernar bajo de su autoridad, como lo habia hecho su padre Antípatro, bajo la de Hircano; pero el Senado no pensaba como Herodes. Tu reinarás, le dijo, y *le constituyó Rey de los Judios.*

Profecía de Jacob. No será quitado el cetro de Judá, habia dicho Jacob al morir, ni de su muslo el caudillo, hasta que venga el que ha de ser enviado, y éste será la espectacion de las gentes. Aqui tenemos ya arrebatado el cetro de Judá por Herodes, y á Judá sin caudillo de su descendencia. Por consiguiente el esperado por cuarenta siglos se acerca. Treinta y cuatro años solamente separan ya al Redentor de sus redimidos. El Mesías toca ya á las puertas de los que con tanta ánsia le esperan; Joaquin y Ana van á dar al mundo á María, la criatura mas preciosa y feliz del Universo. En el seno de esta Santísima Vírgen va á correr la sangre de que se ha de formar un cuerpo apropiado al hijo de Dios hecho hombre. El hijo del Eterno Padre va á encarnar en las entrañas de

María Santísima y de su purísima sangre. Los tiempos se apresuran, se abrevian y el hombre va á ver al hijo de Dios humanado y á conversar con él. ¡Feliz cercanía que adoran los Angeles, que piden los justos, que esperan los pecadores...! Pero no adelantemos la celebracion de tantas felicidades. Esperemos un momento al hijo del Eterno padre que baja del cielo á encarnar en la tierra.

Herodes ayudado de las tropas romanas toma á Jerusalem, y Antígono es decapitado. Luego que Herodes fue declarado Rey de los Judíos, salió de Roma para Tolemaida, donde tomó de auxiliares las tropas romanas que mandaba Silon para ir contra Antígono. Se dirigió á Jerusalem, pero habiendo hallado cerradas las puertas, le fue preciso acuartelarlas y pasar el invierno en sus cercanías. El año siguiente se pasó en continuos combates entre Herodes y Antígono, siendo comunmente favorables al primero. El año tercero se principió ya el cerco de la ciudad, y como se dilatase, Herodes pasó á Samaria y se casó con la hermosa Mariamne, hija de Alejandro, y de su muger Alejandra y nieta del sumo Pontífice Hircano, con la que no estaba mas que desposado. Celebrado el matrimonio y concluidas las bodas, Herodes se volvió al ejército, llevando nuevas tropas, y habiéndosele reunido las de Sosio, General de la Siria y Cilicia, activó tanto el cerco, que á los cinco meses fueron asaltados los primeros muros y poco despues los segundos. Entonces Antígono se cerró con los suyos en el templo, donde se sostuvo algun tiempo, pero tomado éste, Antígono se vió precisado á bajar de la torre en que

se habia refugiado y á entregarse al General Sosio, quien le puso en custodia con la intencion de llevarsele á Roma para adornar el triunfo de las armas romanas. Entonces Herodes, temiendo que el Senado le diese libertad, y tal vez, atendidos sus derechos, le restableciese en el trono, solicitó y alcanzó del Cónsul Antonio, que le decapitase en Antioquía á donde habia sido trasladado.

La nacion resiste hasta treinta y un años á la soberanía de Herodes. Deshecho Herodes de Antígono, ya no temió que los Príncipes de Judá volviesen á sacar el cetro de su mano, porque apenas quedaba alguna otra reliquia espirante de esta descendencia real. Sin embargo, la nacion resistió hasta treinta y un años á la soberanía de Herodes, porque siendo un extranjero, no debia ocupar el trono de Judá. En este tiempo Herodes, queriendo congraciarse con los Judíos y conseguir que le reconociesen por su Rey, no solo reedificó los muros de Jerusalem, que habian derribado las guerras, sino tambien el templo; y lo hizo con una magnificencia que, segun algunos, el templo quedó tan hermoso como habia estado en el tiempo de Salomon. Ocho años empleó en estas obras; pero no pudo conseguir con tan cumplidos obsequios que la nacion le reconociese, ni que dejase de resistirle, con lo que Herodes la cobró grande ódio, y particularmente á la descendencia de la casa real.

Herodes hace morir á Hircano, y á toda la descendencia real que descubre. Quema los libros de sus genealogias; deshace el Sanedrin de la Judea y mata á sus Jueces. En el año veintiseis de su ilegítimo reinado, vino el sumo Pontífice y

Príncipe real Hircano, después de haber sufrido una larga prision entre los Partos. Se hallaba ya este venerable anciano en edad de mas de ochenta años y deseaba dar el último á Dios á la tierra de los Patriarcas y dejar en ella sus huesos. Esperaba encontrar en Herodes el buen recibimiento que exigía la amistad y los grandes servicios que habia hecho á su padre Antípatro y á él mismo; pero Herodes no conocia amigos y bienhechores, y el infeliz Hircano solo encontró la indiferencia al principio y poco después la muerte. Era Herodes sumamente cabiloso, suspicaz y espantadizo, y como supiese que se daba á Hircano el tratamiento de Príncipe y sumo Sacerdote, como antes de su destierro, luego le mandó matar y desde este tiempo ya no perdía ocasion de deshacerse, bajo de cualquier pretexto, de todas las personas que traían su origen del linage real de Judá. Hizo ahogar á Aristóbulo, hermano de su amada Mariamne, mató á ésta y á su madre Alejandra; y mandó decapitar á Aristóbulo y Alejandro hijos de Mariamne y á cuantos descubrió del linage real. Bastaba que cualquiera fuese afecto á este linage para sufrir el despojo de los bienes y la muerte. Hizo llevar á su tesoro las preciosidades de las casas mas opulentas del partido de Antígono; confiscó los bienes de cuarenta y cinco ricos del mismo partido; les quitó la vida, y puso guardias á las puertas de sus casas, para que registrasen las cajas de los cadáveres en busca de dinero; y á fin de borrar de todo Israel el nombre de Judá, hizo quemar todos los libros de las genealogías reales, que se custodiaban en el tesoro del templo. El

año treinta de su reinado tiránico abolió el Sanedrín y quitó la vida á los setenta Jueces que le componian, acabando con esto de cumplir el anuncio de Sameas, que habia hecho á este famoso tribunal: que Herodes á quien perdonaba, acabaría con él y con su Presidente Juan Hircano.

Los Judíos reconocen á Herodes por su Rey, y este reconocimiento es una señal de la próxima venida de Jesucristo. Cansados los Judíos de ver tantas atrocidades ejecutadas por Herodes, y de presenciar tantas muertes de las personas mas principales de la nacion vinieron á rendirse, despues de treinta y un años de resistencia; consintieron en que reinase Herodes y su descendencia en Judá, y prometieron fidelidad y obediencia, no solo á Herodes, sino tambien á sus descendientes. Hecho este reconocimiento, reinó Herodes los seis años que le restaban de vida, sin que los Judíos tratasen ya de reconquistar su reino; y este fue el tiempo en que, arrancando el cetro irrevocablemente de las manos de Judá, y no ocupando ya el trono un Príncipe de su descendencia, debía nacer Jesucristo Nuestro Bien.

La purísima Virgen nace de los castísimos San Joaquin y Santa Ana. Joaquin, de la tribu de Judá y de la descendencia de David, tenía como unos veinte años de edad, y se casó con Ana de diez y seis, y de la misma tribu y descendencia. Despues de haber vivido muchos años estos virtuosos esposos en su matrimonio sin tener hijos, les concedió el cielo una hija, fruto hermoso de sus votos. Es una tradicion muy venerable que el Arcángel San Gabriel anunció á estos

santos esposos, que tendrían una hija, y que les mandó que la pusiesen por nombre María. Nació en efecto esta niña incomparable el día ocho del mes de Setiembre del año del mundo tres mil novecientos ochenta y cuatro y recibió el nombre de María segun el mandato del Angel. Vió la luz del mundo esta preciosísima niña en Nazaret, y su nacimiento causó al cielo un gran regocijo, de que no participó entonces la tierra por ignorarle. Desde el primer instante de su purísima concepcion la miraron los Angeles como hija primogénita del Omnipotente, Reina del cielo y Soberana del mundo; pero los hombres, de quienes habia de ser madre y mediadora, no la distinguieron de las demas hijas de Israel. Cuando llegó el tercer año de su edad, en que, segun costumbre, se destetaban los niños en el pueblo de Dios, sus padres la presentaron al Señor en su santo templo y la ofrecieron, en cumplimiento de su voto, á su santo servicio. La santísima niña, cuya razon se habia adelantado á la edad, ofreció al Señor un sacrificio mucho mas agradable que el de Isaac; el de su virginidad...

Descendencia de María Santísima y San José de la estirpe real de David. Pero dejemos á esta Santísima Virgen viviendo y creciendo, como otro Samuel, en las santas mansiones del templo del Señor, y pasemos á Nazaret, ciudad pequeña de la tribu de Neptali en Galilea. Allí encontraremos el varon justo que el Señor habia destinado para esposo de la santísima niña, este era José. Habia reunido en Nazaret su divina providencia las dos ramas reales de la casa de David. José hijo de Ja-

cob, nieto de Matan, y descendiente de Zorobabel por *Abiud* su primer hijo, formaban la una; y Heli ó Joaquin, hijo de Matat, nieto de Leví, y descendiente tambien de Zorobabel por *Rezas* su hijo segundo, formaban la otra; y de Joaquin era hija la Santísima Virgen. No se hace aqui sino compendiar la descendencia de la Santísima Virgen y San José de la estirpe de David, porque su entera insercion pertenece al nuevo testamento, donde la escriben los sagrados Evangelistas.

Ocupacion de San José. Por ilustre que fuese la ascendencia de José, sin embargo, él vivia al uso de su nacion. Como el ejercicio de las artes nada rebajaba en ella, ni de la nobleza, ni de la grandeza, se cree que José ejércia en Nazaret una de ellas, y que era la de carpintero. José vivió mucho tiempo sin tomar estado, segun acostumbraban sus padres desde la cautividad de Babilonia, y luego que Joaquin y Ana tuvieron una hija, vió en ella una parienta que las disposiciones de la ley le daban por esposa. Era una costumbre en Israel, que podía llamarse ley de nacion, no dejar de casarse con el fin y deseo de que descendiese de su sangre el Mesías, y pocas personas dejaban de hacerlo sin grandes motivos. Por otra parte la esterilidad de los matrimonios se miraba como una ignominia, y las personas que sin motivo dejaban de casarse, participaban de esta ignominia.

Voto de perpétua virginidad hecho por María Santísima. La Santísima niña vivía en unos tiempos y en una nacion que profesaba estas ideas, y los Sacerdotes del Señor, en cuyo templo se habia criado y vivia, pensaron, á falta de sus pa-

dres, en darla estado, y nada dudaron de que debian darla por esposa á José, primer acreedor, no solo por la ley, sino tambien por sus prendas personales. Nadie, sino Dios, supo el voto de virginidad perpétua que habia hecho la purísima niña hasta que la anunció el Arcángel San Gabriel que tendría un hijo, y se vió precisada á hacerle presente su voto, y aun entonces solo tuvo noticia de él un Arcángel; asi es que nadie se opuso á la celebracion de este desposorio admirable, ni la misma Santísima Vírgen, á quien comprometía; porque puesta en las manos de Dios, esperó llena de confianza que su divina providencia dispondría las cosas de modo que nada padecería su virginidad. La Santísima Vírgen se desposó con el castísimo José, que tambien habia hecho voto de virginidad, y este fue el primer matrimonio que vió el mundo de dos esposos consagrados á Dios por voto perpétuo de virginidad.

Preparaciones inmediatas para la venida del hijo de Dios. Todo, pues, estaba ya preparado para recibir al hijo de Dios, cuya venida se esperaba hacía cuarenta siglos. Ya la Vírgen, de quien nos habia dicho el Profeta Isaías que concebiría y pariría un hijo sin dejar de ser vírgen, tenía preparado su purísimo seno para que tomase en él y de él carne humana. Ya el hijo de Dios iba á bajar de la diestra de su eterno Padre á encarnar en el seno de la Santísima Vírgen por obra del Espíritu Santo, y á hacerse hombre sin dejar de ser Dios. Ya en fin, el hombre Dios iba á ser visto en la tierra y conversar con los hombres, como lo tenía prometido por su Profeta Baruc, á predicar á

los hombres el reino de Dios, y á redimirlos á precio de su santísima sangre. Treinta y tres años se habian decretado en los consejos eternos para esta inmensa obra, y cuando se hubieron cumplido, el hijo de Dios hecho hombre murió en cuanto hombre, resucitó en cuanto hombre, y volvió á sentarse á la diestra de su eterno Padre, de donde habia venido... Pero esto ya pertenece á una historia sin comparacion mas elevada que la que hemos venido escribiendo hasta aqui. Ya no pertenece al antiguo testamento, sino al nuevo. Pertenece á la historia del hijo de Dios hecho hombre, y esta historia apenas tiene semejanza con la que dejamos escrita (ni en la grandeza de los hechos, ni en la santidad de los dogmas, ni en la profundidad de los misterios). Ya no son los Patriarcas á quienes el historiador debe seguir en sus continuas peregrinaciones; ni un pueblo escogido por Dios, á quien debe pintar en su esclavitud en Egipto y en su viage á la tierra prometida, en cuyo viage las ingraticudes del pueblo quisieron, al parecer, exceder á los portentos que el Señor obraba en su favor. Ya no es la conquista de la tierra patriarcal, prometida á este pueblo escogido, y verificada de un modo tan prodigioso por los Josues y demas Jueces de Israel; ni son las peleas, los combates, las derrotas y las victorias de los Reyes de Israel y de Judá, ora entre sí mismos, ora con las naciones extrañas; no son los lagos de sangre que hemos tenido que describir, por no faltar á la verdad de la historia y fidelidad de historiador; no son ya en fin las virtudes de los Profetas y amigos de Dios, de las que con tanto

consuelo hemos hablado en esta historia, ni los sacrificios y ceremonias de un pueblo escogido para disponer á los hombres á recibir á su Dios hecho hombre; pueblo único entre todos los pueblos del mundo que ya conquistador y ya conquistado nos ha ofrecido alternativamente desgracias que compadecer, y felicidades que admirar, ejemplos que seguir, revoluciones que temer, y grandes sucesos que ordenar y referir, con los que hemos venido santamente ocupados. Ya no es esto lo que ha de llamar la atención del que escriba el compendio de la religion, sacado de los Santos Evangelios y demas libros sagrados que componen el nuevo testamento.

Cosas mas sublimes deben ocupar sus tareas y cuidados. La caridad de Dios que amó tanto á los hombres, que dió á su hijo por salvarlos; de aquel Dios padre, que entregó al hijo por redimir al siervo; la caridad del hijo que se humilló hasta hacerse hombre, que nació hombre, vivió hombre entre los hombres, y no hizo sino bien á los hombres, hasta dar su vida por los hombres, hasta cumplir el gran misterio de la cruz para volverse á su padre... he aqui los sublimes asuntos que deben ocupar las tareas y cuidados del que ha de escribir el compendio de la religion, sacado de los libros santos del nuevo testamento.

O. S. E. C. A. R. C. S.

FIN.

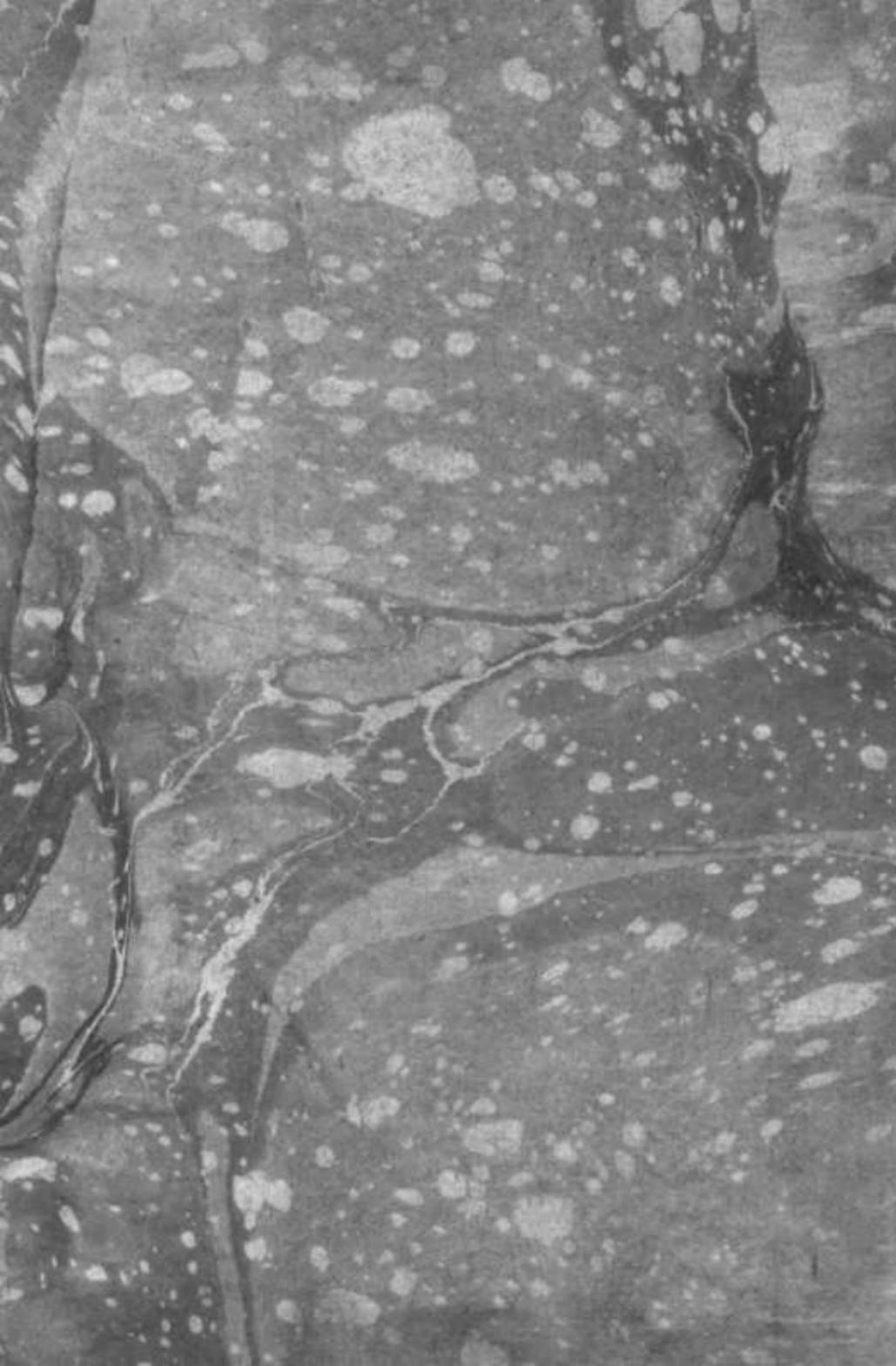
D.175.463 (v. 81)

1977

ADMISSIONS DEPARTMENT

IN REPLY

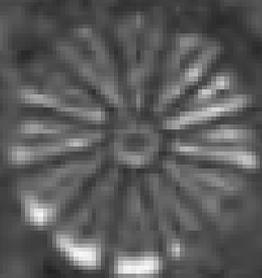






7189

HISTORIA
DE LA
RELIGION



SL
4035
(V.4)